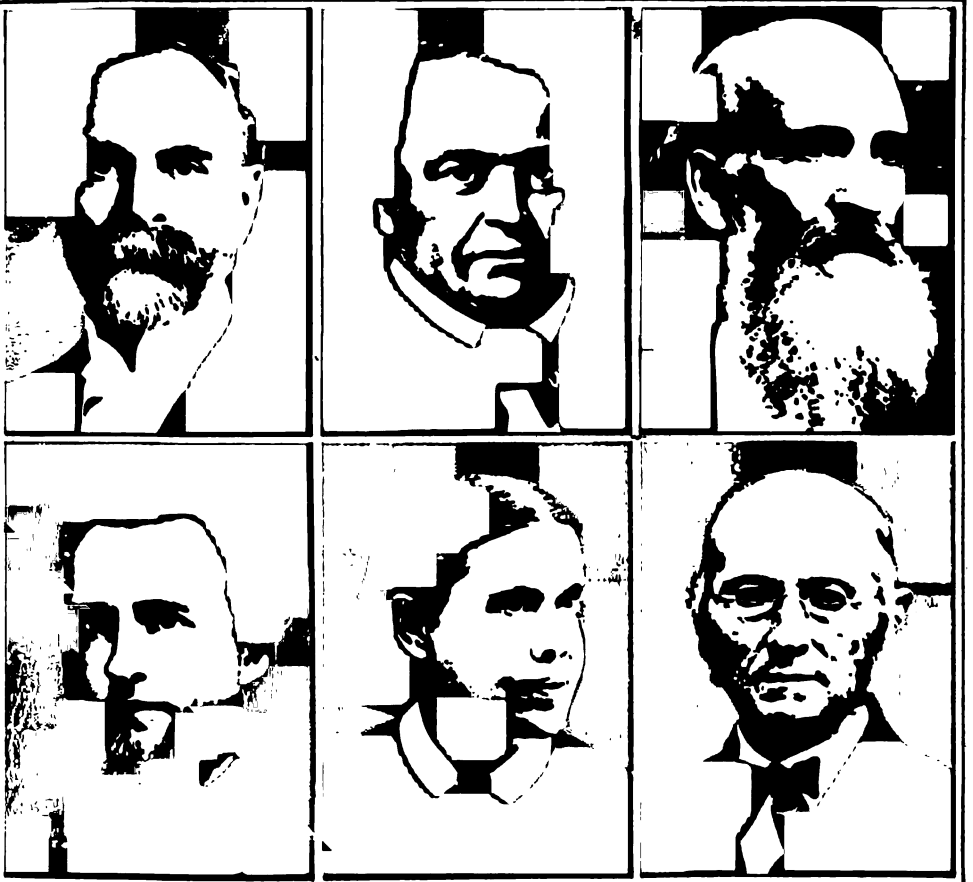


Digitalizado y limpiado por  
Shekina Books

# ADILLO AL MUNDO

La historia de los Adventistas del Séptimo Día



C. MERVIN MAXWELL

# DILO AL MUNDO

## A HISTORIA DE LOS ADVENTISTAS DEL SEPTIMO DIA

"BRILLANTE, conciso, espiritual —una excelente introducción a la historia Adventista. —Richard W. Schwarz, Vicerrector de Administración Académica, Universidad Andrews, Berrien Springs, Michigan, y autor de *Light Bearers to the Remnant*.

"UN ENFOQUE singular acerca de los adventistas del séptimo día como movimiento con un propósito para los últimos días... Cada miembro debería leerlo". —Jack Bohannon, Secretario ministerial asociado, Unión del Lago, División Norteamericana.

"C. MERVYN MAXWELL ha escrito aquí una historia popular... que nunca cae en las trivialidades que pueden transformar la historia de una denominación en algo repelente para el lector común. El Dr. Maxwell luce aquí sus galas como historiador de la iglesia y teólogo". —*Adventist Heritage*, Invierno, 1977.

### ACERCA DEL AUTOR

C. Mervyn Maxwell, director del departamento de historia eclesiástica y profesor de la misma disciplina en el Seminario Adventista de la Universidad Andrews, obtuvo su doctorado en filosofía en la Universidad de Chicago. Un autor prolífico, el Dr. Maxwell ha escrito muchos artículos para revistas, así como varios libros, incluyendo *Man, What a God!* (¡Hombre, qué Dios!) *Moving Out* (Mudándose) y *El porvenir del mundo revelado*, una obra de envergadura acerca del libro de Daniel.



C. Mervyn Maxwell

152232

8-95



# **DILO AL MUNDO**

**La historia de los Adventistas del Séptimo Día**

**C. Mervyn Maxwell**

**Edición revisada, con índice de nombres**

**ASOCIACION PUBLICADORA INTERAMERICANA  
Belice - Bogotá - Caracas - Guatemala - México  
Panamá - San José .C.R. - San Juan P.R. - San Salvador  
Santo Domingo - Tegucigalpa**

**Título del original en inglés:**  
*Tell it to the World*

**Traductor: Fernando Chajj**  
**Redactor: Lorenzo J. Baum**

Copyright © 1976, by  
Pacific Press Publishing Association

**ISBN No. 1-57554-046-0**

**ASOCIACION PUBLICADORA INTERAMERICANA**  
1890 NW 95 th Avenue  
Miami, Florida 33172  
Estados Unidos de Norteamérica

Impreso y encuadernado por:  
**EDITOLASER**  
Calle 11 No. 22-01  
Santafé de Bogotá, D.C. - Colombia

# Contenido

Prefacio . . . : . . . . .	5
1. "¡No, Señor, yo no puedo predicar!" . . . . .	7
2. El gran despertar religioso del segundo advenimiento . . . . .	13
3. La demora . . . . .	21
4. El clamor de medianoche . . . . .	27
5. "¿Por qué no vino papá?" . . . . .	33
6. Entrada triunfal II . . . . .	39
7. El Cleofas del campo de maíz . . . . .	45
8. Nueva luz de la Palabra de Dios . . . . .	49
9. "Mira un poco más arriba" . . . . .	53
10. ¿Qué está haciendo Jesús ahora? . . . . .	59
11. Una viuda da testimonio . . . . .	65
12. El capitán esparce el conocimiento de la Palabra . . . . .	71
13. El mensaje del tercer ángel . . . . .	81
14. La buena y antigua <i>Review</i> . . . . .	89
15. Lo que los adventistas deben a otros cristianos . . . . .	99
16. Jesús y el juicio investigador . . . . .	107
17. Necesidad de un "orden evangélico" . . . . .	117
18. Hay que darle un nombre al niño . . . . .	125
19. ¡Laodicea! . . . . .	137
20. Sentido de misión . . . . .	143
21. Ex sacerdote católico . . . . .	149
22. Una familia misionera viaja a ultramar . . . . .	155
23. Un movimiento misionero mundial . . . . .	163
24. Mujeres destacadas . . . . .	173
25. Consagrada a la salvación de almas . . . . .	183
26. Felices, santos y sanos . . . . .	193
27. Regalo de navidad, 1865 . . . . .	199
28. Por el gozo del servicio . . . . .	207
29. Los cantos incomparables de Cristo . . . . .	219
30. Dieciséis años de crisis . . . . .	229
31. Círculo de amor . . . . .	239
32. Encendidos con la gloria de Cristo . . . . .	249
Notas y referencias . . . . .	259
Índice de nombres . . . . .	285



## **Prefacio**

# **¡Proclámalo al mundo!**

La Iglesia Adventista del Séptimo Día no se considera a sí misma meramente como una "sociedad religiosa". Sino como un dinámico movimiento espiritual motivado por un sentido impelente de misión, encargado de proclamar al mundo un mensaje grandioso. El tema integral de su mensaje es Jesús: el "Evangelio eterno" de un salvador que murió y resucitó para crear en los hombres corazones nuevos; la "esperanza adventista" en el regreso de Cristo para dar a su pueblo un nuevo hogar; y la "verdad presente" acerca del ministerio contemporáneo de Cristo en los cielos, que borra el pecado de una manera extraordinaria y ofrece como nunca antes impartir salud, santidad y felicidad a las personas.

La misión de la iglesia consiste en tomar tales buenas nuevas y proclamarlas al mundo entero, porque ellas no pertenecen sólo al pueblo que constituye hoy la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Es un mensaje universal: para todos y en todas partes. Ha de ser llevado a "toda nación, tribu, lengua y pueblo"; a todas las ciudades, a todas las aldeas; a cada país, a cada nacionalidad, a cada colonia y a toda "criatura", es decir a toda persona (Marcos 16:15).

Un libro no puede presentar todo lo que es posible conocer acerca de la Iglesia Adventista. En forma selectiva, esta obra presenta la mayor parte de los hechos relativos al comienzo del movimiento, porque esto explica mejor la causa de su prosperidad, y también cómo espera terminar pronto su tarea.



## Capítulo 1

# "¡No, Señor, yo no puedo predicar!"

"¡No, Señor! ¡No! Tú sabes que yo no puedo predicar. ¡Yo no puedo predicar!"

Antes que Guillermo Miller se entregara al Señor y llegara a ser el dirigente del magno despertar religioso producido en los Estados Unidos por la expectativa del segundo advenimiento de Cristo, por tres años arguyó con Dios y luchó con su conciencia para eludir la responsabilidad de proclamar al mundo que el Señor venía pronto.<sup>1</sup>

En una época en que nueve décimas partes de los norteamericanos vivían en granjas, Guillermo Miller no era una excepción. Pero no fue un agricultor común. Siendo muchacho, después que la familia iba a dormir, se ponía a leer libros al estilo Lincoln, a la luz producida por trozos de pino que ardían en el hogar de su cabaña de troncos, ubicada en Low Hampton, estado de Nueva York. Casado en 1803, y establecido entre las Montañas Verdes, en Poultney, Vermont, pronto agotó la biblioteca local. Su esposa Lucía realizaba muchos de los trabajos de la granja para que su marido pudiera tener más tiempo para su estudio. Sociable y enérgico, así como estudioso, Miller fue elegido sucesivamente condestable, comisario y juez de paz. Pronto llegó a ser suficientemente rico como para poseer dos caballos; suficientemente sabio como para tener amigos en los dos partidos políticos de la época, y a la vez, suficientemente mundano como para renunciar a su fe de la niñez y convertirse al deísmo.

Criado en un hogar bautista, por un tiempo Guillermo, como muchacho, estuvo seriamente preocupado por su alma. Trató de encontrar paz mediante la estricta obediencia a sus padres y el sacrificio de posesiones apreciadas para él, pero sin resultado. Continuó creyendo en la Biblia; sin embargo, se impacientaba por el hecho de su aparente inefectividad y de sus contradicciones. Pero después de su casamiento —los Estados Unidos eran entonces un país joven—, Miller leyó los libros que Jefferson, Franklin y los otros padres fundadores habían leído: los escritos de David Hume, Voltaire y Tomás Paine. Otras personas pensadoras de Poultney leyeron los mismos libros. Como resultado de sus lecturas y trato con estas personas, pronto adoptó el deísmo, y su atractiva, pero superficial filosofía sobre el universo.

De acuerdo con el deísmo, Dios creó el mundo, lo puso en marcha y lo sometió a leyes inalterables de causa y efecto. En armonía con esas

léyes, los hombres debían vivir en forma sana, bondadosa y honesta; pero el creer en la oración, en un Salvador, o en una vida después de la muerte era considerado como una superstición pueril. Los milagros, el perdón de los pecados, y la resurrección exigirían que el Creador obrara contra sus leyes naturales, y esto era ilógico. Dios había dado cuerda al mundo como a un reloj y lo había dejado librado a su suerte

No era el cristianismo lo que extraía lo mejor que hay en el hombre, sino un americanismo decente que respetara la ley y el orden, concluía Miller; y su casa llegó a ser un centro de reuniones regulares para los matrimonios patrióticos, pero irreligiosos, de la nueva localidad donde residía.

Allá en Hampton, la madre de Miller oyó lo que estaba ocurriendo en Poultney y se preocupó profundamente. Rogó a su cuñado y a su padre entrado en años, ambos clérigos bautistas, que visitaran a Guillermo de tiempo en tiempo, y prometió que sus oraciones los acompañarían. Este le tributaba una cálida bienvenida a su tío Elihu y a su abuelo Phelps, pero después que se iban lo imitaba jocosamente para gran deleite de sus amigos.

Convencido de que el amor al país más bien que el amor a Cristo era la mayor esperanza del género humano, Miller se presentó como voluntario para el servicio militar en la guerra de 1812. Cuarenta y siete otros jóvenes hicieron lo mismo, a condición de que se les permitiera servir directamente bajo su mando. La guerra de 1812, la segunda lucha de los Estados Unidos para lograr su independencia, fue una empresa inconexa e inefectiva la mayor parte del tiempo. La batalla de Plattsburg, librada a orillas del lago Champlain, distante no muchas millas del hogar donde Miller pasó su niñez, fue una brillante excepción.

En la mañana del 11 de septiembre de 1814, los británicos aparecieron con una fuerza de 15.000 soldados regulares en tierra y una pequeña, pero bien equipada escuadra naval en el lago. Los norteamericanos tenían solamente 5.500 hombres, condenados a su parecer a una segura derrota. El resultado fue una sorpresa completa.

"Señor: Ya todo ha terminado, la batalla ha concluido", informaba un entusiasta oficial patriota a las dos y veinte de la tarde. "La flota británica atacó a nuestra bandera. Gran destrucción de ambos lados. Puedo verlo desde donde estoy escribiendo... El espectáculo fue majestuoso, noble, grandioso. Esta mañana, a las diez, los británicos abrieron fuego nutrido y destructor contra nosotros, tanto por tierra como por agua. Sus ...proyectiles volaban como granizo... Usted no tiene idea de la batalla... Puede imaginarse lo que sentimos, porque yo no puedo describirlo".

El oficial pasó en revista con orgullo la parte que le había tocado. "Estoy satisfecho de que puedo luchar. Sé que no soy un cobarde... Tres de mis hombres fueron heridos por una granada que explotó a dos pies de distancia de mi persona".

"¡Hurra! ¡Hurra!" Escribía en su excitación, y luego, mientras veinte o treinta prisioneros eran conducidos al fuerte, firmó cuidadosamente el parte que terminaba así: "Su seguro servidor, Guillermo Miller".

La guerra concluyó en 1815. El capitán Guillermo Miller había demostrado su aptitud como dirigente años antes de que involuntariamente fundara un movimiento religioso.

Pero al volver a casa a ordeñar las vacas, labrar la tierra, sembrar y cosechar, su mente empezó a sondear, a ponderar inquietamente la religión de los patriotas. Por la ley de causa y efecto, razonaba, la victoria de Plattsburg debía haber sido de los británicos. Sus tropas eran veteranas, pues acababan de vencer a Napoleón, y numéricamente eran tres veces superiores. Un historiador moderno denominó a Plattsburg "la acción decisiva" de la guerra,<sup>2</sup> y el comodoro norteamericano, en su informe a la oficina de guerra de ese tiempo, le dio la gloria a Dios: "El Dios todopoderoso se ha agrado en concedernos una señalada victoria".<sup>3</sup> ¿Era posible, de alguna manera, que Dios hubiera tomado un interés personal en los Estados Unidos? ¿Y qué decir de la granada que explotó a sus pies sin dañarlo ni matar a sus amigos? ¿Era Dios quien los cuidó?

De nuevo, Guillermo se trasladó de Poultney a Low Hampton. Como su padre había muerto, pagó la hipoteca sobre la casa de su niñez para que su madre pudiera vivir en ese lugar sin deudas, y luego se estableció cerca en una granja de unas ochenta hectáreas.

A fin de ser cortés, Miller asistía a la iglesia bautista local siempre que su tío tenía el sermón. De otra manera no concurría.

—Te hemos extrañado en el servicio del domingo pasado —le decía la madre con ternura.

—Tú no puedes esperar que yo esté aquí cuando no está el tío, mamá.

—¿Por qué no, hijo?

—Bueno, es la manera en que los diáconos leen el sermón.

—Ellos hacen lo mejor que pueden, estoy segura de ello.

—Cuando tío no está presente, mamá, ¿por qué no me dejan a mí leerlo?

De esta manera, Miller se metió en una trampa y los buenos hermanos de los cuales él se reía con tanto gusto, se aseguraron de que cayera en ella. Los sermones que le asignaron para que leyera del libro *Discursos Prácticos, de Alejandro Proudfit*, lo dejaban muy pensativo.

Sus dudas acerca del deísmo se iban profundizando.

Llegaba de nuevo, en 1816, el 11 de septiembre, el segundo aniversario de la victoria de Plattsburg. Se había programado un baile público; y también un sermón para la noche anterior. El evangelista visitante envió a los asistentes de vuelta a casa bañados en lágrimas. Se produjo un reavivamiento y se canceló el baile. El próximo domingo le tocaba a Miller la lectura del sermón, esta vez una homilía de Proudfit, titulada: "El deber de los padres hacia los hijos".<sup>4</sup> Vencido por la emoción en medio de la lectura, no la puedo terminar.

Desesperado por sus pecados, Miller se imaginó cuán bueno sería arrojarse en los brazos de su Salvador y confiar completamente en su gracia.

El necesitaba un Salvador. El mundo lo necesitaba. ¿Pero existía un ser semejante?

Volvió a la Biblia. Y dentro de sus páginas encontró al Salvador a quien buscaba. "Me vi obligado a admitir que las Escrituras deben ser la revelación de Dios", escribió más tarde. "Ellas llegaron a ser mi delicia, y en Jesús encontré a un amigo".<sup>5</sup>

Inmediatamente comenzó a realizar regularmente el culto familiar. Pero ahora sus amigos mundanos se burlaban de él, como antes él se había burlado de otros cristianos.

—¿Cómo sabes tú que la Biblia es la palabra de Dios? —le decían—. ¿Qué me dices de sus contradicciones?

—Si la Biblia es la Palabra de Dios, todo lo que contiene puede ser entendido; y todas sus partes pueden armonizar. Denme tiempo, y yo encontraré la armonía entre sus aparentes contradicciones; de otra manera, volveré a ser deísta —contestaba Miller con firmeza.

Dejando de lado todo otro libro, excepto la Biblia y una concordancia completa, empezó con el primer versículo del Génesis e iba avanzando no más rápidamente que la solución de los problemas que se levantaban. Usando las referencias marginales de su Biblia y su concordancia, dejó que ella se explicara a sí misma. Una tras otra, la mayor parte de las incongruencias aparentemente insolubles desaparecieron.

Lo mejor de todo es que encontró que Jesús, su amante Amigo y Salvador, había prometido venir de nuevo a la tierra. Descubrió que muchas otras promesas proféticas se habían cumplido; así que, ¿por qué no ésta en particular? Entonces, un día descubrió el texto que había de marcarle un nuevo rumbo al resto de su vida, Daniel 8:14: "Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas, y luego el santuario será purificado".

Su estudio se intensificó dramáticamente. Duraba a veces el día entero, y otras, toda la noche. Interpretó correctamente (usando Ezequiel 4:6 y otros textos) que los 2.300 días eran 2.300 años que empezaban en el año 457 AC. Incorrectamente llegó a la conclusión de que la "purificación del santuario" era el fin del mundo y la segunda venida de Cristo. En 1818, después de dos años de total concentración, llegó a la alarmante convicción de que Cristo regresaría "en torno al año 1843" (2.300 años después de 457 AC), y que "dentro de unos 25 años... todos los asuntos de nuestro estado actual encontrarían su fin".

¿El fin dentro de 25 años? Si es así, otros debían ser advertidos. Una voz que le quemaba el alma, clamaba: "Ve y proclámalo al mundo".

Durante cinco años Miller desoyó este llamamiento y en forma vigorosa analizó su posición. Estaba temeroso, escribió más tarde, "de que de alguna manera yo estuviera equivocado, y que fuera el medio de desviar a algunos". En su mente surgieron más objeciones de las que sus oponentes

le presentaron más tarde. Cuando años de investigación quitaron toda duda de su corazón, el temor de hablar en público ocupó su lugar. "Le dije al Señor que yo era tímido y que no tenía las calificaciones necesarias".

Miller iba ocupando puestos cada vez más activos en su iglesia. Cada vez prestaba mayor atención a la conversión de los pecadores. Y compartía sus convicciones acerca de la venida de Cristo con personas conocidas y con quienes se escribía. Pero nada podía acallar el persistente llamado a predicar. En agosto de 1831, después de trece años de postergación, la carga que pesaba sobre su alma pareció insoportable.

"Ve y proclámalo al mundo. Te he señalado como atalaya. ¡Dilo al mundo!"

Levantó la vista de la Biblia que estaba leyendo, profundamente atribulado por el llamamiento de Dios. ¿En realidad el Señor lo llamaba? El debía saberlo sin lugar a dudas.

Golpeó su escritorio con el puño. Se puso de pie. Se arrodilló, y oró: "¡No, Señor! ¡No! Tú sabes que yo no puedo predicar. *Yo no puedo predicar.* Pero tal vez sea ésta tu voluntad para mí. Oh, Señor, haré un pacto contigo. Si abres la puerta, es decir, si me envías una invitación para que predique, entonces, Señor, iré".

Volvió a sentarse con relativa tranquilidad, y musitó: "Ahora tendré paz, porque si recibo una invitación, sé que el Señor me ayudará. Pero no es muy probable que alguno le pida a un agricultor de cincuenta y un años de edad que predique sobre la segunda venida del Señor". Sonrió contento con esta improbabilidad.

A los treinta minutos un fuerte llamado a la puerta lo sorprendió.

"¿Quién puede ser el que llama tan excitado un sábado de mañana?", se preguntó.

Volvieron a insistir. "Mejor que vaya y vea quién es", se dijo.

—¡Buenos días, tío Guillermo! —saludó jubilosamente el muchacho que estaba frente a la puerta.

—¡Oh, sobrino Irving! —exclamó Guillermo—. ¿Y qué puedes estar haciendo a veinte kilómetros de tu casa tan temprano por la mañana?"

—Tío Guillermo, salí antes del desayuno para decirle que nuestro ministro bautista, de Dresden, no puede hablar en nuestro culto de mañana. Papá me envió para hacerle un pedido. Quiere que usted venga y nos presente las cosas que ha estado estudiando en la Biblia. Acerca de la segunda venida de Cristo, usted sabe. ¿Vendrá?



## Capítulo 2

# El gran despertar religioso del segundo advenimiento

Miller giró sobre sus talones sin decir una palabra, salió apresuradamente por la puerta de la cocina, llegó a tropezones hasta el bosquecillo de arces cercano, y empezó a luchar con el Señor. Estaba enojado consigo mismo, enojado con Dios y muy temeroso.

Durante una hora entera rogó que se le liberara de su promesa: "¡Oh Señor, te ruego que envíes a algún otro!"

Aun siendo deísta solía cumplir su palabra. ¿Podía hacer menos siendo cristiano? Después de derramar lágrimas de angustia, por fin se rindió a Dios.

¡Entonces la felicidad llenó su alma! ¡Trece años de titubeos vencidos! ¡El gozo de la entrega! ¡Gloria a su nombre! De una manera completamente inusitada, saltaba de alegría, alabando a Dios en voz alta.

Lucy Ann, su hija menor, mirándolo ansiosamente, corrió a la casa, exclamando: "¡Mamá, mamá, ven pronto!"

Inmediatamente después del almuerzo Miller se puso en camino con Irving rodeando el lago Champlain (en cuyas orillas años atrás había luchado en la batalla de Plattsburg), para dirigirse a la casa de su hermana, en Dresden, y al éxito. A fin de hacerlo sentir cómodo, la reunión se realizó en la cocina, con Miller sentado a la mesa en un gran sillón de brazos. ¡El gran despertar del segundo advenimiento en los Estados Unidos había comenzado!<sup>1</sup>

Tan impresionante era su conocimiento de la Biblia, tan conmovedores fueron sus fervientes exhortaciones, que la gente de Dresden lo persuadió a predicar cada noche durante una semana. Los informes se propagaban de una granja a otra. La asistencia iba creciendo. Más de una docena de familias fueron convertidas a Cristo. Por ese tiempo, ya el auditorio se había trasladado del hogar de Guildford a una iglesia.

¿Y qué pasó cuando regresó a su casa? Lo esperaba una invitación de parte de un ministro que todavía no lo había escuchado en su primera serie. El pacto de Miller con el Señor se cumplió doblemente. No había duda de que había sido llamado al ministerio. Con la misma seguridad con que Pedro, Santiago y Juan lo fueron. Con la misma claridad, por el mismo Señor.

Desde el mismo comienzo, Miller recibió más invitaciones de las que podía satisfacer. Congregacionalistas, metodistas, bautistas, presbiterianos,

suscriptores, lanzó el primer periódico adventista, que se llamó *Signs of the Times* (Señales de los Tiempos). Esto catapultó al adventismo a la prominencia.

Por un tiempo, Himes editó él mismo la revista *Signs*. A medida que el movimiento se extendía, consiguió que otros trabajaran en la oficina mientras él iniciaba nuevas revistas en otras ciudades o animaba a los hombres de talento a publicar folletos por sí mismos. En un período de cuatro años, el mensaje adventista era proclamado en diferentes ciudades por las siguientes revistas: *Midnight Cry*, *The Glad Tidings*, *The Advent Chronicle*, *The Jubilee Trumpet*, *The Philadelphia Alarm*, *The Voice of Elijah*, *The Southern Midnight Cry*, *The Western Midnight Cry*, *The True Midnight Cry* y varias otras, la mayor parte de ellas escritas con toda claridad y hábilmente editadas, bien impresas en papel de calidad. También se publicaron libros, en una serie de más de cuarenta, conocidos como "La Biblioteca del Segundo Advenimiento". Antes del gran chasco del 22 de octubre de 1844, ocho millones de ejemplares de publicaciones adventistas fueron leídos por la gente y esparcieron el mensaje.

En aquellos días, las suscripciones a los periódicos normalmente eran manejadas por los jefes de correo. El jefe de Canton, Iowa, informó que cuando los periódicos milleritas llegaban a su oficina la gente se aglomeraba para conseguir ejemplares extras. "¿Puede usted conseguirme más?", le rogaban. "Usted no tiene idea del bien que hacen".<sup>7</sup>

El mensaje de Miller no se centraba en una serie de argumentos sobre una fecha. Era el mensaje del primer ángel: "El Evangelio eterno", y "la hora de su juicio ha llegado" (Apocalipsis 14:6,7). Constituía una actividad evangelística que trataba de ayudar a la gente a estar lista para el encuentro con el Señor. Mediante ese mensaje la Iglesia Metodista parece haber añadido cuarenta mil miembros a su feligresía en el otoño de 1844, y la Iglesia Bautista, 45 mil.<sup>8</sup> Un solo itinerario de seis semanas, realizado por un joven ministro millerita, añadió mil personas a las iglesias locales.<sup>9</sup>

En Portland, Maine, cuando Miller estuvo allí, un joven disoluto corrió agitadamente a un salón de bebidas, y les gritó a sus amigos: "¡Muchachos, hay un predicador en la calle Casco que dice que el mundo va a terminar! ¿No quieren dejar de jugar a los naipes y venir a escucharlo?" En Portsmouth, New Hampshire, el reavivamiento continuó por semanas después que Miller se fue. Las campanas de las iglesias tocaban cada día para inducir a la gente a orar, como si todos los días fueran domingos. Las tabernas se tornaron en lugares de reunión. Centenares fueron convertidos, y millares se reunían junto al agua para verlos bautizarse.

Ministros de muchas denominaciones acudían a ayudar en la obra. Josué V. Himes era tan sólo uno de ellos. Otros notables dirigentes se unieron con Miller, como Josías Litch, pastor metodista ampliamente conocido como intérprete de las profecías, que aceptó el millerismo sólo después de haberse asegurado de que no discrepaba con el metodismo. Predicó ampliamente, publicó un libro de doscientas páginas sobre las

conferencias de Miller y, entre otras cosas, ayudó a persuadir a Carlos Fitch a unirse también. Fitch era pastor congregacionalista, de Boston, que en un tiempo había sido ayudante ejecutivo del famoso evangelista Carlos G. Finney. Con la ayuda de Apolos Hale, un metodista bien conocido, desarrolló "el Diagrama 1843", que probablemente usaron todos los conferenciantes, para mostrar muchas profecías bíblicas que convergían en esa fecha. También ideó una imagen de Daniel 2, que se podía armar reino por reino.

Pensamos, además, en Jaime White que, como Himes, era ministro de la Conexión Cristiana; y en José Bates, también miembro de esa denominación, un laico considerado como ministro. ¡Pero nadie sabe cuántos ayudadores más había! Los cálculos contemporáneos los estimaban entre setecientos a dos mil. De 174 ministros *conocidos*, cerca de la mitad eran metodistas, una cuarta parte bautistas, y el resto incluía a congregacionalistas, cristianos, presbiterianos, episcopales, luteranos, de la Iglesia de la Reforma Escocesa, cuáqueros, y a varios otros.

¡No puede destacarse demasiado el hecho de que Miller no era el único dirigente millerita! Una gran cantidad de hombres capaces y pensadores de las grandes denominaciones lo apoyaban, y no pocos de ellos tenían una muy buena preparación académica. Este era un impresionante testimonio en favor del viejo "agricultor". El millerismo era una reforma centrada en Cristo, que fue cálidamente aceptada por muchos, tanto laicos como dirigentes, en las iglesias respetadas de la época, y también por millares de incrédulos, deístas y almas indiferentes en el mundo inquieto de aquellos días.

Cada vez se ampliaba más el interés, y Miller, Himes y otros dirigentes se vieron obligados a viajar casi incesantemente entre Nueva York y Boston, Albany y Utica, Rochester y Buffalo; al norte hasta Montreal, al este hasta Cincinnati, San Luis y Louisville, y al sur hasta Washington y Baltimore. Roberto Winters llevó el mensaje a Inglaterra. El correo lo condujo a cada oficina postal de los Estados Unidos y a toda estación misionera conocida del mundo.<sup>10</sup>

En Washington D.C., un anuncio falso congregó un auditorio de cinco mil personas. En Filadelfia, la prensa secular informó una "inmensa" multitud adventista de quince mil personas.

La presencia de dirigentes de diversas iglesias en el movimiento millerita hizo necesaria la convocación de conferencias de obreros. Comenzando con el otoño de 1840, más de veinte<sup>11</sup> "conferencias generales" fueron realizadas en diversos lugares, algunas veces con una frecuencia de dos o tres por mes.

La primera conferencia general se llevó a cabo en la capilla de la calle Chardon, de Josué V. Himes, en octubre. Un ataque de fiebre tifoidea le impidió a Miller estar presente, pero la reunión fue todo un éxito aun sin él, así como la segunda, la tercera y la cuarta. (La quinta conferencia se realizó en New Hampton, de manera que Miller pudo asistir.) Aunque

chasqueado por tener que estar ausente, comenzó a comprender que el movimiento que, gracias al poder divino, había iniciado por el llamado de Dios estaba creciendo tanto que lo sobrepasaba a él mismo.

Como las conferencias generales reunían a gran catidad de gente, y la asistencia a éstas y otros actos milleritas aumentaba, la conferencia de Boston, de mayo de 1842, bajo la dirección de José Bates, votó realizar un congreso campestre y planeó tres más para el próximo verano.

La reunión campestre que empezó el 28 de junio, en East Kingston, Nueva Hampshire, puso a Josué V. Himes frente a un auditorio de siete a diez mil personas. El diario *Boston Daily Mail* publicó noticias acerca del acontecimiento y felicitó a las multitudes por su decoro. Aun el poeta Juan Greenleaf Whittier, asistió por una hora o dos. Años más tarde todavía recordaba a los elocuentes predicadores con su lenguaje simbólico de la Biblia, las telas con las pinturas de la imagen de Nabucodonosor y las bestias del Apocalipsis, la arcada borrosa de los árboles, el blanco círculo de tiendas, el humo de los fuegos que se elevaba como incienso, y los rostros fervientes de la concurrencia.

Pronto empezaron a realizarse congresos campestres en muchos lugares, a menudo citados por comisiones de voluntarios del lugar.

Hombres, mujeres y niños convergían al segundo congreso desde toda dirección, atestando vapores, coches de ferrocarril y diligencias. Por todos los caminos mucha gente llegaba a pie. Entre ella se encontraban piadosos y curiosos. Parecía que cada creyente llevaba una Biblia en la mano.<sup>12</sup>

El éxito extraordinario de los congresos campestres indujo a los milleritas a contribuir con medios para encargar una tienda, o carpa, lo suficientemente amplia como para acomodar a grandes concurrencias en localidades donde los congresos no podían realizarse en salones, porque éstos eran muy pequeños. Reunidos los fondos, contrataron la construcción de la mayor tienda que se hubiera hecho en los Estados Unidos hasta aquel tiempo, y la denominaron la "gran tienda". Esto requirió la formación de un equipo permanente de cuatro personas que se encargaran de instalarla y de desarmarla. El poste central tenía 18 metros de altura, y el diámetro de la carpa era de unos cuarenta metros. Había lugar adentro para cuatro mil personas.<sup>13</sup>

La tienda fue pedida, instalada y comenzada a usar dentro del plazo de treinta días. No había tiempo que perder si Cristo venía "en torno al año 1843". Los diarios estaban asombrados por la rapidez con que la carpa se desmantelaba, se transportaba en carros, barcos de vapor o trenes, y se levantaba en otra ciudad. Cuando era instalada en un nuevo lugar, había gente que apostaba a que no se llenaría. Pero, cuando empezaban las reuniones, esas personas se quedaban estupefactas de verla atestada. Los ferrocarriles fletaban trenes especiales para transportar a las multitudes.

En Rochester, una tormenta repentina rompió quince cadenas, y la carpa, en forma suave, cayó sobre las cabezas de la gente. Como un gesto de aprecio, los habitantes del lugar reunieron dinero para repararla, a

condición de que la serie de reuniones continuara. Mientras tanto, el domingo Himes predicó en el mercado de la ciudad a tres grupos durante ocho horas.

En ese tiempo, los adventistas asistían a sus propias iglesias los domingos, pero durante la semana, con frecuencia se congregaban en estas conferencias interdenominacionales y reuniones de oración. Pronto en Boston, Akron, Cincinnati, y Cleveland, construyeron grandes "tabernáculos" económicos con capacidad para miles de personas. Cuando los burladores decían que los edificios negaban la fe de los constructores en el pronto regreso de Cristo, los creyentes citaban a Jesús: "Negociad entretanto que yo vengo" (Lucas 19:13).

Los dirigentes, reunidos en mayo de 1842, habían votado realizar tres congresos campestres ese año. Pero se llevaron a cabo 31. En 1843, cuarenta. En 1844, cincuenta y cuatro; en suma, 125. La asistencia total fue de por lo menos medio millón de personas; además, miles y miles asistían a otras reuniones en la "gran tienda" y en iglesias, tabernáculos y salones alquilados.

Dios quería que se predicara el mensaje del primer ángel a "toda nación, y tribu, y lengua, y pueblo". Y llamó a Miller a proclamarlo al mundo. ¡No quería circunscribirlo a un rincón de la tierra!



## Capítulo 3

### La demora

No todos, por supuesto, concordaban con Guillermo Miller ni lo tomaron seriamente. Algunos lo acusaron de tener sólo el propósito de recoger dinero. Un legislador presentó un proyecto de ley para posponer el fin del mundo hasta 1860. Un burlador ofreció asientos reservados en un globo de escape al precio de doscientos dólares cada uno. Un aviso anunció: "*Ha llegado el tiempo*" —esto es—, el tiempo de tomar "Bálsamo de Cerezas Silvestres Winstar". Una caricatura satirizaba "la gran ascensión del tabernáculo de Miller", mientras el diablo sostenía a Himes, y gritaba: "Josué V., tú debes quedar conmigo".

El optimismo prevalecía en los Estados Unidos cuando Miller comenzó a predicar y, para muchas mentes, hablar de la cercanía del fin del mundo resultaba un pensamiento extemporáneo. La democracia jacksoniana parecía proclamar la suma perfección de la raza humana, al igual que la multiplicación de sociedades misioneras, sociedades bíblicas y escuelas dominicales. Invenciones casi increíbles agregaban mayor evidencia de que el mundo estaba en el umbral de la edad de oro.

En la primavera de 1833, viajando en un barco de vapor por el Hudson, para cumplir un compromiso que tenía, Guillermo Miller alcanzó a escuchar a un grupo de hombres que se maravillaban de los progresos de los años recientes. ¡Luz a gas! ¡Máquinas para levantar fardos de algodón! ¡Alimentos envasados! ¡Fotografía! ¡Cosechadoras McCormick! ¡Trenes a vapor! Aun barcos de vapor, en uno de los cuales estaban navegando.

"Las cosas no pueden seguir así —señaló asombrado uno de los hombres—; de otra manera, dentro de treinta años el hombre llegará a ser más que humano".

Miller se acercó. "Señores —observó—, estas invenciones me recuerdan la profecía de Daniel 12:4. En los últimos días, 'muchos correrán de aquí para allá y la ciencia será aumentada'". Viendo que el grupo estaba interesado, les hizo un repaso de la historia a la luz de las profecías de Daniel 11 y 12. Repentinamente se excusó, diciendo: "Caballeros, yo no quería abusar de la paciencia de ustedes". Y se encaminó al extremo opuesto del barco.

Pero todo el grupo le siguió y le pidió que siguiera con el tema. De manera que les presenó la estatua del sueño de Nabucodonosor, el cuerno pequeño, los 2.300 días, y prácticamente todo lo que el libro de Daniel contenía, desde los cuatro reinos hasta el juicio investigador y la segunda venida. "¿Ha escrito usted todo esto?" —le preguntaron—; y cuando él les

presentó ejemplares impresos de sus sermones, se quedaron con todos los que tenía.<sup>1</sup>

En cuanto a si los que vivían en los días de Miller finalmente aceptaron su doctrina, podemos decir que la mayor parte de los ministros y teólogos contemporáneos no se identificaron con ella. Cautivados más bien por el fantástico "postmileniarismo" popularizado por Daniel Whitby, mencionaban las invenciones y el desarrollo misionero del cual eran testigos, y decían: "Miren, el mundo está mejorando cada vez más. La segunda venida de Cristo está ocurriendo ahora, espiritualmente, en los corazones de la gente. ¡Estamos al comienzo de los mil años de paz!"

Por sorprendente que parezca, una cantidad de estos ministros creían más o menos en los 2.300 días. Algunos de ellos decían que la nueva era comenzaba en la década de 1840. El reverendo Jorge Bush, profesor de Hebreo y Literatura Oriental, de la Universidad de Nueva York, era un caso típico. Admitía que la interpretación de los 2.300 años hecha por Miller era esencialmente correcta; sin embargo, insistió en que "el gran acontecimiento al cual el mundo hacía frente no era su conflagración física, sino su regeneración moral".<sup>2</sup>

Miller contestó citando las Escrituras: "En los postreros días, —dijo él— los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados" (2 Timoteo 3:1,13). Pero no todos los ministros querían escuchar un pasaje semejante. A medida que avanzaba el tiempo, éstos empezaron a oponerse vigorosamente a Miller en sus púlpitos. Otros hombres se opusieron de otras maneras.

La frenología era popular en la época de 1840. Esta disciplina enseñaba que el carácter de una persona podía conocerse por la forma de su cabeza; y muchos iban al frenólogo para que les estudiara la suya. En marzo de 1842, cuando Miller estaba predicando en Medford, Massachusetts, no lejos de Boston, un cristiano que había adoptado los puntos de vista adventistas persuadió a Miller para que visitara a un frenólogo amigo, esperando, sin duda, convertirlo. El profesional, en cuya mente no había lugar para el adventismo, nunca había visto a Miller, ni sospechó que lo estaba atendiendo.

—¡Ah!, aquí hay una cabeza bien equilibrada y bien desarrollada —sentenció mientras deslizaba sus hábiles dedos sobre el cráneo de Miller—. Le aseguro que al señor Miller le costará mucho convertirlo a Ud.

Dando un paso al frente, y observando la cara de Miller, prosiguió:

—Usted tiene demasiado sentido común para tragarse las extravagancias que predica el insensato Miller.

Luego continuó haciendo una serie de comparaciones picantes entre la cabeza que estaba examinando y la que él suponía que tenía Miller.

—¡Cómo me gustaría examinar la cabeza del señor Miller! —dijo suspirando ante la hilera de personas sentadas contra la pared—. Le daría un apretón aquí —agregó, colocando sus manos sobre el "lóbulo del

fanatismo"—. Les apuesto a que el viejo Miller tiene una protuberancia de fanatismo en su frente tan grande como mi puño.

Al cerrar su puño para dar fuerza a su ilustración, los presentes se rieron de buena gana con él, se dieron palmadas en los muslos y se tocaron mutuamente la cabeza con los puños para imitar al frenólogo, quien fue el que se rió con mayor fuerza.

Una vez completado el examen, le preguntó cortésmente a Miller:

—¿Puede darme su nombre, por favor, para asentarlos en su ficha?

—Oh, —replicó Miller con modestia—, mi nombre no tiene importancia. Páselo por alto.

—Pero, señor, realmente quisiera colocarle un nombre a una cabeza tan espléndida como la suya. Además, yo lo necesito para mis registros.

—Bueno —concedió con reticencia el que había sido examinado—, puede llamarme Miller, si quiere.

—¿Miller? ¿Miller? —tartamudeó el frenólogo—. ¿Pero cuál es su primer nombre?

—Me llaman Guillermo Miller.

—¿El caballero que da conferencias sobre las profecías?

—El mismo.

Con esto el frenólogo se dejó caer en su silla, estupefacto y confundido.<sup>3</sup>

Pero si había personas que se oponían a Miller y algunas se burlaban de él, otras, aunque estaban en desacuerdo con sus creencias, defendían firmemente su honradez. Y había muchísimas —agricultores, amas de casa, obreros de fábricas, gente educada— que, si bien no querían aceptar su prédica, se sentían, sin embargo, incómodas por su condición espiritual.

Informes de testigos presenciales de fenómenos misteriosos llenaban los periódicos de la época: Júpiter aparecía con un halo. Un caballo y su jinete en la luna. Una cruz negra sobre una luna color de sangre. Cantos en el cielo. Gente caminando en el cielo. Tres ángeles que clamaban: "Calamidad, calamidad, calamidad".

No todos estos extraños fenómenos eran comentados por milleritas. Con sus ojos sobre la Escritura, apenas les prestaban atención. Eran incrédulos los que informaban acerca de ellos y les daban amplia publicidad en la prensa.

En 1833, dos años después que Miller empezó a predicar, las estrellas fugaces cayeron como copos de nieve. Ahora, en el frío crepúsculo de la última parte de febrero de 1843, apareció sin previo aviso en el cielo sudoccidental un cometa flamígero. Era visible durante el día. Un mensajero del espacio exterior. El ojo de la ruina. Aun los escépticos temblaban.

Los cálculos iniciales de Miller, respecto a la venida del Señor, le habían dado como resultado "en torno al año 1843". En la primera parte de 1843 publicó en el New York Tribune una carta abierta a Josué V. Himes, acclarando lo que él había querido decir con ese término.

Miller entendía que el año bíblico 457 AC empezaba en la primavera, o más específicamente, el 21 de marzo de ese año, y que entonces el último año del período de 2.300 años comenzaba el 21 de marzo de 1843 y terminaba el 21 de marzo de 1844.

Al entrar en el "año del fin del mundo", Miller, ahora más fervientemente que nunca —con su voz solemne, suave y bondadosa—, por doquiera urgía a los hombres a arrepentirse:

"Os amonesto a arrepentiros; huid en procura de socorro al arca de Dios, a Jesucristo, el Cordero que fue inmolado una vez, para que podáis vivir, porque él es digno de recibir todo el honor, el poder y la gloria. Creed y viviréis. Obedeced la Palabra del Señor, a su Espíritu; aceptad sus llamados, sus invitaciones; no hay tiempo que perder; no lo posterguéis, os ruego; no, ni por un momento. ¿Queréis uniros a ese coro celestial que canta el nuevo canto? Entonces venid en el día señalado por Dios; arrepentíos. ¿Queréis tener un hogar, no hecho de manos humanas, eterno, en los cielos? Entonces, uníos de corazón y con toda el alma con este pueblo feliz, cuyo Dios es el Señor. ¿Queréis tener parte en la Nueva Jerusalén, la ciudad amada? Entonces, afirmad vuestro rostro como un pedernal en vuestra marcha hacia Sion; convertíos en peregrinos, a la buena manera antigua. 'Buscad primeramente el reino de Dios —dice Cristo—, y todas estas cosas os serán añadidas'"<sup>4</sup>

Pero, por desgracia, a pesar de todos los sermones predicados, a pesar de todas las publicaciones distribuidas, a pesar de todos los congresos campestres realizados, a pesar de la clara evidencia de la Biblia presentada por Miller, y a pesar de su milagroso llamado a proclamarlo al mundo, el año del fin del mundo pasó, y Cristo no regresó.

Los creyentes estaban perplejos. No habían establecido sus esperanzas para un día en particular dentro del año, de manera que su chasco en la primavera de 1844 no fue tan doloroso como iba a resultar el del 22 de octubre. El movimiento todavía alentaba vida, pero su pulso disminuyó y su ánimo decayó.

Entonces, millares de milleritas informaron que eran misteriosamente sostenidos por la obra interna del Espíritu Santo.

Volviendo otra vez a sus Biblias, leyeron Habacuc 2:3: "Aunque la visión tardará aún por un tiempo... aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará". En particular, les resultaron de mucho ánimo las palabras de Cristo: "Tardándose el esposo", todas las vírgenes cabecearon y se durmieron hasta que a medianoche se oyó el clamor: "¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!" (Mateo 25:5,6).

El descubrir que la Biblia predecía un tiempo de demora llegó a ser una fuente de verdadero ánimo. En el mes de mayo de 1844 Josías Litch publicó el Advent Shield, un folleto en el que pasaba revista a la manera en que Dios había dirigido e impartido sus enseñanzas hasta ese momento en el despertar adventista. Esto también era una fuente de ánimo.

Más o menos por ese tiempo, la oposición a la esperanza adventista que se había estado desarrollando en las diversas denominaciones protestantes alcanzó su punto culminante, y los milleritas fueron expulsados como miembros de sus respectivas iglesias. Al ver a sus iglesias madres rechazando el mensaje del primer ángel de Apocalipsis 14, consideraron que éstas habían llegado a ser las iglesias "caídas" de "Babilonia", predichas por el segundo ángel de ese capítulo. Esto contribuyó más a fundamentar su confianza en que eran el pueblo de la profecía y en que Dios estaba con ellos.

Unos pocos adventistas, particularmente Samuel Sheffield Snow y sus amigos, recordaron una carta que Guillermo Miller escribió a *Signs of the Times* el 13 de mayo de 1843, en la cual mostraba que así como Jesús había muerto en el tiempo de Pascua en el "primer mes" (en la primavera del año ceremonial bíblico), tal vez se esperaba que regresara el día de expiación en "el séptimo mes" (en el otoño). Ese pensamiento era una semilla destinada a germinar y florecer.

De esta manera, en el verano de 1844 los milleritas se vieron a sí mismos como las vírgenes en el tiempo de demora, proclamando y cumpliendo tanto el primer mensaje como el segundo de Apocalipsis. Se aferraron a las promesas, estudiaron las profecías, distribuyeron sus publicaciones, continuaron sus servicios de oración y las reuniones en los tabernáculos, se reunieron en número de muchos millares en congresos campestres frecuentes, y oraron por el clamor de medianoche.



## Capítulo 4

### El clamor de medianoche

En un inolvidable congreso campestre realizado en Exeter, New Hampshire, en agosto de 1844, se oyó por fin el clamor de medianoche.<sup>1</sup>

José Bates, ex capitán de barco, un hombre que había invertido su fortuna en la causa, exhortaba de todo corazón a los milleritas a mantener su esperanza, animándolos con alusiones a sus antiguos viajes marinos.

En el calor bochornoso la congregación se sentía incómoda, carente de convicción. En ese momento apareció un jinete, desmontó y ocupó un asiento en el extremo de un banco. Todos se dieron vuelta para mirar. Los que estaban más cerca iniciaron una animada conversación con él. Pero José Bates seguía hablando con voz monótona.

De repente, la señora de Juan Couch se puso resueltamente de pie. Era hermana de Samuel Snow, el jinete que acababa de llegar. Habló cortésmente y con convicción. Dijo:

—¡Hermano Bates! Es demasiado tarde para que empleemos nuestro tiempo en estas verdades que nos son familiares. El tiempo es corto. El Señor tiene siervos aquí que tienen alimento a tiempo para su casa. Que ellos hablen, y que la gente los escuche.

Al hablar ella —informa un testigo presencial—, el Espíritu del Señor se movió en la asamblea como una brisa que soplaba sobre un lago en calma.

Fervorosos clamores se levantaron por doquiera.

—Amén, hermana; sí, sí.

Había hombres y mujeres que soltaron lágrimas de gratitud, anticipando una respuesta a sus oraciones. Cortésmente Bates abandonó el púlpito, diciendo:

—Si el hermano Snow tiene alguna verdad del Señor para nosotros, que venga y presente su mensaje.

En el tren a Exeter había sido impresionado de que tal cosa ocurriría. Snow estaba listo; pero se convino en darle la reunión de la hora fresca de la mañana.

A la hora temprana del día siguiente, snow recordó a los millares de oidores reunidos, lo siguiente:<sup>2</sup>

"Nuestro bendito Dios ha prometido que vendrá de nuevo y recibirá a su pueblo a sí mismo.

"En cuanto al tiempo de su regreso, Jesús les dijo a sus discípulos que 'de aquel día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre' (Marcos 13:32). Muchos creen que este pasaje

prueba que los hombres nunca llegarán a conocer el tiempo. Pero si prueba esto, también prueba que el Hijo nunca conocerá el tiempo, porque se hace la misma declaración con respecto al Hijo, a los hombres y a los ángeles. Por consiguiente, si este versículo no prueba que Cristo nunca sabrá el tiempo de su regreso, tampoco prueba que los hombres y los ángeles nunca lo sabrán.

"Cuando Jesús vino por primera vez —continuó Snow—, apareció a *tiempo* y tenía un mensaje *acerca del tiempo*. El declaró: 'El tiempo es cumplido' (Marcos 1:15). Yo os pregunto, hermanos y hermanas, ¿qué tiempo se había cumplido?"

—El tiempo profético —replicó la multitud—. La sexagésimo-novena semana de las 70 semanas de Daniel.

—Muy bien, muy bien —prosiguió con ánimo Snow—. Todos nosotros conocemos las profecías de Daniel 8 y 9 sobre los 2.300 años y las 70 semanas de años que estaban "determinadas" (o "cortadas" de ellos). Y ha sido común entre nosotros llevar los 2.300 años hasta "más o menos 1843".

"¡Pero hemos pasado por alto algunas cosas! Dijimos que los 2.300 años comienzan en la primavera del año 457 AC y termina en la primavera de 1844. Pero los 2.300 años no habían de empezar al comienzo del año, sino con la 'salida de la orden para restaurar y reedificar a Jerusalén' (Daniel 9:25). Ahora bien, en Esdras 7:8 se nos dice que este decreto no llegó a Jerusalén sino hasta el quinto mes del año. Mis hermanos, si los años bíblicos empezaban y terminaban en la primavera, y si el decreto no se puso en efecto sino hasta cinco meses después del comienzo del año, ¿no deben extenderse los 2.300 años por lo menos cinco meses más allá del comienzo de la primavera?"

—Amén, así es. Por supuesto que es así —respondió la gente.

—Entonces estamos equivocados al esperar el regreso de Cristo para la primavera de 1844.

—¡Sí, sí! ¡Gracias a Dios por esta luz!

—La próxima verdad que tiene su efecto sobre el tiempo del regreso de Cristo —continuó Snow con su argumentación con seguridad—, es una comprensión más completa de lo que significan la primavera y el otoño en la ley de Moisés.

"La fiesta principal de la *primavera* era la ceremonia de la Pascua, realizada 'el primer mes' del año bíblico. La principal fiesta del *otoño* era el día de expiación, que caía en 'el séptimo mes' del año. Ahora, pues, ¿en qué día murió Jesús sobre la cruz?"

—En la Pascua —replicó la multitud, que lo seguía con atención.

—¡Correcto! "Cristo nuestra pascua" fue crucificado por nosotros (1 Corintios 5:7) en el primer mes, en la primavera del año, el mismo día cuando el cordero pascual era sacrificado. Pero eso no es todo. ¿A qué hora del día era sacrificado el cordero pascual?"

—Por la tarde —replicó la audiencia.

—Sí; más precisamente, "entre las dos tardes", como decían los hebreos; no a la puesta del sol, sino a la mitad de la tarde. Decidme, ¿a qué hora Cristo nuestra pascua entregó su vida por nosotros?

—A las tres de la tarde —fue la respuesta.

Basándose en el historiador judío Josefo y en el respetado cronólogo Guillermo Hales, Snow estableció la fecha de la muerte de Cristo en la primavera del año 31 de nuestra era, a la mitad de la septuagésima semana de Daniel.

"Yo os declaro hermanos, basado en la palabra de Dios, que cuando Jesús vino la primera vez, murió como nuestro cordero pascual en el año preciso predicho por la profecía de Daniel y en el mismo día prescrito en el ceremonial judío. De hecho en la misma hora establecida en la ley. Ni un punto de ella falló. Ni una jota ni un tilde. ¡El tiempo se cumplió estrictamente!

"Ahora hermanos, así como la Pascua era el tipo o símbolo principal de la primavera, el día de expiación es el símbolo principal del otoño. ¿Y qué hacía el sumo sacerdote en el día de expiación?"

—Purificaba el santuario —respondió la congregación.

—¡Sí, por cierto! ¿Y qué obra completará Jesús al fin de los 2.300 años de Daniel 8:14?

—¡La purificación del santuario! —fue la respuesta de nuevo.

—¡Exactamente! Ahora, si se cumplió estrictamente el tiempo cuando Jesús murió como nuestro sacrificio pascual, ¿no significa esto que se cumplirá con exactitud el tiempo cuando nuestro Sumo Pontífice realizará la purificación del santuario? ¿No es cierto que Jesús cumplirá la profecía de Daniel 8:14, no sólo en general en el año de Daniel 8, sino en forma más precisa, en la fecha exacta del día de expiación?

Los milleritas miraron con sorpresa y profunda gratitud sus Biblias, después a Snow, y luego el uno al otro.

Snow continuó presentando su argumento:

—Y entonces, hermanos, ¿en qué día cae el día de expiación del calendario ceremonial bíblico?

—En el décimo día del séptimo mes —replicaron éstos casi en coro.

—¡Correcto de nuevo! Levítico 23:27 dice: "A los diez días de este mes séptimo será el día de expiación". Hermanos, si el tipo o símbolo de la purificación cayó el día décimo del séptimo mes, ¿cuándo, en la realidad, completará Jesús la purificación del santuario? —Su vehemencia era desbordante. La concurrencia replicó de nuevo:

—En el décimo día del séptimo mes.

Snow hizo una pausa y respiró antes de presentar su última evidencia.

"En base al cómputo más cuidadoso preservado en la providencia de Dios por los judíos karaístas, *el décimo día del séptimo mes cae este año el 22 de octubre*. —Hizo un silencio; y entonces lanzó su llamado culminante.

"Hermanos, pensad en esto. Es ahora la segunda semana de agosto. En menos de tres meses el Señor completará la purificación y saldrá del

santuario. para bendecir a su pueblo que lo espera. (Levítico 9:22,23.) En menos de tres meses la obra de Dios estará completada. No habrá más ningún invierno en esta tierra vieja y fría. En menos de tres meses el Esposo estará aquí para tomar consigo a su esposa que lo aguarda. ¿No es tiempo ahora de que se haga resonar el clamor de medianoche: 'He aquí el Esposo viene; salid a recibirle!'"

Lágrimas de gratitud y gozo rodaron por las mejillas. A Snow se le pidió que repitiera su discurso al día siguiente para que todos pudieran estar seguros de haberlo entendido. Otros dirigentes exhortaron al pueblo a usar bien los limitados días que faltaban.

Los creyentes, solemnes, humildes, pero electrificados por el mensaje y la esperanza, volvieron a llenar trenes, barcos y diligencias para regresar a sus hogares. Llevaron la noticia a todas partes. Un congreso campestre tras otro presenció la misma tranquila y emocionante respuesta.

Las montañas de granito de Nueva Inglaterra pronto resonaron con el eco del "clamor de medianoche". Con un poder casi irresistible volaba en las alas del viento de una parte a otra del país. Desde Canadá hasta Maryland, desde el Atlántico hasta el Medio Oeste, simultánea y casi unánimemente, el "movimiento del séptimo mes" se esparció a toda ciudad, aldea y villorrio. Al principio, Himes lo puso en duda, pero luego asumió una posición afirmativa, asegurando que Dios estaba con él. Guillermo Miller estudió el asunto en forma cuidadosa, oró sobre ello intensamente, y luego escribió acerca de ello con gozo:

"Veo en el 'séptimo mes' la gloria que nunca había visto antes. Estamos casi en el hogar. ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Gloria!"

¡22 de octubre! ¡En esa fecha Cristo vendría! Sólo faltaban unos días para el fin.

¡Qué tiempo para vivir aquí!

A medida que los días pasaban, los comerciantes adventistas cerraban sus negocios, los mecánicos clausuraban sus talleres; los empleados abandonaban sus empleos. En los congresos campestres, veintenas confesaban sus faltas y acudían al frente para que se orara por ellos. Grandes cantidades de dinero fueron donadas para que los pobres pudieran cancelar sus deudas y se pudieran publicar los periódicos, hasta que los editores dijeron que los fondos sobran, y los donantes vieron con pesar que no se recibían más ofrendas.

En el campo, algunos agricultores abandonaron su cosecha para manifestar su fe. Las papas permanecieron en la tierra, las manzanas se caían de los árboles, el heno se aplastaba en los campos. En las ciudades,

---

\*El cielo cuidó las papas. En Nueva Ipswich, New Hampshire, un tizón afectó las papas cosechadas al debido tiempo, pero las que se recogieron más tarde por Leonardo Hastings habían sido protegidas por el suelo y se vendieron a un precio especialmente bueno.

la gente —muchos maestros de escuela, varios jueces de paz, y aún un magistrado de Norfolk—, renunciaba a sus puestos.

En Filadelfia, un sastre de la calle quinta cerró su negocio "en honor al Rey de reyes que aparecerá en torno al 22 de octubre". Una gran empresa de Brooklyn despidió a sus empleados. Los metodistas, los congregacionalistas, los presbiterianos, acudían a las aguas del bautismo.

Las prensas a vapor marchaban día y noche para producir la revista *Midnight Cry*, y otros periódicos. Cientos de miles de ejemplares eran publicados en Nueva York y Boston. Además, otros miles en Rochester, Topsham, Filadelfia, Lancaster, Utica, Cleveland, Cincinnati, Detroit y Toronto.

Expectativa. Publicación. Preparación. Congregación. Y el clímax al final de todo.

Octubre 15. Todavía había siete días. Octubre 16, seis días. Octubre 17. Octubre 18. Octubre 19.

El 19 de octubre se detuvieron las prensas. La gran tienda ya había sido desarmada por última vez. Los predicadores habían regresado a sus casas para unirse con sus familias. Josué V. Himes se apresuró a llegar a Low Hampton para estar con Miller.

En medio de estos movimientos, los creyentes esperaron con gozoso anhelo. La jovencita Elena Harmon escribió más tarde: "Este fue el año más feliz de mi vida. Mi corazón estaba lleno de alegre expectativa".<sup>3</sup>

Afuera, el mundo esperaba en suspenso. Millares que nunca se habían unido al movimiento escudriñaron sus corazones por temor de que todo fuera cierto.

Octubre 20. Octubre 21. Octubre 22 de 1844.

Al amanecer el 22 de octubre, los milleritas se reunieron en grupos grandes y pequeños. En sus tabernáculos, en iglesias, en carpas, en hogares privados; en expectativa solemne, con oración y gozosos cantos de alabanza. En Low Hampton, New York, los amigos de Miller se congregaron en el bosquecillo de arces junto a su casa, en lo que hoy se conoce con el nombre de Rocas de la Ascensión, para esperar todo el día, porque no sabían a qué hora su Señor vendría.

El sol se levantó por el este, "como un esposo que sale de su cámara". Pero el Esposo no apareció.

Alcanzó el meridiano, cálido y lleno de vida, "con salud eterna en sus alas". Pero el Sol de justicia hasta esa hora no brilló.

El astro se puso en el occidente, llameante, fiero, "imponente como ejércitos en orden". Pero el que se sienta sobre el caballo blanco no regresó como el jefe de las huestes del cielo.

Las sombras de la noche se extendieron y el fresco cayó sobre la tierra. Las horas nocturnas pasaron con lentitud. En medio del desconsuelo, los relojes dieron las doce de la medianoche en los hogares de los milleritas. El 22 de octubre había terminado. Jesús no llegó. ¡No había venido!

—¡Sí, queridos!

El martes de noche, suspirando inquirieron:

—¿Por qué papá no vino hoy?

Había muchas familias semejantes a ésta en aquellos días. Con hijos o padres jóvenes que habían muerto de tuberculosis, cólera, tos convulsa, y otras enfermedades terribles, muchas esperaban una reunión feliz cuando Jesús viniera de nuevo. No sin razón el 22 de octubre de 1844 pasó a la historia como el día del "gran chasco".

Jaime White escribió años más tarde:

"Cuando el pastor Himes visitó Portland, Maine, pocos días después de transcurrido el tiempo, y declaró que los hermanos debían prepararse para otro frío invierno, no pude dominar mis sentimientos de pesar. Salf del lugar de reuniones y lloré como un niño".<sup>3</sup>

En otra ciudad, setenta desconcertados adventistas permanecieron juntos en una casa grande donde se habían reunido para encontrar al Señor, animándose el uno al otro a no desechar su confianza, y compartiendo los gastos de un fondo común compuesto de todo el dinero que les quedaba y que habían colocado en una lechera. Un dirigente millerita logró persuadirlos a que regresaran a sus hogares y reanudarán su vida normal.<sup>4</sup>

Un buen número de milleritas, sin embargo, no pudieron ajustarse con facilidad a la situación. Ya no poseían casas a donde pudieran regresar. Habían vendido sus granjas y donado las entradas a la causa. En París, Maine, Eduardo Andrews invitó a la familia de Stowell —ahora empobrecida— a establecerse con él, un acto de generosidad que Dios recompensó ampliamente, como veremos más adelante en otro capítulo.

Por doquiera milleritas desilusionados se preguntaban el uno al otro: "¿Dónde estamos ahora? ¿Qué es lo que hemos entendido mal?"

Miller y los otros dirigentes admitieron francamente que habían cometido un error, pero que estaban desconcertados, pues tenían la clarísima evidencia de que "el clamor de medianoche" (que Cristo vendría el 22 de octubre), y "el movimiento del séptimo mes" (la ansiosa proclamación de este mensaje y la ferviente respuesta de la gente a él) habían sido maravillosamente bendecidos por Dios.

Himes habló por Miller y por muchos otros: "Hemos estado equivocados en una creencia que nosotros pensábamos que estaba respaldada por la Palabra, el Espíritu y la Providencia de Dios".

En el movimiento del séptimo mes "parecía haber un poder irresistible que lo doblegaba todo". Su mensaje "alcanzó los corazones en diferentes y distantes lugares en forma casi simultánea, y de una manera que puede ser explicada sólo admitiendo que Dios estaba dirigiendo las cosas. Produjo por doquiera el más profundo escudriñamiento del corazón y la humillación del alma delante del alto Dios del cielo. Determinó una transferencia de afectos de las cosas de este mundo —la culminación de una cantidad de controversias y animosidades, la confesión de errores, humillación delante

de Dios, y penitentes súplicas de personas con corazón, quebrantado por perdón y aceptación". "Sólo podíamos exclamar: '¿Quiénes somos nosotros, que resistamos a Dios?'<sup>5</sup>

"El gran Dios ha obrado grandiosamente en nuestro favor —escribió F. G. Brown, otro prominente adventista—. Nuestros prejuicios, educación, gustos, tanto intelectuales como morales, estaban todos opuestos a esta doctrina de la venida del Señor... El Espíritu Santo obró... en lo más íntimo de nuestras almas", hasta que la segunda venida llegó a ser "nuestra esperanza, nuestro gozo, nuestro todo". "La Biblia habla de ella; cada página está llena de la inmediata venida del Señor".<sup>6</sup>

Cuando Brown dijo que cada página de la Biblia está llena de la inmediata venida del Señor, exageró tan sólo un poco. ¡El Nuevo Testamento la menciona trescientas veces! Jesús prometió: "Si me fuere... vendré otra vez" (Juan 14:3). Los ángeles predijeron: "Este mismo Jesús... vendrá así como le habéis visto ir" (Hechos 1:11). Pedro habló del tiempo "cuando aparezca el Príncipe de los pastores" (1 Pedro 5:4). Pablo dijo: "El Señor mismo... descenderá del cielo" (1 Tesalonicenses 4:16). Juan aseguró claramente: "He aquí que viene con las nubes" (Apocalipsis 1:7).

Aun cuando la promesa no fuera explícita, ella podría inferirse fácilmente de todo lo demás que la Biblia dice respecto a Dios. Su amante y todopoderoso Autor no dejará a multitudes de la tierra abandonadas para siempre. ¡Algún día realizará el gran cambio!

Miller estaba indiscutiblemente en lo cierto al predicar la segunda venida. También tenía una posición totalmente correcta cuando urgía a la gente a prepararse. Jesús dijo: "Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del hombre vendrá a la hora que no pensáis" (Mateo 24:44).

El énfasis en la preparación era tan prominente en la mente de Miller, que para él el tiempo del regreso de Cristo, aunque tenía importancia, era secundario. "Mi objeto total era un deseo de convertir a las almas a Dios —escribió después del chasco—, e inducir a mis semejantes a hacer una preparación del corazón que los capacitara para encontrar al Señor en paz".<sup>7</sup> En uno de sus primeros itinerarios expresó su preocupación por los que quedaban en su localidad. "Oh Señor, despierta al pueblo de Hampton... ¡Convierte, Padre mío, a mis hijos!"<sup>8</sup> Muchos de sus vecinos aceptaron a Cristo; y en cuanto a su familia, hacia 1843 podía regocijarse en las siguientes palabras: "Tengo una esposa y ocho hijos; tengo amplios motivos para creer que todos son hijos de Dios, y creyentes en la misma doctrina conmigo".<sup>9</sup>

Tanto mayor era el énfasis de Miller en la preparación del corazón, que en el cálculo del tiempo, que cuando Jesús no vino el 22 de octubre podía decir con toda sinceridad: "Yo quisiera averiguar si mis enseñanzas han sido materialmente afectadas" por la desilusión.<sup>10</sup>

Miller, por supuesto, estaba equivocado en cuanto al acontecimiento ligado a "la purificación del santuario" al final de los 2.300 días; pero no

necesitaba pedir disculpas por su cálculo del tiempo. Su interpretación de los 2.300 años estaba fundada en el concepto de que los días simbólicos en la profecía equivalen a años literales (Ezequiel 4:6). Muchas profecías en la Biblia contienen símbolos. Mujeres que representan iglesias, animales a imperios, aguas a pueblos, y así por el estilo. Aun oponentes vigorosos de Miller, como el reverendo Jorge Bush, admitió, hablando con él, que "al tomar un día como la representación profética de un año... usted está respaldado por la exégesis más sólida, y fortalecido por nombres tan prominentes como Mede, sir I. Newton, el obispo Newton, Kirby, Scott, Keith, y una hueste de otros personajes".<sup>11</sup>

Al hacer esta admisión, Bush estaba en lo cierto. Los 2.300 días habían sido reconocidos como 2.300 años por muchos hombres antes de Miller, y eso remontaba hasta Nahawendi, en el siglo noveno, icasi mil años antes que Guillermo Miller naciera!<sup>12</sup>

Martín Lutero y un buen número de otros reformadores creían en el principio de "día por año", como también Isaac Newton, uno de los mayores hombres de ciencia de la historia. Newton, en realidad, estudió teología e historia de la iglesia durante toda su vida, y escribió más palabras (1.300.333) sobre estos temas que sobre asuntos científicos.<sup>13</sup> Para su mente matemática, las largas profecías temporales de la Biblia presentaban una fascinación especial.

En el siglo XVIII se realizó un descubrimiento capital, bajo la dirección de Dios, por parte de Juan Petri (1718-1792), un pastor de Alemania perteneciente a la Iglesia Reformada.<sup>14</sup> Petri fue el primero (1768) en reconocer que los 2.300 días de Daniel 8 empezaban al mismo tiempo que la profecía de las setenta semanas de Daniel 9, lo cual hizo posible, por fin, calcular con certeza el término de la misma, como ahora lo sabemos.

La validez de los argumentos de Petri es confirmada por el descubrimiento independiente de líneas de razonamiento similares seguidas por Hans Wood, en Irlanda (1787); Juan A. Brown, en Inglaterra (1810); y W. C. Davis, ministro presbiteriano de Carolina del Sur (1811),<sup>15</sup> todos anteriores a Guillermo Miller y un laico bautista de Nueva York, que llegó a la misma conclusión general en forma independiente, en 1818. De acuerdo con el punto de arranque tomado por los distintos autores y la precisión de sus cálculos, todos estos hombres concluyeron que los 2.300 días terminarían en la década de 1840, o (en el caso de Hans Wood), en la de 1880.

Manuel de Lacunza, un sacerdote jesuíta chileno; José Wolffe, un cristiano judío; Enrique Drummond, un banquero inglés y miembro del parlamento; Guillermo Cunningham, Heinrich Richter, Mortimer O'Sullivan, Louis Guassen, Guillermo Pym, Jorge Croly, Enrique Manning, Alejandro Keith, James A. Begg, Jorge Stanley Faber, y una gran cantidad de otros, en Escocia, Irlanda, Francia, Alemania, Holanda, Suiza, Sudamérica, el Medio Oriente, y (el mayor número de ellos) en Inglaterra,

escribieron libros, predicaron sermones, publicaron periódicos, y dictaron conferencias en la época del despertar del segundo advenimiento. Los temas eran más o menos paralelos con los que predicaba Miller en Norteamérica.

El despertar europeo no tuvo la unidad del norteamericano, y no descubrió la fecha precisa del 22 de octubre de 1844, pero hacia 1844 una gran cantidad de ministros, incluyendo 700 anglicanos,<sup>16</sup> estaban proclamando el segundo advenimiento en iglesias de piedra y en pequeñas capillas por toda Inglaterra, tomando como texto el mensaje del primer ángel: "La hora de su juicio ha llegado". Tomás B. Macaulay, el famoso historiador y miembro del parlamento, tomó nota del hecho de que en 1844 el número de los que creían en un retorno inminente de Cristo incluía a hombres "distinguidos por su posición, riqueza, y capacidad... Hombres nobles —añadía—, y miembros del parlamento han escrito en defensa de lo mismo".<sup>17</sup> Igualmente impresionante fue la aparición en este tiempo de "predicadores niños", en Suecia. Comenzando con 1841 y continuando hasta el verano de 1844, jóvenes y aún niños pequeños llamaban confiadamente al pueblo a una reforma, a una preparación para el regreso de Cristo.

En Suecia, por ley, ningún adulto podía predicar sin permiso de la iglesia del estado. Para obviar este inconveniente, Dios llamó a los niños. Aún así, algunos fueron perseguidos. Ole Boqvist, por ejemplo, fue inclementemente azotado en presencia de su hermano, y luego, sin explicación, puesto en libertad para que continuara.

Una niña muy pequeña jugaba con sus muñecas en forma natural mientras los vecinos se reunían en su hogar. Luego les predicaba con autoridad por una hora más o menos, después de lo cual regresaba a sus juegos.

El Dr. Sven Erik Sköldberg, que por treinta años fue médico oficial del gobierno, examinó la "enfermedad de la predicación", como la llamaban sus enemigos, e informó que algunos de los niños predicaban acostados, con los ojos cerrados, inconscientes, y aparentemente sin respirar. Lis Andersdotter, Mary Swensdotter, y tal vez otros adolescentes, si sus labios y sus fosas nasales eran comprimidos mientras ellos cantaban, continuaban entonando la melodía. El Dr. Sköldberg informó que los niños proclamaban los elementos esenciales del cristianismo: Cristo, la oración, el arrepentimiento y la conversión. Pero no dio explicación de sus manifestaciones físicas. Cuando se le pidió a los niños que ellos mismos la dieran, citaban Joel 2:28: "Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones".

¿Y cuál era el tema de su mensaje? Básicamente el mismo que el de Miller y el de los adventistas ingleses: el mensaje del primer ángel de Apocalipsis 14: "La hora de su juicio ha llegado".<sup>18</sup>

Si "papá no volvió" al hogar de Carlos Fitch el 22 de octubre de 1844, no era porque Miller había inventado una teoría descabellada, basada en

interpretaciones particulares. Su mensaje era, en la mayor parte de sus puntos esenciales, absolutamente correcto. Y era parte del gran despertar del segundo advenimiento: un movimiento intercontinental, interdenominacional, que proclamó una gran verdad profética, cuyo tiempo había llegado.

## Capítulo 6

### Entrada triunfal II

"Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel" (Lucas 24:21). Es útil que recordemos que la tragedia del 22 de octubre de 1844 no fue el primer grande desengaño experimentado por los hijos de Dios. ¡Pensemos en la tristeza que se produjo cuando Jesús murió en la cruz!

El domingo inmediato al drama de la cruz, ignorantes del hecho de que Jesús había resucitado de los muertos, dos de sus seguidores transitaban por un camino rural cuando Jesús los alcanzó. Sin imaginarse, ni por asomo, que se encontrarían con él de nuevo, no lo reconocieron, y hablaron con él muy tristemente acerca de la crucifixión. Cleofas, uno de los caminantes, suspiró con dolor, y dijo: "Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel".

Dos mil años después en el tiempo, y a miles de kilómetros de distancia de ese lugar, todavía nos impresiona la tristeza de la voz del transeúnte.

Y las suyas no eran las únicas lágrimas de desilusión.

Imagináos a una joven pareja que pocos días antes traía a su niño enfermo a la fiesta de la Pascua. Todo dependía de que pudieran mantenerlo vivo unos pocos kilómetros más, por cansadores que fueran; unas pocas horas más, llenas de ansiedad, hasta que llegaran a Jerusalén a la presencia del gran Sanador. Por muchos años, ese Sanador había asistido regularmente a la fiesta. Por fin lograron terminar esos últimos kilómetros cansadores, esas últimas horas terribles. Llegaron con su niño todavía vivo, tan sólo para saber que el Sanador mismo había muerto crucificado.

Miles compartían su dolor. "Por todos lados se oía el clamor: ¡Queremos a Cristo el Sanador!... Pero fueron ahuyentados de los atrios del templo, y se colocaron soldados a las puertas... Los que sufrían... quedaron abatidos por el chasco... Se consultaba en vano a los médicos; no había habilidad como la de Aquel que yacía en la tumba de José".<sup>1</sup>

"Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel". Sufrían un gran chasco, otra gran desilusión.

El dolor del fin de semana de la crucifixión era acrecentado por el hecho de que, sólo unos pocos días antes de su muerte, Jesús protagonizó la emocionante entrada triunfal en Jerusalén.

No debemos olvidar este hecho. En gran manera, esto nos ayuda a entender el chasco millerita.

El domingo anterior a su muerte, Jesús envió a dos de sus discípulos para que encontraran un pollino, lo desataran y se lo trajeran. Cuando ellos se manifestaron sorprendidos, Jesús les dijo que le explicarían al dueño: "El Señor lo necesita". Los discípulos le trajeron el asno, y Jesús cabalgó sobre él hasta Jerusalén, en cumplimiento de lo que la Biblia dice en una profecía del Antiguo Testamento: "Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino, hijo de asna" (Zacarías 9:9).

Cuando la gente lo vio cabalgar en un asno en cumplimiento de la profecía de Zacarías, estaba segura de que Jesús iba a proclamarse rey, liberarlos de los odiados romanos y hacer de Jerusalén, no de Roma, la capital del mundo. Sencillamente, Cristo tomó la iniciativa en una empresa que dejó a la gente con una muy falsa impresión de él mismo, una situación que, en consecuencia, produjo un trágico chasco.

¿Cómo podía Cristo, el camino, la verdad y la vida, participar en tan calculada decepción? ¿Cómo podía el Príncipe de paz, en forma planeada, crear el escenario para el quebrantamiento de corazón que siguió?

¿O son estas preguntas decepcionantes? ¿Era Jesús el que "había de redimir a Israel"? ¡Por cierto! ¡Era el salvador de todo el mundo! ¿Era realmente Jesús un rey cuando se sentó sobre el asno? ¡Era el rey del universo!

Luego, cuando Jesús indujo al pueblo a considerarlo como rey ¿lo engañó? ¡Por supuesto que no!

Entonces, ¿qué fue lo que un poco más tarde confundió tanto a la gente con respecto a él, y la desconsoló? Fue su propia incomprensión de la realidad.

A fin de que nos aseguremos perfectamente bien de que Jesús no era responsable por la falta de comprensión del pueblo y su subsiguiente desilusión, hagámonos esta pregunta: ¿Alguna vez advirtió Jesús a sus seguidores que él no era la clase de rey que ellos pensaban, y que iba a ser muerto? La respuesta es la siguiente: Más o menos nueve meses antes de la crucifixión "comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto y resucitar al tercer día" (Mateo 16:1).

¡Cristo no podía haber sido más explícito! Sin embargo, el Cielo hizo más que esto para que la gente supiera la verdad de antemano. Jesús fue presentado por Juan el Bautista desde el primer momento en que empezó oficialmente su ministerio como el *Cordero* de Dios. (Juan 1:29). Todo el mundo sabía que en el servicio del santuario los corderos de Dios morían como sacrificios todos los días del año y, anualmente, en ocasión de la Pascua. Daniel 9, escrito quinientos años antes del nacimiento de Cristo, revelaba que "a la mitad de la semana", la última de las setenta semanas de años, se le quitará la vida al Mesías. Isaías 53, escrito unos setecientos años antes de la era cristiana, predecía que el siervo de Dios, como un

cordero, iría al matadero (versículo 7). Génesis 3:15, la primera promesa de un Salvador, revelaba que el enemigo "heriría" a la simiente de la mujer. ¡Así, por 4.000 años el Cielo hizo lo mejor que pudo para prevenir a la gente de este engaño y del consiguiente chasco!

¿Pero, por qué Jesús protagonizó la entrada triunfal, después de todo? ¿Por qué no quedó en el banco de carpintero de Nazaret y evitó toda ocasión de malentendido?

¡Sabemos la razón! Había llegado el tiempo para que realizara el acto más significativo de toda la historia. Iba a morir sobre la cruz como expiación por los pecados del mundo, para hacer posible el perdón de todo ser humano, y para restaurar la confianza en el carácter de Dios y en su gobierno en todo el universo sideral.

Aquel domingo de mañana de su entrada triunfal, Jesús sabía que a la mitad de la septuagésima y última semana profética de años, predicha en Daniel 9 —específicamente, en el viernes de la pascua próxima, a la misma hora, las tres de la tarde, en que el cordero pascual era sacrificado— él, el Creador de los cielos y la tierra, había de expiar en una cruz el pecado del mundo, fuera de los muros de la vieja Jerusalén. Sabía que con este acto demostraría el amor de Dios en forma inconfundible, abriendo el camino para la redención del hombre y haciendo posible la vida eterna para todo pecador. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna".

¿Pero de qué utilidad habría sido este amor si ninguna persona jamás hubiera llegado a conocerlo? Tal bondad exigía la mayor publicidad para que el hombre pecador pudiera aprender, y creer, y vivir.

Esta es la razón por la cual Jesús realizó la entrada triunfal. Hizo todo lo que pudo para evitar el malentendido del pueblo. Pero cuando la gente persistió en su idea errónea, de todas maneras avanzó, sabiendo que a su debido tiempo muchos, que de otro modo nunca se habrían preocupado llegarían a entenderlo claramente.

Pero antes que dejemos la "entrada triunfal I" debemos hacernos dos preguntas más acerca del "gran chasco I" que siguió después. En el camino a Emaús, ¿a quién y por qué medios explicó Jesús lo que había ocurrido?

¿Podemos nombrar a los dos discípulos que iban camino de su aldea? Sabemos que uno era Cleofas. ¿Recordamos el nombre de la otra persona? No. La Biblia no lo da.

Después del gran chasco del fin de semana de la crucifixión, Jesús realizó la más significativa revelación de sí mismo, la más útil explicación de la causa de la equivocación de sus seguidores, no a los discípulos más importantes, como Pedro, Santiago, Juan, sino a dos más bien desconocidos, a dos dedicados cristianos laicos.

¿Y de qué manera les explicó el chasco que experimentaban? "Entonces él les dijo: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera

estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían" (Lucas 24:25-27).

Helo ahí. Aparentemente les recordó versículos tales como los que mencionamos hace un momento: Génesis 3:15, acerca de la serpiente hiriendo a la simiente de la mujer; Isaías 53, acerca del cordero que es conducido al matadero en el sistema del santuario; Daniel 9, respecto del Mesías, a quien se le quitaría la vida; y muchos otros pasajes. Mientras Cristo hacía esto, Cleofas y su compañero deben haber exclamado: "¡Hemos escuchado esto mismo cien veces! ¿Por qué no pudimos verlo antes?" Y sus corazones ardían dentro de ellos mientras les abría las Escrituras.

Un poco más tarde, después que reconocieron a Jesús, el Señor los dejó. Y entonces, cómo corrieron de vuelta a Jerusalén, tropezando en el pedregoso camino a la luz de la luna de pascua, para contar a los principales discípulos lo que habían llegado a conocer y a quién habían visto!

Los dirigentes estudiaron de nuevo cuidadosamente las Escrituras por sí mismos. Pronto, fortalecidos por la gracia de Dios, fundaron un nuevo movimiento religioso: la iglesia cristiana.

### Entrada triunfal II

Esto es suficiente con respecto a la "entrada triunfal I" y su secuela, "el gran chasco I". De la misma forma, si se nos permite, podemos llamar al dolor del 22 de octubre de 1844 el "gran chasco II", y al gran despertar del segundo advenimiento, la "entrada triunfal II".

Tal como lo veremos en capítulos subsiguientes, el 22 de octubre de 1844 Jesús comenzó una nueva obra de expiación, tan esencial como la expiación hecha en el Calvario. En la providencia de la gracia de Dios, tal como Jesús murió en la cruz a las tres de la tarde el viernes de pascua, cerca del fin de las setenta semanas, así Jesús comenzó este otro ministerio de la expiación precisamente el día de expiación ceremonial, el martes 22 de octubre de 1844, al final de los 2.300 años-días de Daniel 8:14. Y así como en la primera ocasión fue clavado en la cruz en las afueras de la vieja Jerusalén, en ese día de octubre ocupó su lugar junto a las tablas de la ley en el lugar santísimo del santuario de la Nueva Jerusalén. Este nuevo ministerio de expiación es, como veremos, un proceso lleno de exquisita misericordia, y se denomina a veces el "borramiento de los pecados", un ministerio destinado a quitar todo el pecado de los corazones, de la vida y de los registros de los amados creyentes en Cristo, y prepararlos para la unidad eterna con el Padre.

Un acto de expiación tan grande y tan lleno de misericordia exigía la más amplia publicidad, para que de nuevo los hombres pudieran aprender,

y creer, y vivir. Y recibió esa amplia publicidad, como hemos visto, tanto en el antiguo como en el nuevo mundo.

¿Pero cómo pudo Dios llamar a Miller y a tantos otros a predicar un mensaje equivocado?

Hemos visto que Miller estaba muy cerca de la verdad. Sobre la literalidad de la segunda venida, la clase de preparación necesaria, la importancia vital de ganar almas, y el cálculo de los 2.300 días, estaba mucho más acertado que ninguno de sus contemporáneos.

*Se había equivocado únicamente al pensar que el santuario que debía ser purificado en Daniel 8:14 estaba en la tierra, y al concluir que la purificación del santuario se cumpliría con la venida de Cristo a la tierra a limpiar el mundo y juzgar a la iglesia como Rey de reyes.*

No cometió un error mayor que los discípulos cuando pensaron que las profecías predecían la venida de Cristo como rey en el año 31 de nuestra era.

Pero, ¿por qué Jesús no le aclaró a Miller su equivocación y trató de que fuera acertado en todo?

La respuesta es que el Señor procuró hacerlo, así como trató había intentado iluminar a sus propios discípulos antes de la entrada triunfal I. Frases que se encuentran en Daniel 7, Lucas 12, Hebreos 8 y 9, Apocalipsis 10 y 11, debidamente entendidas, habrían evitado el chasco de 1844, así como otras frases del Antiguo Testamento podrían haber salvado a los discípulos de su desengaño.

Además, existe una sorprendente analogía entre la advertencia de Jesús a sus discípulos respecto de que él sufriría muchas cosas, moriría y resucitaría el tercer día, con lo que sucedió con su pueblo a mediados del siglo pasado. En la primera parte de la década de 1840 el Señor eligió a dos milleritas, Guillermo Foy (un ministro negro de piel clara) y Hazen Foss, para mostrarles en una visión profética que el tiempo continuaría más allá del 22 de octubre de 1844.<sup>2</sup> Una vez más el error estaba en la mente del pueblo, no en la voluntad de Dios.

Pero si en estos elementos específicos Miller estaba equivocado, ¿por qué el Señor le permitió predicar? ¿Por qué no le dejó seguir sembrando granos y ordeñando vacas por el resto de su vida? Después de todo, eso es lo que Miller quería. Entonces no habría habido un gran chasco.

Acabamos de dar la razón. Jesús estaba por entrar en un gran proceso de expiación que igualaba en gracia y efectividad a su muerte en la cruz, y el mundo necesitaba saberlo, de manera que los hombres pudieran aprender, y creer, y vivir.

¿Y a quién, cuándo y cómo explicó Jesús la mala comprensión de su misión después del chasco?

El 23 de octubre, la misma siguiente mañana del día 22, un adventista activo, pero casi desconocido, Hiram Edson, iba a campo traviesa por un sembrado de maíz en compañía de un amigo, cuando de repente se hizo la luz en su mente y comprendió la verdadera explicación de las principales

frases de Daniel 7, Lucas 12, Apocalipsis 10 y 11, y (pocas horas más tarde, cuando llegó a su casa) Hebreos 8 y 9, que los milleritas hasta allí habían pasado por alto o se habían equivocado en su interpretación.

En otras palabras, Jesús le reveló, en base de las Escrituras, las cosas concernientes a sí mismo. Hiram Edson era el Cleofas adventista que transitaba por el campo con un compañero cuando Cristo se llegó junto a él.

La nueva comprensión de Edson fue estudiada y reestudiada. De ella surgió, a su debido tiempo, un nuevo y grande movimiento mundial: la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

## Capítulo 7

### El Cleofas del campo de maíz

—Papá, ¿puedo ser bautizada esta noche? ¡Por favor!

—Es tarde ya, tú lo sabes, Ofelia, y tenemos todavía como 17 kilómetros en trineo abierto antes que podamos llegar a casa.

—Ya lo sé, papá; pero realmente me gustaría ser bautizada antes.

—¿Te das cuenta que el lago está probablemente congelado en las orillas, y que tendríamos que viajar unos tres o cuatro kilómetros muy fríos de ida y vuelta?

—Sí; pero está bien —respondió la niña—. Yo lo puedo soportar.

Viendo su resolución, un ministro del grupo se volvió a un amigo, y le preguntó:

—Pastor, ¿tendría usted a bien ir con Ofelia al interior del lago, junto con su padre, y bautizarla?

—Será un placer para mí hacerlo —replicó el buen hombre.

Y de inmediato Hiram Edson acompañó a su hija de doce años en las aguas heladas, presenció su bautismo en la oscuridad, y llegó a casa a una hora bien tarde, indudablemente tiritando de frío, pero muy feliz en el Señor.<sup>1</sup>

Este incidente, que ocurrió al final de un reavivamiento producido en 1855, doce años después del gran chasco, nos presenta a Hiram Edson como un devoto padre cristiano. Tenía seis hijos en total, contando uno que había muerto en la infancia. En ese mismo reavivamiento Edson fue ordenado, aparentemente como anciano local, lo cual nos lo muestra como un activo laico cristiano. Durante muchos años después del chasco, es decir por tanto tiempo como lo permitió su salud, Edson exploró nuevas verdades, se sacrificó para publicarlas, y viajó para esparcir las. En la primera parte de la década de 1850 acompañó a José Bates, John Andrews, Juan Loughborough y una cantidad de otros ministros, buscando incansablemente interesados en perspectiva, a menudo cubriendo cientos de kilómetros, con frecuencia a pie, y de ordinario en el invierno. Durante los veranos trabajaba como agricultor para pagar sus gastos. Dos veces vendió su granja, y una vez, un rebaño de ovejas para ayudar a la causa. Cuando envejeció, se le concedieron como recompensa credenciales ministeriales. Murió en 1882.<sup>2</sup>

Pero estamos anticipándonos a los hechos. La primera esposa de Edson murió en 1839, cuando él tenía 32 años. Con el propósito de proporcionarles una nueva madre a sus tres hijitos, pronto contrajo enlace por segunda vez. Esto ocurrió mientras vivía en Port Gibson, Nueva York

(un terreno rellenado arrebatado al Canal Erie). En 1843 el mensaje adventista llegó a Rochester, que distaba unos cincuenta kilómetros. Pronto se difundió en Port Gibson. Edson, siendo metodista en ese tiempo, lo aceptó durante una serie de reuniones evangelísticas.

La misma noche en que finalizó la serie, Edson fue impresionado por lo que parecía una voz audible que le decía que concurriera al hogar de un vecino moribundo, y lo sanara en el nombre del Señor. Eso lo perturbó, porque pensaba que los milagros de sanamiento habían terminado en los tiempos bíblicos. Incapaz, sin embargo, de sacudirse de encima la convicción, entró en el hogar de su amigo tarde de noche. Recorrió la distancia que lo separaba de la cámara del enfermo a la luz de una vela, puso sus manos sobre el paciente, y dijo: "Hermano, el Señor Jesús te sana". Para gran gozo de Edson, el hombre se sentó de inmediato, se quitó las frazadas, bajó sus pies de la cama, y caminó por la habitación alabando a Dios. Pronto toda la familia se había levantado, y alababa al Señor.<sup>3</sup>

Esa misma tarde, Edson había oído una voz que le decía: "Ve y presenta la verdad (adventista) a tus vecinos y a tus semejantes". Pensó después que era más difícil testificar que ayudar a un enfermo a sanarse. Luchó durante días. Pero cuando finalmente se rindió, a semejanza de Guillermo Miller, encontró que Dios podía hacer buen uso de él. Pasaba todo el día visitando hogares y ayudando en reuniones de noche, y pronto vio a trescientos o cuatrocientos de sus vecinos y semejantes aceptar a Jesús y unirse al movimiento adventista.

Ocupados de esta suerte, él y su familia llegaron al 22 de octubre. Ese día desdichado la luz diurna dio lugar a la entrada de la noche. En su transcurso, el incansable tic tac del reloj advirtió que se estaba agotando el tiempo. Pero podemos estar seguros de que mientras esto ocurría, la familia y sus amigos que se habían reunido con ferviente espíritu para esa ocasión repasaron las evidencias de su fe: los 2.300 días que iban desde el otoño del año 457 AC hasta el otoño de 1844; el despertar adventista como cumplimiento del primero y del segundo mensajes; el "tiempo de demora" después de la desilusión de la primavera, y el "clamor de medianoche" en el congreso campestre de agosto; y, especialmente, la clara exposición de Samuel Snow con respecto a la purificación del santuario celestial a la luz del día de expiación ceremonial.

Hoy, se dijeron, 22 de octubre, "décimo día del séptimo mes", Jesús está terminando su obra especial de purificación en el lugar santísimo del santuario del cielo, y sin duda ha de abandonar ese lugar par venir a la tierra y bendecir a su pueblo anhelante.

"Nosotros esperábamos confiadamente ver al Señor Jesús y a todos los santos ángeles con él —escribió más tarde Edson—. Y que su voz llamaría a Abrahán, Isaac, y Jacob, y a todos los santos del pasado, así como a los queridos amigos cercanos que nos han sido arrebatados por la muerte... Nuestras expectativas eran grandes. De esta manera esperábamos la venida del Señor, hasta que el reloj dio las doce de la medianoche".

Hasta esa hora, la familia de Edson y sus amigos, como los milleritas por doquiera, contaron los minutos con corazones que se iban desilusionando lentamente. Cuando después de medianoche no podía oírse otra cosa que el ritmo metálico y permanente del tic tac del reloj, se convencieron de que "el día había pasado" y "su desilusión llegó a confirmarse". "Nuestras más caras esperanzas y expectativas se volatizaron y nos dominó un espíritu tal de llanto como nunca lo habíamos experimentado antes... Lloramos y lloramos hasta que alboreó la mañana", recordó Edson.

Pero a medida que transcurrían las horas, su mente repasaba la manera en que Dios lo había bendecido desde que había aceptado la esperanza adventista: Le había sido dado el poder de sanar en el nombre de Cristo; había visto centenares de vidas cambiadas para lo mejor; había gozado de una paz admirable. Comenzó a recobrar su confianza.

"Vámonos al galpón de cereales", les dijo a los hombres que todavía estaban con él en su casa. Y a la hora matinal fresca y gris de ese día de fines de octubre, encabezó al grupo de creyentes confundidos, pero todavía luchando para no perder la fe. Entraron en el granero, cerraron la puerta, y se arrodillaron para orar.

"Continuamos en ferviente oración hasta que recibimos el testimonio del Espíritu de que nuestra oración era aceptada, y que recibiríamos luz; que nuestro chasco sería explicado, y el misterio nos sería satisfactoriamente aclarado".

Ninguna explicación vino a esa hora; pero pronto brotó en sus corazones la confianza de que Dios es amor, y aunque no entendían lo que había acontecido, él lo aclararía algún día.

Sintiéndose mejor, comenzaron a desfilas hacia la cocina para tomar el desayuno. Edson sugirió a uno de sus amigos, evidentemente O. R. L. Crosier, que fueran a visitar a algunos de los milleritas vecinos a quienes ambos habían ayudado a llevarlos a Cristo, a fin de animarlos con esa nueva confianza. Tal vez para ganar tiempo comenzaron a cruzar un sembrado de maíz.

Mientras lo estaban atravesando, dice Edson, "fui detenido a mitad de camino en el campo. El cielo parecía abierto ante mi vista, y vi distinta y claramente, que en lugar de que nuestro Sumo Pontífice saliera del lugar santísimo del santuario celestial para venir a la tierra (el 22 de octubre),... por primera vez *entró* ese día en el segundo recinto del santuario; *donde tenía una obra que realizar* antes de su regreso a este mundo.

Tan sencillo este evento; y sin embargo se cuenta entre los momentos más dramáticos de la historia religiosa.

Abrahán era solamente un pastor de ovejas nómada cuando Dios lo llamó para que fuera el padre de su pueblo escogido.

Daniel recibió su llamado especial siendo un joven cautivo en una tierra extraña.

Jesús fue un rabino itinerante en una remota provincia romana cuando su muerte salvó al mundo.

Cleofas era un discípulo casi desconocido cuando Cristo le dio la explicación de los sucesos del Calvario, lo que condujo a la fundación de la iglesia cristiana.

Hiram Edson, el "Cleofas del campo de maíz" del adventismo, se ganaba la vida como agricultor en el norte de Nueva York, siendo al mismo tiempo un devoto y estudioso laico ganador de almas, cuando Dios le reveló el ministerio de Cristo en el santuario celestial, una verdad completamente nueva en la historia de la teología. En un sentido muy especial, la Iglesia Adventista del Séptimo Día nació en ese momento, en ese campo, cuando ese agricultor contempló a Cristo.

---

## Capítulo 8

# Nueva luz de la Palabra de Dios

El adventismo del séptimo día es básicamente un mensaje acerca de Jesús, acerca de lo que él está haciendo *ahora* para dar a los hombre y a las mujeres, de cualquier edad, la liberación del pecado, y transformarlos en personas felices, generosas y ayudadoras como él mismo.

Todos los cristianos bíblicos creen que Jesús murió por los pecadores en la cruz, y que desde su resurrección vive "siempre para interceder por ellos" (Hebreos 7:25). La mayor parte de los teólogos, si le han prestado a este ministerio de Cristo una atención especial, dan por sentado que el Señor ha estado realizando siempre esta intercesión en el lugar santísimo del santuario celestial. Los adventistas del séptimo día, sin embargo, creen que después de su ascensión comenzó esta obra en el lugar santo, el primer compartimiento del santuario celestial, y que en 1844 pasó al segundo compartimiento, al más íntimo, el lugar santísimo.

Esta diferencia no es de ninguna manera geográfica. Aunque el ministerio de Cristo como sumo sacerdote en el Cielo ha sido siempre inefablemente maravilloso, su nueva obra en el lugar santísimo sobrepasa por lejos en importancia, en gracia transformadora y en poder a la primera fase. Dedicaremos varios capítulos a este tema a continuación, y regresaremos al mismo a menudo en este libro.

Mientras Cleofas y su compañero iban camino de Emaús, Jesús los reprendió por no creer "todo" lo que los profetas habían dicho acerca de él (Lucas 24:25). Tanto los discípulos como los milleritas, aunque descubrieron verdades con respecto a Cristo —a las cuales la mayor parte de la gente se oponía o las ignoraba—, pasaron por alto o entendieron mal expresiones que habían estado durante siglos en la Palabra de Dios. Lo que Hiram Edson y otros encontraron acerca de ministerio de Cristo también estaba en la Biblia sin ser hallado durante centurias. Ahora, cada cristiano puede y debe comprenderlo.

¿Tuvo Hiram Edson, como algunos sugieren, una visión profética en el campo de maíz? Puede ser. Sin embargo, Edson no dice que vio a Jesús entrar en el lugar santísimo. En cambio, de acuerdo con sus mejores recuerdos, expresa que vio "que" Jesús entró en ese lugar el 22 de octubre. En un relato diferente no hace ninguna alusión acerca de "ver" algo, sino que recuerda que escuchó una voz que le hablaba. Posiblemente él mismo no supo con exactitud cómo recibió esta valiosa revelación, pero tratar de establecerlo es innecesario. Lo que importa es que Edson aprendió algo que nosotros también podemos aprender de la Biblia.

Reproduzcamos un párrafo más de lo que él afirma y analicémoslo. "Yo vi... que él (Cristo) vino a la boda en ese tiempo (el 22 de octubre de 1844); en otras palabras al Anciano de días, para recibir reino, dominio y gloria; y debemos esperar su regreso de las bodas; y mi mente fue dirigida al capítulo décimo de Apocalipsis donde vi que la visión había hablado y no mentía; el séptimo ángel había comenzado a tocar la trompeta; habíamos comido el librito, que fue dulce en nuestra boca, y llegó a ser amargo en nuestro vientre, amargando todo nuestro ser. Vi que debemos seguir profetizando, etc., y que cuando el séptimo ángel comenzó a hacer sonar la trompeta, el templo de Dios fue abierto en el cielo, y allí se vio el arca de su testimonio, etc."

Cuando los milleritas leyeron Daniel 8:14 ("hasta 2.300 tardes y mañana; luego el santuario será purificado"), dieron por sentado que el santuario estaba en la tierra, y que una profecía tan larga como la de los 2.300 días alcanzaba hasta el fin del mundo.

En 2 Timoteo 4:1 leyeron que Cristo "juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación", y entendieron que ese juicio es el único juicio que se iba a realizar. Luego volvieron sus ojos a Daniel 7:10-13, e interpretaron en forma incorrecta "el Juez se sentó... y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre". (La versión inglesa de King James dice: "Vino en las nubes del cielo" ["a la tierra"]), pensaron ellos.

En el maizal, sin embargo, Edson repentinamente se dio cuenta de que Daniel 7:13 no dice: "a la tierra" sino "hasta el Anciano de días". Aunque por cierto ocurrirá un juicio cuando Cristo venga a la tierra (2 Timoteo 4:1), la Biblia aquí predice otro juicio que se realizará antes del fin, en el cual Jesús, después de venir a la presencia del Padre, recibe "dominio, gloria y reino". Esto es tan importante que lo analizaremos de nuevo en el próximo capítulo.

Los milleritas concentraron tanto su atención en la parábola de Cristo de las diez vírgenes (Mateo 25) que esperaban la venida del esposo a las bodas, que pasaron por alto la otra parábola de bodas de Cristo que se presenta en Lucas 12.

El "tiempo de demora" después del chasco de la primavera, el "clamor de medianoche" de agosto, y el arreglo de las lámparas durante el "movimiento del séptimo mes" que era profundamente espiritual, concordaban en forma tan convincente con la parábola de las vírgenes que no dudaron que el esposo vendría el 22 de octubre.

Y por cierto que él vino, pero no a la tierra. Vino a las bodas, como la parábola dice que vendría. Vino en las nubes a la presencia del Padre a recibir su reino, esto es, para "contraer enlace" con su reino. (Esta es una antigua expresión bíblica.)

Allá en el campo de maíz, con el aliento cortado y echando bocanadas de vapor al aire congelado, Edson había dirigido su mente a la palabra de Cristo que se encuentra en Lucas 12:35 y 36: "Estén ceñidos vuestros lomos,

y vuestras lámparas encendidas; y vosotros sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas".

Edson estaba tan sorprendido que cuando escribió el relato subrayó las palabras "regrese de las bodas". Uno puede imaginarlo gritando de alegría en el campo: "¡Hemos de esperar hasta que Jesús regrese de las bodas! Las bodas son el matrimonio de Cristo con su esposa, la nueva Jerusalén, la capital de su nuevo reino" (Apocalipsis 21). El 22 de octubre se esperaba que entráramos en las bodas con él *por fe*. Cuando las bodas estén terminadas, entonces él vendrá para tomarnos y llevarnos a la cena de bodas (Apocalipsis 19). ¡Si solamente hubiéramos notado esto, nos habríamos ahorrado el chasco!"

Por supuesto que no lo notaron, y resultaron desilusionados; ¡pero el gran chasco mismo en realidad fue una prueba de que estaban bien encaminados! La Biblia lo dice en el capítulo 10 de Apocalipsis, el pasaje al cual enseguida fue llamada la atención de Edson.

En ese capítulo, un ángel poderoso aparece en pie sobre el mar y sobre la tierra, lo cual simboliza un movimiento profético mundial. En una mano tiene un "librito abierto"; la otra la levanta al cielo y jura que "el tiempo no será más". Precisamente los milleritas vieron el librito como símbolo de las profecías referentes a un período de tiempo, que están en el libro de Daniel, inadecuadamente entendido ("sellado"; véase Daniel 12) hasta sus propios días, pero que durante el gran despertar del segundo advenimiento fue proclamado por un movimiento profético intercontinental.

En la primera parte de Apocalipsis 10:10, Juan dice de su visión: "Tomé el librito de la mano del ángel, y lo comí; y era dulce en mi boca como la miel". Sencillamente esto prefiguraba el gozo de los adventistas cuando esperaban al Rey. Firmaban sus cartas: "Suyo en la bendita esperanza". "El año más feliz de mi vida", era para Elena de White.

En su felicidad dejaron de comprender las palabras que seguían: "Pero cuando lo hube comido, amargó mi vientre". Sin embargo, en la mañana que siguió al 22 de octubre, estas palabras no parecían ya incomprensibles. Escribió Edson: "Vi que la visión había hablado y no mentía;... habíamos comido el librito, que fue dulce en nuestra boca, y llegó a ser amargo en nuestro vientre, amargando todo nuestro ser".

¡De manera que el gran chasco del 22 de octubre de 1844 había sido predicho con dos mil años de anticipación! ¡Lejos de ser esto un argumento en contra del despertar adventista, sirvió para confirmarlo como un genuino cumplimiento de la profecía!

Después de las palabras que hablan de la amargura del vientre, Apocalipsis 10 termina con este versículo: "Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes". Aquí había una declaración que ni aún Edson podía comprender. Los mismos adventistas no entendieron plenamente esta frase hasta muchos años después. Pero, por el momento, era suficiente que notaran, como Edson, que "debemos profetizar otra vez, etc.". Los períodos de tiempo profético terminaron el

22 de octubre, sin embargo, el verdadero tiempo para predicar el Evangelio continuaría hasta que el misterio de Dios fuera consumado.

Finalmente, nos dice Edson, notó en el maizal que "cuando el séptimo ángel hizo sonar la trompeta, el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se vio en el templo". Esta es una referencia a Apocalipsis 11:15-19. Cuando el séptimo ángel hace sonar su trompeta, "los reinos de este mundo" vienen a ser los reinos de Cristo. Llega entonces el "tiempo de los muertos", para ser "juzgados". Y el "templo de Dios" se abre en el cielo, y el "arca de su pacto" se ve allí. Los milleritas aplicaron todo esto al juicio que había de ocurrir en ocasión de la segunda venida, el 22 de octubre. Edson vio que mucho más que esto estaba implicado y comenzó a preguntarse si ahora que Jesús había entrado por primera vez en el lugar santísimo del santuario celestial no vendría nueva luz con respecto a la observancia de los Diez Mandamientos que estaban en el arca del testimonio. Este era un pensamiento pleno de interés, pero no le resultó claro precisamente entonces.

Durante todo el tiempo que Edson estaba detenido en el maizal, lleno de excitación acerca de esta nueva comprensión de la Biblia, su compañero continuaba caminando solo, demasiado concentrado en sus propios pensamientos para notar la ausencia de su amigo. De repente se detuvo, volvió la cabeza inquisitivamente, y gritó:

—Hiram, ¿por qué se ha detenido usted por tanto tiempo?

—El Señor está contestando nuestra oración de la mañana, dándome luz con respecto a nuestro chasco —replicó Edson.

## Capítulo 9

### "Mira un poco más arriba"

"Mientras estaba orando en el altar familiar, el Espíritu Santo cayó sobre mí, y me pareció estar elevándome más y más alto, muy por encima del oscuro mundo. Me volví para mirar al pueblo adventista en la tierra, pero no lo pude encontrar. Entonces una voz me dijo: 'Mira de nuevo y mira un poco más arriba'".

No fue sólo a Hiram Edson a quien Cristo le dio una nueva iluminación sobre el chasco. Después de su crucifixión y resurrección, Jesús apareció no solamente a Cleofas y a su compañero en el camino a su aldea, sino también a María en el jardín, a los once discípulos en el momento de la cena, a quinientos creyentes en Galilea, a Pablo en una visión, y a otros. De la misma manera, después del 22 de octubre proporcionó nueva luz a Edson en un campo de maíz, a José Turner "aparentemente" en la quietud de su estudio, y a Elena Harmon en una visión profética.

José Turner publicaba un periódico millerita. En diciembre de 1844 llegó a comprender también que los santos debían esperar hasta que el esposo regresara de las bodas. Junto con Apolos Hale, otro prominente adventista, publicaron inmediatamente su comprensión del problema en el *Advent Mirror*.

Elena Harmon se crió en Gorham y Portland, Maine. Su padre, Roberto Harmon, un fabricante de sombreros, y su madre Eunice, eran laicos activos en la Iglesia Metodista Episcopal. "Tuvieron el gozo de ver a sus ocho hijos, todos convertidos y reunidos en el redil de Cristo".<sup>1</sup>

Cuando niña, siendo alumna de la escuela primaria, fue herida en la cara por una piedra que le arrojó una niña mayor. Esto le produjo considerable pérdida de sangre en ese momento y un daño permanente en su sistema respiratorio.

Siendo que se desconocían los servicios médicos modernos, su condición empeoró en forma alarmante y, por muchos años, cualquier infección ordinaria precipitaba una crisis. Cuando sus nervios ya no podían habilitarla para manejar su cuaderno de clase, llena de desánimo abandonó la escuela.

Cuando tenía doce años, su familia oyó a Guillermo Miller y aceptó su mensaje. Al hacer éste un llamado, Elena pasó al frente, pero sintiendo agudamente su pecaminosidad, no experimentó ningún sentimiento de estar salvada. El siguiente verano, en un campamento metodista oró intensamente, y su carga le fue quitada tan repentinamente que se sintió

culpable! Luego la dominó un dulce sentimiento de aceptación. Pronto ella y varios otros fueron bautizados cerca de Portland, en la Bahía de Casco.

De nuevo intentó obtener una educación asistiendo a una escuela para niñas, pero una vez más tuvo que abandonar su propósito.

Miller regresó a Portland. Elena lo vio detenerse en la mitad de su sermón para ayudar a algunos ancianos a encontrar lugar en la atestada sala de reuniones. Este gesto la cautivó. Fue profundamente impresionada con sus fervientes sermones bíblicos. Pero su gozo en el segundo advenimiento pronto quedó contrarrestado por la predicación sobre el infierno de fuego de parte de un ministro no adventista que hacía de Dios una persona muy cruel. Como consecuencia, sus dudas regresaron. Quedaba despierta toda la noche, orando por misericordia. Su mamá la envió a ver al pastor Stockman.

El pastor Levi Stockman, un joven ministro metodista que, como los Harmon, había aceptado el mensaje de la esperanza, le dijo a Elena que Dios no es un tirano, sino un amante Padre celestial que anhela atraer a sí a sus hijos. Podemos acercarnos a él con una fe sencilla y confiada, y él nos aceptará como sus criaturas. "Siéntete libre, Elena —le dijo él—. ¡Dios te ama!" También le manifestó que Dios debía tener un plan muy especial para ella, por cuanto, siendo una persona tan joven, existía en ella una experiencia religiosa tan profunda. Oró por Elena, y ésta se sintió mucho más feliz.

Con la convicción de que restaba sólo poco tiempo para la segunda venida, Elena trabajó hasta el máximo en la ganancia de almas, y atrajo a Dios a la mayor parte de aquellos por los cuales se empeñó.

Todo el resto de su larga vida recordó vívidamente la semana que precedió al 22 de octubre. "Con diligente escudriñamiento de corazón y humildes confesiones, llegamos en actitud de oración hasta el tiempo de nuestra expectativa. Cada mañana sentíamos que nuestro primer trabajo era asegurarnos de la evidencia de que nuestras vidas estaban en armonía con Dios... Oramos mucho con otros y por otros... El gozo de la salvación nos era más necesario que nuestro alimento y nuestra bebida"<sup>2</sup> —escribió más tarde.

Cuando Jesús no apareció el 22 de octubre, la familia de Elena estaba tan desilusionada como cualquier otra. De los ocho hijos, solamente los cuatro más jóvenes estaban todavía en casa: Sara, de edad de 22 años; Roberto, de 18; y Elena y su hermana gemela, Elizabeth, ambas de 16. De aquellos que habían dejado el hogar, dos hermanas casadas vivían en Portland, Maine, a unos cincuenta kilómetros.

Roberto y Elizabeth pronto abandonaron toda esperanza en la segunda venida. Pero Roberto regresó a ella después de unos años, y parece que Elizabeth finalmente murió en la misma fe.<sup>3</sup> Sin embargo, durante el mes de noviembre y la primera parte de diciembre de 1844, Elena, Sara y sus padres vivían día tras día esperando, con una fe que se iba debilitando, que Cristo todavía podía volver.

En diciembre, en ese estado mental, Elena fue llevada en una silla de ruedas<sup>4</sup> a visitar a la señora Haynes, una amiga de la familia. Ahora tenía 17 años. Los había cumplido el 26 de noviembre. Una mañana, un pequeño grupo de otras mujeres adventistas se unió con ellas en oración, indudablemente para obtener luz con respecto al chasco, y para implorar misericordia sobre sus seres amados cuya fe se había debilitado.

Al arrodillarse, sintieron la hermosa seguridad de la presencia del Espíritu Santo en el lugar. En ese momento, Elena recibió su primera visión.

En esta visión, la que marcó el inicio de las 2000, aproximadamente que tuvo en su vida, buscó en vano al pueblo adventista en el mundo, hasta que un ángel le dijo: "Mira de nuevo, y mira un poco más arriba". Entonces vio un sendero, muy elevado por encima de la tierra, por el cual los creyentes viajaban rumbo a la Santa Ciudad.

El pueblo, el sendero y la Ciudad, sin embargo, eran sencillamente un marco para el verdadero mensaje que la visión intentaba darle. La agradecida atención de Elena fue atraída a "una luz brillante que aparecía detrás de ellos al comienzo del sendero, la cual, me dijo el ángel, era el clamor de medianoche".

¡Aquí había una respuesta a sus oraciones! El Cielo había dicho que el clamor de medianoche —la proclamación acerca de la venida del esposo el 22 de octubre— era una luz, una luz genuina. ¡No hubo ninguna explicación del chasco, pero se trataba de algo que infundía nueva seguridad!

La luz brillaba "al comienzo del sendero". Esta era una nueva revelación. Los adventistas habían esperado que el clamor de medianoche marcaría el fin del sendero. Evidentemente, Dios esperaba que sus seguidores se encaminaran por una nueva senda de experiencia y de servicio.

La luz "brillaba a lo largo de todo el sendero e iluminaba sus pasos para que no tropezaran". Pero no era ésta su única fuente de luz. Cristo estaba delante de ellos, guiándolos a la Ciudad y animándolos con la luz que emanaba de "su glorioso brazo derecho".

Trágicamente, Elena vio que algunos adventistas "temerariamente negaban la luz que brillaba detrás de ellos y dijeron que no era Dios el que los había traído tan lejos". Sostenían que los 2.300 días no tenían importancia y que el 22 de octubre era un error. Para ellos, la luz se apagó y fueron dejados en completa oscuridad. "Tropezaron, perdieron de vista el blanco y a Jesús, y cayeron del camino al oscuro y malvado mundo que estaba debajo".<sup>5</sup>

Antes que terminara la visión, Elena recibió otra sorpresa que contar a las señoras presentes. El pastor Stockman, así como el pastor Carlos Fitch, habían muerto antes del 22 de octubre. Cerca del fin de la visión, se le mostró que cuando ocurriera finalmente la segunda venida, ambos serían

llevados al Cielo. Esta también era una buena noticia, y proporcionó una evidencia adicional de que Dios estaba con el movimiento adventista.

Una semana después de esta feliz visión, Elena recibió otra en la cual el Señor la llamó formalmente a trabajar por él como profetisa. Le advirtió acerca del gran sacrificio que esto significaría, pero también le prometió la abundancia de su gracia.

Elena se sobrecogió de terror. Estando tan débil que apenas podía cruzar la habitación o hablar con una voz un poquito más elevada que el susurro, se sentía feliz por dar lo último que tenía para salvar a los perdidos, pero temía la oposición y los malos entendidos. Se convocó una reunión de adventistas en su casa. No estando dispuesta a verlos, escapó a una casa vecina usando un trineo.

Pero después de poco tiempo se rindió. En el servicio de oración, una luz bien visible brilló sobre ella. Dio su testimonio a los adventistas de Portland, y al final oyó que sesenta personas confesaban que habían abandonado la fe en el clamor de medianoche, pero que ahora estaban de nuevo convencidos de que el movimiento era de Dios. Poco tiempo después, mientras visitaba a su hermana María, en MacGuire's Hill, cerca de Portland, presentó sus visiones a un grupo de adventistas. Empezó hablando con un susurro, pero Dios le dio una voz fuerte durante cerca de dos horas. Cuando terminó y la gente empezó a hacerle preguntas después de la reunión, volvió a hablar con voz de susurro.<sup>6</sup>

Demasiado enferma hasta para leer, en medio del frío invierno de Nueva Inglaterra, Elena se propuso visitar a otros adventistas que vivían al "este", a lo largo de la costa de Maine. En una pequeña reunión realizada en Exeter, Maine, tuvo una visión de excepcional significado.

"Vi un trono —le dijo a la gente después que terminó la visión—, y sobre él estaban sentados el Padre y el Hijo". Hasta ese momento sólo había sabido que el 22 de octubre era una fecha importante, pero no conocía la razón. Ahora se le mostró el interior del santuario celestial. Al observar, "vio al Padre levantarse de su trono, y en una carroza de fuego lo vio entrar en el lugar santísimo, dentro del velo, y sentarse".

Jesús también bajó del trono. Y al hacerlo, levantó su brazo y dijo a sus seguidores que estaban adorándolo allí: "Esperad aquí; voy a mi Padre a recibir el reino; mantened vuestras vestiduras inmaculadas, y dentro de poco regresaré de las bodas para recibirlos conmigo".

Fascinada, observó "una carroza de nubes, con ruedas como de fuego ardiente, rodeada por ángeles, venir a donde estaba Jesús. El subió a ella y fue llevado al lugar santísimo, donde se hallaba sentado el Padre".

"Allí —dijo Elena—, contemplé a Jesús, el gran Sumo Pontífice, en pie delante del Padre".<sup>7</sup>

Esta fue la oportunidad en que aprendió que el Esposo había ido a la fiesta de bodas el 22 de octubre y regresaría de allí en ocasión de su segunda venida. Pero aún con más claridad que Edson o Turner, vio el cumplimiento preciso de Daniel 7:9-14. Después que las cuatro "bestias",

los diez "cuernos" y el terrible "cuerno pequeño" realizaron su obra tremenda y la historia se acercaba a su terminación, Daniel vio que se establecerían tronos majestuosos a donde vendría el Anciano de días y ocuparía su lugar. "El Juez se sentó, y los libros se abrieron". Aquel que era "como un Hijo de hombre" vendría en las nubes del cielo al Anciano de días para recibir dominio y reino.

Así la Biblia predijo que antes de la segunda venida, cuando llegara el tiempo del juicio, el Padre se trasladaría de una parte del cielo a otra, y el Hijo lo seguiría. En Exeter, Maine, en febrero de 1845, a Elena se le mostró, para su total sorpresa, que esta profecía ahora se había cumplido.

¡Por eso es tan importante el 22 de octubre!

También tuvo una idea de la magnificencia del santuario celestial. Lo suficientemente grandioso como para contener carrozas de fuego y un séquito de ángeles. "Ninguna estructura terrenal podía representar su vastedad".

Ese verano, con su salud un poco mejorada, ella y su hermana Sara empezaron una gira de ocho meses entre los adventistas de Massachusetts, alojándose a veces en la casa de la familia de Otis Nichols, en Dorchester; y de vez en cuando haciendo un rápido viaje a su casa en Portland.<sup>9</sup> En octubre, en Carver, Massachusetts, tuvo una tercera visión especial, relativa al "clamor de medianoche" y al "Esposo".

En esta visión observó el tiempo, todavía futuro, cuando Cristo completaría su ministerio sacerdotal en el lugar santísimo y empezaría "el tiempo de la angustia de Jacob". Nunca antes había escuchado semejante cosa. El pensamiento de que los hombres tendrían que vivir por algún tiempo sin mediador era solemne.<sup>10</sup>

Mientras Elena viajaba, acompañada por su hermana Sara, y también a veces por otros, incluyendo a Jaime White y su medio parienta Luisa Foss, relató sus visiones a todo millerita adventista que quería escucharla, y llevó comprensión y gozo a muchos de ellos.



## Capítulo 10

### ¿Qué está haciendo Jesús ahora?

"De manera que sabemos *dónde* está Jesús ahora; está en el lugar santísimo del santuario celestial. Y sabemos lo que está haciendo allí; está asistiendo a las 'bodas' y participando en el 'juicio' del preadvenimiento. ¿Pero qué significa todo esto en lenguaje sencillo? ¿Qué *está* haciendo él ahora?"

Edson y Crosier estaban sentados a la mesa en la casa rural de Edson, en Port Gibson, donde Crosier se hospedaba parte del tiempo. Un tercer amigo se les había unido, el Dr. F. B. Hahn, de Canandaigua, secretario de la sociedad médica de su condado. Delante de ellos, sobre la mesa, había Biblias, un ejemplar o dos de la Concordancia de Cruden, y probablemente algunas publicaciones milleritas.

El artículo de José Turner en el *Advent Mirror* iba a aparecer unas semanas más tarde, y las visiones de Elena permanecerían desconocidas para ellos por más de un año. Así, estas tres personas en Port Gibson buscaban la respuesta en el mejor de todos los lugares, en sus Biblias.

Los tres se reunían vez tras vez para estudiar y orar por nueva luz; y mientras lo hacían, su comprensión del santuario celestial se profundizaba. Llegaron a convencerse, por ejemplo, de que éste era un lugar real, tan real como "la ciudad que tiene fundamentos" (Hebreos 11:10) en la cual el santuario está ubicado, y tan real como las "mansiones" que Cristo ha ido a preparar en la casa de su Padre (Juan 14:1-3).<sup>1</sup>

Pero el estudio que ellos hacían era guiado principalmente por frases claves de Hebreos 8 y 9: "Tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos; ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo". "Habiendo aún sacerdotes... los cuales sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales". "El primer tabernáculo era 'figura y sombra'". "Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así [por los sacrificios animales]; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que éstos".

Así llegaron a darse cuenta de que el sacrificio de Cristo en la cruz y su sacerdocio en el santuario eran simbólicamente prefigurados en el ritual ceremonial del Antiguo Testamento. Aprendieron que Dios dirigió a Moisés en la construcción del tabernáculo y de sus servicios, los cuales habían de ser una lección objetiva para enseñar las grandes verdades relativas a Cristo Jesús. Y vieron también que si queremos saber lo que Jesús, nuestro gran Sumo Pontífice, está haciendo hoy en el santuario celestial, es vital que descubramos lo que los sacerdotes hacían en el

santuario del Antiguo Testamento hace mucho tiempo. ¡Aquí había una llave para abrir un inmenso tesoro!

Leyendo en Exodo y en Levítico, no les tomó mucho tiempo aprender que el santuario terrenal (o "el tabernáculo", como se lo llamaba a menudo) era una tienda portátil de dos ambientes usada por los israelitas durante el largo viaje por el desierto desde Egipto a la tierra prometida. Cada día, cuando las personas venían a confesar sus pecados, ofrecían un animal en sacrificio y eran perdonados. Entonces el sacerdote, ora en forma directa o indirecta, tomaba una parte pequeña de la sangre del animal y la llevaba al primer compartimento ("lugar santo") depositándola sobre el hermoso altar de oro que había allí. Al hacerlo, registraba el pecado confesado; y debido a que el pecado es algo terriblemente sucio, aun este registro de pecados confesados mancillaba el santuario.

Una vez al año, en el día de la expiación, el sumo pontífice llevaba la sangre del sacrificio directamente al segundo recinto (el "lugar santísimo"), y asperjaba algo de ella sobre el cofre con cubierta de oro, llamado "el arca", que contenía los Diez Mandamientos, los cuales, al pecar, el pueblo había quebrantado.

A Edson, a Crosier y a Hahn, el día de expiación les parecía el acontecimiento más significativo de todos. Fue el día de expiación el que en el congreso campestre realizado en Exeter, New Hampshire, le proveyó a Samuel Snow la prueba de que los 2.300 días terminaban el 22 de octubre de 1844; y evidentemente ésa era la ocasión más solemne y destacada del antiguo calendario ceremonial.

Pero antes de encontrar lo que ellos descubrieron con respecto al día de expiación, consideremos por un momento la palabra "expiación". Estas personas estudiaban en idioma inglés. En inglés, la palabra expiación es "atonement". Esta interesante palabra se basa en una expresión que significa "estar unidos, ser uno" (*to be one*). Guillermo Tyndale, que tradujo la Biblia al idioma inglés a costa de su vida en la primera parte del siglo quince, usó la palabra "atonement" (estar unidos, ser uno, "at-one-ment") para significar la *restauración* de las relaciones amigables entre Dios y los pecadores, y también para *proveer los medios* por los cuales se restablecían estas relaciones amigables. De la Biblia de Tyndale esta palabra fue transferida un siglo más tarde a la versión del rey Jaime, y de allí entró en el vocabulario inglés corriente del mundo.

Los pecadores están enemistados con Dios, separados de él por sus pecados (Isaías 59:2). Pero como no pueden restaurarse a sí mismos, alguna otra persona debe proveer la reconciliación ("at-one-ment"). Para

---

\*En muchos casos el sacerdote comía una porción de los sacrificios del pueblo. Más tarde, cuando hacía su propio sacrificio, llevaba la sangre al lugar santo, y así asentaba un registro no sólo de sus propios pecados, sino también de los del pueblo (véase Levítico 4:27-35; 1-7, 13-20; 6:24-30).

llenar esta necesidad, Jesús dio su vida; y ésta es la razón por la cual la mayor parte de los teólogos protestantes hablan de la muerte de Cristo como de "la" expiación (at-one-ment"). Sin embargo, el adventismo, en su afán de aprender todo lo posible con respecto a Jesús, ha llegado a entender la expiación en un sentido significativamente más amplio.<sup>2</sup>

Hiram Edson y sus amigos, por ejemplo, notaron que en los servicios del santuario terrenal, cuando las personas ofrecían sus sacrificios y confesaban sus pecados día tras día, eran perdonadas y se hacía una expiación por ellas. (Véase Levítico 4:26, 31 y 35.) Sin embargo, cada año sus pecados perdonados eran repasados y completamente limpiados, borrados el día de expiación.

En este solemne día (Levítico 16), Dios requería que sólo el sumo pontífice realizara los ritos. Ningún sacerdote común podía hacerlo. Este día especial de todo el año, el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo, donde la presencia de Dios estaba simbolizada por una luz sobrenatural que brillaba encima del arca. El propósito de la presencia del sumo sacerdote en ese día especial y en ese lugar particular es declarado enfáticamente en las Escrituras: para hacer "la expiación por el santuario santo", y también para hacer "expiación por todo el pueblo de la congregación" (Levítico 16:33 y 30).

La purificación del santuario y la purificación del pueblo perdonado iban a la par en los tiempos del Antiguo Testamento. Por lo tanto, Edson y sus amigos razonaron que la purificación del santuario celestial y la purificación final de los santos perdonados por Dios debe ser el propósito del ministerio especial de Cristo en el lugar santísimo desde el 22 de octubre de 1844. Con la ayuda de sus concordancias, Edson, Crosier y Hahn estudiaron las palabras "expiar" y "expiación" cada vez que ocurrían en la Biblia, y descubrieron que estaban asociadas con "purificar, reconciliar, purgar, perdonar, santificar, justificar, redimir, borrar".<sup>3</sup> Prestaron particular atención a la promesa de Hechos 3:19-21, que dice que los pecados serán "borrados" precisamente antes que Dios envíe de vuelta a Jesucristo a la tierra, al fin del mundo.

Razonaron que la expiación diaria era un símbolo de la muerte misericordiosa de Cristo en la cruz y de su ministerio en el *lugar santo* del santuario celestial, para *perdonar* el pecado del pecador arrepentido; y que el día de expiación anual era un símbolo de su ministerio en el *lugar santísimo* del santuario celestial, para *borrar* los pecados de todo creyente que ha permanecido sincero desde su confesión. Así llegaron a la fascinante conclusión: A través de los siglos, al buscar los pecadores el perdón, Jesús ha llevado el registro de sus pecados confesados al lugar santo, lo cual ha mancillado el santuario celestial. Y así como era necesario que "las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas" con sacrificios animales, era necesario, a su debido tiempo, que "las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que éstos" fueran purificadas (Hebreos 9:23). La purificación del santuario, ahora en marcha, es una obra grandiosa de

unificación y reconciliación; no es otra cosa que la eliminación definitiva y el borramiento final de todo pecado que separa al pueblo de Dios de su Creador.

Crosier, el mejor escritor del grupo, recibió el encargo de redactar los resultados de la investigación. Enoch Jacobs, editor y amigo adventista, de Cincinnati, aceptó publicar el artículo en un número especial (o "extra") de su periódico, el *Day Star*, al costo de 30 dólares. Pero tan estrechos eran sus recursos que Edson y Hahn, que se comprometieron a sufragar los gastos si Crosier redactaba el trabajo, se vieron en figurillas para reunir aun la mitad de esta suma. Edson tuvo que vender parte de su vajilla de cocina para ayudar. Esperaban que el resto sería sufragado por lectores agradecidos.

Algunos adventistas de Massachusetts y otras partes de Nueva Inglaterra, a los cuales Elena Harmon visitaba en ese tiempo, evidentemente estaban en la lista de interesados; y cuando el *Day Star Extra*, del 7 de febrero de 1846, llegó a sus manos, ella sintió una gran alegría. Las conclusiones armonizaban notablemente con las visiones que había recibido.

Su entusiasmo se vio rápidamente fortalecido. En otra visión que tuvo poco después, el Señor le mostró que "el Hno. Crosier tiene la luz verdadera con respecto a la purificación del santuario, y que era la voluntad de Dios que el Hno. Crosier publicara sus descubrimientos transmitidos en el *Day Star Extra*, del 7 de febrero de 1846". Comentó, además: "Me siento plenamente autorizada por el Señor para recomendar ese número extra a todo santo".<sup>4</sup>

Muchos años más tarde, después de recibir mucha luz adicional sobre el tema, todavía hablaba, como ellos lo habían hecho antes, de "esa gran obra de expiación", el "borramiento del pecado".<sup>5</sup> Denominó a su nuevo concepto uno de los "hitos" del mensaje adventista del séptimo día.<sup>6</sup> A menos que entendamos esto, dijo, "será imposible" que "ejerzamos la fe esencial en este tiempo".<sup>7</sup> Cerca del fin de su vida reiteró con énfasis: "El santuario es el fundamento de nuestra fe".<sup>8</sup>

*¡El santuario es el fundamento de nuestra fe!*

La Iglesia Adventista del Séptimo Día existe para llevar al mundo el mensaje de lo que Cristo está haciendo ahora por los hombres que ponen su confianza en él.

Aun en los tiempos del Antiguo Testamento, cuando el sumo pontífice purificaba el santuario, purificaba también a la gente, como el Señor le dijo al pueblo por medio de Moisés: "Para que seáis limpiados de todos vuestros pecados delante del Señor". "El paso del tiempo en 1844 —escribió Elena de White en 1889—, fue un período de grandes acontecimientos, que abrió delante de nuestros asombrados ojos la purificación del santuario, la cual estaba ocurriendo en el cielo, acontecimiento decididamente relacionado con el pueblo de Dios que estaba en la tierra".<sup>9</sup>

Cuando ella se refiere a cuán gloriosa y cuán personal es esta relación con el pueblo de Dios que está en la tierra, en *El Conflicto de los Siglos*, página 485, dice: "Así se cumplirá de un modo completo la promesa del nuevo pacto: 'Perdonaré su iniquidad, y no me acordaré más de sus pecados'. 'En aquellos días y en ese tiempo, dice Jehová, será buscada la iniquidad de Israel, y no la habrá, y los pecados de Judá, mas no podrán ser hallados' (Jeremías 31:34; 50:20)".

Edson y sus amigos aprendieron mucho acerca de Jesús; pero hemos de esperar los capítulos posteriores para tener una explicación de las importancia fundamental del ministerio sumosacerdotal de Cristo relacionado con las bodas y el juicio, y también con el mensaje del tercer ángel, el sello de Dios, el espíritu de profecía y, en particular, con el reposo sabático.



## Capítulo 11

### Una viuda da testimonio

En 1843, en ocasión del congreso general de los bautistas del séptimo día de Norteamérica, se tomó un acuerdo que merece nuestra especial atención.

Varias decenas de "mensajeros" asistieron a la sesión para representar a 5.500 miembros que residían mayormente en Rhode Island, Nueva Jersey y esparcidos en varios estados. Un aluvión de proyectos de ley dominical en la legislatura del estado y en el congreso federal había aumentado recientemente el interés del público en el sábado. Los tiempos parecían maduros para la causa del santo día de reposo de Dios; y la conferencia votó una recomendación inusitada para su iglesia: "Que el primer día de noviembre próximo sea observado por nuestras iglesias como un día de ayuno y oración para que el Dios todopoderoso se ponga de pie e interceda en favor de su santo sábado".<sup>1</sup>

Los fieles bautistas del séptimo día que votaron esta recomendación sobre el miércoles primero de noviembre de 1843, poco imaginaron la manera o la magnitud de la respuesta que Dios había estado preparando con siglos de anticipación.

Aún mientras estaban orando y ayunando, una de sus feligreses, la Sra. Raquel Oakes (Sra. Preston después de su nuevo casamiento), de Verona, condado de Oneida, Nueva York, estaba pensando en mudarse a la aldea serrana de Washington, New Hampshire, donde vivía su hija soltera de 18 años, Delicia, que había aceptado un trabajo de maestra de escuela en ese lugar. Siendo viuda, le parecía razonable pasar el invierno con ella. Además, tendría la oportunidad de testificar de su fe en esa localidad, y para eso llevó consigo una provisión de folletos sobre el sábado.

Uniendo la acción al pensamiento, la Sra. Oakes se encontró en la última parte del invierno de 1844 asistiendo a la Iglesia de los Hermanos Cristianos de su residencia adoptiva. Formaban una congregación no afiliada que con su ministro, había aceptado el mensaje adventista de Guillermo Miller. Observaban el domingo, pero siendo que no había ninguna iglesia bautista en la cercanía, la Sra. Oakes guardaba el sábado lo mejor que podía con su hija Delicia, y el domingo asistía a la iglesia para participar del compañerismo cristiano. Un domingo en particular era el de la comunión, y el pastor Federico Wheeler, ministro itinerante metodista joven, de Hillboro, distante 17 kilómetros, estaba predicando el sermón. De repente expresó algo que casi hizo que la Sra. Oakes se pusiera de pie para llamarle la atención sobre lo dicho.<sup>2</sup>

Sin embargo, se contuvo hasta que Wheeler fue a visitar, como buen pastor, a la buena señora, procedente de Nueva York, que asistía a su iglesia.

—Mientras Ud. estaba hablando, pastor Wheeler —le dijo con franqueza—, apenas me pude contener. Ud. afirmó que debemos observar los Diez Mandamientos y; sin embargo, Ud. mismo viola constantemente uno de ellos.

—¿Por qué, Hna. Oakes, dice Ud. esto?—, —exclamó el buen pastor.

—Yo quiero decirle que el cuarto mandamiento reza: "Mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios", pero Ud. observa el primer día, el domingo del papa, en lugar del sábado del Señor.

Si el pastor se sintió o no irritado lo ignoramos, pero lo que sí sabemos es que en cierto momento de ese mismo invierno, posiblemente el 16 de marzo de 1844,<sup>3</sup> Wheeler hizo su decisión de observar el séptimo día como el día de reposo.

Así fue como Federico Wheeler, un millerita adventista metodista, de Hillsboro, New Hampshire, llegó a ser el primer ministro adventista observador del sábado en los Estados Unidos. Y aunque no predicaba en ese tiempo acerca del sábado en su iglesia de Washington, parecía que lo hacía en una escuela cercana a su hogar, y que discutió privadamente el asunto por lo menos con otro ministro que, como él, había abrazado la esperanza adventista. Hacia agosto de 1844, Tomás M. Preble, anteriormente bautista de la libre voluntad, que pastoreaba una congregación en una localidad fabricante de zapatos —Weare, de New Hampshire—, situada a unos veinte kilómetros de Hillsboro, llegó a ser el segundo ministro adventista observador del sábado en los Estados Unidos.

En la primera parte de octubre de 1844 había por lo menos otro adventista observador del sábado, además de los mencionados: la Hna. S. Blake, de Rhode Island, que puede haber sido bautista del séptimo día como la Sra. Oakes.<sup>4</sup>

Aproximadamente en ese tiempo o aún antes, fuera de los Estados Unidos un buen número de otros adventistas de la primera hora adoptaron la observancia del sábado. Uno de éstos fue Francisco Hermógenes Ramos Mexía (1773-1825), de Argentina, un prócer prominente que introdujo reformas sociales y políticas en sus estancias, gran parte organizadas para evangelizar a los indios. Hizo un buen número de conversos, y fue arrestado en 1821 por observar el sábado. Otro, Santiago A. Begg (1800-1868) de Escocia, bien conocido en las Islas Británicas por sus obras escritas sobre las profecías y el segundo advenimiento, comenzó a guardar el sábado hacia 1832.<sup>5</sup>

Pero debemos regresar a Washington, New Hampshire. Parece que Delicia Oakes vivía en la gran casa de campo de Farnworth. Se supone que su madre probablemente se hospedaba también allí con ella. Muchos deben haber sido los comentarios que se cruzaron acerca del sábado y del

domingo entre la Sra. Oakes con su franca personalidad y sus generosos y honestos hospedadores.

Parece, por otra parte, que Ciro, uno de los hijos de Farnsworth, estaba enamorado de la maestra de escuela. (Más tarde se casaron.)

Pero por encima de todo otro pensamiento, lo que más les preocupaba era el fin del mundo. Cristo volvía, y había poco tiempo para que la mayor parte de los adventistas le dieran importancia a la obligación de guardar un nuevo día de reposo. Así fue como entre los que esperaban la pronta segunda venida del Señor el 22 de octubre de 1844, había sólo tres que observaban el sábado: Federico Wheeler, en Hillsboro; Tomás Preble, en Wear; y la Hna. Blake, en Rhode Island. A menos que la Sra. Oakes, que hasta ese momento aparentemente había fracasado en persuadir a los de Washington a que empezaran a guardar el sábado, se hubiera convertido entonces al adventismo. (No sabemos cuándo abrazó la fe adventista, pero la encontramos en sus filas algún tiempo más tarde.) En este caso, había por lo menos cuatro.

Después que pasó el 22 de octubre, los adventistas de Washington no abandonaron su fe, sino que continuaron pacientemente esperando el regreso del Señor. Al mismo tiempo, volvieron su atención con un interés más profundo al tema del sábado de la Sra. Oakes.

Un poco más tarde, cuando la pequeña pero fuerte Iglesia de los Hermanos Cristianos realizaba solemnemente sus cultos un domingo de mañana, Guillermo, el hijo mayor de los Farnsworth, se puso de pie en la reunión de testimonios, y anunció delante de la gente que lo conocía desde su nacimiento, que él había decidido respetar la observancia del sábado del cuarto mandamiento de allí en adelante. Jesucristo no había cambiado el día de reposo, sino que el papa, en cumplimiento de la profecía. Quería ser contado entre los observadores del sábado del Señor y no entre los que violaban ese día y guardaban el día del papa.

Apenas se hubo sentado, su hermano Ciro, puesto de pie, dio el mismo resonante testimonio.

La Sra. Oakes y su hija derramaron lágrimas de alegría y alabaron al Señor.

Sin embargo, no todos estaban contentos. La mayor parte de la congregación no aceptó el sábado en ese tiempo, aunque muchos sí lo hicieron más tarde. Los que lo guardaban, dejaron de usar esa iglesia mientras tanto, y se reunían en la espaciosa casa de Farnsworth. Esa fue la primera congregación de adventistas observadores del sábado en Norteamérica.

Pero antes de volver al futuro del sábado, es del mayor interés y al mismo tiempo útil echar una breve mirada retrospectiva acerca del verdadero día de reposo. Después de todo, los adventistas del séptimo día recibieron el sábado de la Sra. Oakes; y ella, que antes era metodista, de los bautistas del séptimo día. ¿Hasta cuándo puede remontarse la historia del sábado?

¡Hasta la creación, por supuesto! Pero en los siglos recientes es valioso rastrear por lo menos desde la década de 1520, cuando Lutero y los otros grandes reformadores, enseñaban que la verdad debía buscarse en "la Biblia y la Biblia sola". No era inusitado entonces que se suscitara el diálogo entre sus seguidores sobre el tema del sábado y del domingo. El sábado se enseña en las Escrituras con la misma claridad que casi cualquier otra cosa.

Había cristianos en Europa en la década de 1520 que preguntaban: "Si Lutero dice que debemos seguir la Biblia y la Biblia únicamente, ¿por qué no lo hace él mismo?" Entre estos había algunos que adoptaron el "bautismo del creyente" en lugar del bautismo infantil, y fueron denominados con el apelativo de anabaptistas. Entre los anabaptistas se destacaron dos hombres de particular interés. Los dos habían sido sacerdotes católicos contemporáneos. En su búsqueda de la verdad abandonaron sus carreras como sacerdotes y se hicieron luteranos. Al continuar estudiando, llegaron a ser anabaptistas. Después de un estudio mayor, adoptaron el sábado y llegaron a ser los primeros "anabaptistas sabatistas".

Lutero envió a algunos teólogos para disuadirlos. Leyendo sus informes nos enteramos de que estos dos hombres, Osvaldo Glait y Andrés Fischer, no habían hecho su decisión a favor del sábado de una manera liviana. Habían estudiado su posición en forma cuidadosa. El sábado, decían ellos, no puede ser parte de la ley ceremonial, porque fue instituido en la creación, antes de que surgiera la necesidad de una ley ceremonial. Por lo tanto, es parte de la ley moral, y todavía está en vigencia. Citando Mateo 5:17,18, muestran que Jesús rehusó alterar una jota o un tilde de la ley; y refiriéndose a Santiago 2:10, añadían que los apóstoles no lo cambiaron tampoco. El guardar el domingo, señalaban ellos, era el cumplimiento de la profecía de la obra del cuerno pequeño (Daniel 7:25) que había de intentar "cambiar los tiempos y la ley".

En esos días, los hombres no podían tomar una posición semejante, aun en los países protestantes, y esperar vivir vidas normales. En 1529, Andrés Fischer y su esposa fueron sentenciados a muerte, ella por ahogamiento, y él en la horca. Ella fue ahogada, pero su esposo, cuando lo iban a colgar, cayó al suelo y escapó.

Pero no para siempre, desgraciadamente. En 1539 o 1540 fue aprehendido por los soldados de un caballero, arrastrado a su castillo, y arrojado desde lo alto de un muro.

Osvaldo Glait sobrevivió muchas aventuras mientras viajaba por Europa central para animar a los fieles y hacer nuevos observadores del sábado. En 1545 fue capturado. Después de un año y seis meses de prisión fue despertado a medianoche por el paso de los soldados en el pasillo. Se abrió la puerta de su celda. A la luz brillante de las antorchas leyó la horrenda crueldad en sus rostros, y adivinó su muerte inminente. Fue

conducido por la ciudad silenciosa hasta las márgenes del Danubio, atado de pies y manos, y arrojado al río.

Cuando los soldados escucharon el chapoteo del agua al contacto de su cuerpo, poco se imaginaron que la verdad por la cual él daba su vida viviría por siglos en Alemania, recibiría nueva luz en Gran Bretaña, sería llevada a las colonias norteamericanas, y en el siglo veinte cautivaría los corazones de millones en el mundo entero.

Se sabe que otros observadores del sábado de este período vivieron en los Países Bajos, en Suiza, Moravia, Suecia<sup>7</sup> y, de acuerdo con recientes investigaciones, en Sevilla, España.<sup>8</sup>

Todos saben que los puritanos norteamericanos eran extremadamente estrictos en la observancia del domingo, pues creían que este día debía ser observado en cumplimiento del cuarto mandamiento. Los puritanos británicos eran lo mismo. Pero durante la década de 1600 ocurrió tal conmoción en Inglaterra acerca del cuarto mandamiento que una cantidad de personas fueron inducidas a observar el sábado. Se considera que los bautistas del séptimo día son los pioneros de este movimiento.<sup>9</sup>

Entre los primeros de este grupo se encuentran Juan y Dorothy Traske. El era un ministro puritano celoso, y ella, una maestra de talento, que tenía una habilidad especial para ayudar a los niños pequeños de hogares adinerados a aprender a leer. Los dos fueron enviados a la cárcel por su observancia del sábado. Traske fue sentenciado (en torno a 1617) "a ser expuesto a la burla pública en Westminster, y de allí a ser azotado hasta el edificio de la armada, donde debía permanecer preso".

Había unos tres kilómetros desde Westminster hasta la cárcel de la armada. ¡Cómo debió haber sufrido, atado detrás de un carro y recibiendo azotes durante todo el camino! Pero cuando transcurrieron unos tres años de su sentencia se retractó y abandonó el sábado. Su esposa, sin embargo, sacó valor de su cobardía. En su celda inmundada, invadida por las pulgas y las ratas, se mantuvo fiel durante 15 ó 16 años, hasta su muerte.

Francisco Bampfield era un ministro de la Iglesia de Inglaterra, que fue encarcelado en 1662 por haber rehusado en conciencia jurar. En la cárcel pronto llegó a ser un observador del sábado como resultado del estudio personal de la Biblia. Al predicar casi cada día durante los restantes nueve años de su sentencia, hizo surgir un grupo de observadores del sábado en la prisión! Una vez puesto en libertad al poco tiempo fue apresado de nuevo. Al salir en libertad nuevamente, se mudó a Londres, donde fue encarcelado tres veces más por predicar la verdad relativa al sábado. Finalmente terminó su vida en la cárcel húmeda y fría de Newgate.

Juan James, otro ministro observador del sábado, estaba predicando un sábado de tarde, el 19 de octubre de 1661, cuando la policía entró en su iglesia y demandó en el nombre del rey Carlos II que dejara de hacerlo. Siendo un hombre de valor, continuó.

Surgió entonces una conmoción. James fue arrestado, convicto por un jurado colmado de gente —la acusación era la de presentar un engaño— y sentenciado como traidor a ser colgado, ahogado y descuartizado.

A pesar de dos valientes apelaciones que su esposa hizo ante el rey, Juan James fue colgado por la nuca, en Newbury, y después de quitado de la horca, su cuerpo fue descuartizado, su corazón extraído de su pecho y arrojado en el fuego, y su cabeza expuesta en una estaca fuera de su iglesia como una terrible advertencia para cualquiera que quisiera guardar el séptimo día como reposo.

Para muchos de los primeros bautistas del séptimo día, el sábado era un día por el cual valía la pena morir.

No todos los observadores del sábado en la Inglaterra del siglo 17 se vieron obligados a sufrir persecución. El Dr. Pedro Chamberlen, médico obstetra favorito de varias damas reales y nobles de Inglaterra, observó el sábado con seguridad por 35 años. Hablaba varios idiomas, recomendaba agua fría y caliente para el tratamiento de enfermedades, e incidentalmente, inventó un carruaje sin caballo impulsado por el viento. Con su brillo y capacidad intelectual, era demasiado valioso para que la corona británica lo persiguiese.

La observancia del sábado fue llevada a los Estados Unidos por Esteban Mumford, que inmigró de Inglaterra en 1664 y organizó, en Rhode Island, en 1671, la primera Iglesia Bautista del Séptimo Día de Norteamérica. En la primera parte de la década de 1700 había también observadores del sábado moravos en Bethlehem, Pennsylvania. Después de visitarlos, el conde Nicolaus von Zinzendorf decidió guardar el sábado, además del domingo. Había también otros observadores del sábado alemanes en varias partes de las colonias.

Los bautistas del séptimo día de Norteamérica se organizaron en una asociación general en 1802 con una feligresía de alrededor de 1.200 creyentes. Aunque crecieron en número, nunca fueron enérgicos en su evangelismo. Para ellos, el sábado era un día que debían respetar más bien que compartir. Sin embargo, algunos de ellos compartieron ese conocimiento con otros, y esto nos trae de vuelta a su congreso general de 1843, cuando se tomó la resolución de apartar el 1 de noviembre de 1843 como día de ayuno y oración para que "Dios se levantara e intercediera en favor de su santo sábado".

Por medio de la Sra. Raquel Oakes, esa oración fue contestada en tal forma que sobrepasó sus más caros sueños.

## Capítulo 12

# El capitán esparce el conocimiento de la Palabra

La manera en que el sábado pasó de los bautistas del séptimo día a los futuros adventistas del séptimo día se parece al fuego que recorre su camino por una mecha hasta llegar al barril de pólvora.

La Sra. Oakes lo pasó a Federico Wheeler y a un puñado de adventistas de Washington. Wheeler predicó acerca de él sin mucho efecto en ese tiempo, y (aparentemente) lo pasó a Tomás M. Preble.

Preble escribió acerca del sábado en el *Hope of Israel*, de febrero de 1845, un periódico editado por el mismo José Turner, quien en diciembre de 1844 descubrió la misma verdad que Edson y Elena con respecto a los cristianos que esperaban el regreso de Cristo de las bodas.

Tan pronto como pudo hacerlo, Preble revisó su artículo y lo volvió a publicar en un folleto titulado adecuadamente: "Folleto que demuestra que el séptimo día debe ser observado como día de reposo". Concluyó su mensaje en forma vigorosa, usando una cantidad de letras mayúsculas y frases en cursiva. "Así vemos cómo se cumplió Daniel 7:25, al 'cambiar el cuerno pequeño los tiempos y la ley'. Por lo tanto, me parece que todos los que observan el primer día de la semana como su 'día de reposo' *son observadores del domingo papal* y ¡¡VIOLADORES DEL SABADO DE DIOS!!!"

El artículo y el folleto obtuvieron resultados. El uno o el otro pudo haber sido la razón por la cual J. B. Cook, teólogo millerita, abogó por el sábado durante unos pocos años. Un ejemplar del folleto fue enviado a París, Maine, donde convenció a varias personas, incluyendo a la familia de Eduardo Andrews, y eso fue algo importante, como lo veremos más tarde. Un ejemplar del artículo también fue leído por el capitán de barco convertido en dirigente millerita, José Bates. Mediante su intervención la mecha empezó a arder.

Bates era un hombre de acción. Inmediatamente abandonó todo lo que estaba haciendo y se puso a estudiar la Biblia. Recorrió el camino de 140 millas en coche tirado por caballos, por ferrocarril y a pie —tal vez enteramente a pie— hasta Hillsboro, para encontrarse con Federico Wheeler. Llegó tarde, despertó a la familia, y estudió con él el resto de la noche. (El hijo de Wheeler, Jorge, contaba lo que pasó esa noche por el resto de su vida.) A la mañana siguiente, Bates y Wheeler fueron a Washington, y bajo una arboleda de arces hablaron acerca del sábado

hasta el mediodía con algunos de los miembros de la familia Farnsworth. Luego Bates volvió a su casa en Fairhaven, Massachusetts. En el camino luchó con el efecto que su cambio al sábado tendría sobre sus vecinos, la familia y los amigos. "¿Qué a tí? Sígueme tú", eran las palabras bíblicas que resonaban en sus oídos.

Cruzando el puente que une New Redford con Fairhaven, Bates logró su primer converso al hablar del sábado a uno de sus amigos adventistas.

—¿Qué novedad tiene, capitán Bates?— le preguntó James Madison Monroe Hall. —La novedad —replicó el capitán—, es que el séptimo día es el día de reposo del Señor nuestro Dios—. Hall guardó el próximo séptimo día como su día de reposo.

Lo dicho es suficiente acerca de lo que pasó en 1845. Los bautistas del séptimo día pueden no haber sido muy evangelísticos en cuanto al sábado, pero José Bates era un ex capitán de barco, un dirigente natural por definición. Además, era un adventista y estaba ansioso de ayudar a la gente a prepararse para encontrar al Señor. Nunca se imaginó —dijo una vez—, "que nuestro glorioso Comandante se propusiera que dejáramos nuestros sacrificios humeando sobre el altar de Dios, en medio de los enemigos del país, sino que debíamos progresar de victoria en victoria".

En 1846 leyó el artículo de Crosier en el *Day Star Extra*, de febrero 7, y se convenció que el santuario que debía purificarse está en el cielo, y es un verdadero templo, como lo es la nueva Jerusalén. Se sentó y escribió un folleto acompañante titulado "Los cielos abiertos", en el cual añadió evidencias adicionales extraídas de la astronomía y de la Biblia. No contento con esto, recorrió todo el camino hasta Port Gibson para comparar notas con Edson, Crosier y Hahn, y los convirtió a todos a la observancia del sábado.

Mientras tanto, escribió su folleto más famoso: *El reposo del séptimo día, una señal perpetua*. Dios bendijo el sacrificio y los medios invertidos en esa pequeña obra. Esta logró numerosos conversos al sábado, entre los cuales estaban Jaime y Elena de White, que aceptaron su mensaje poco tiempo después de su matrimonio, el 30 de agosto de 1846.

En vista de todo esto, y de sus labores posteriores, José Bates puede ser considerado con justa razón el padre de la verdad del sábado entre los adventistas del séptimo día en el mundo entero.

Detengámonos un poco para familiarizarnos con José Bates.<sup>1</sup>

¡Qué hombre era él! Intrépido, infatigable, disciplinado, dedicado, original y bondadoso. Patriarca de los adventistas del séptimo día, viajó más y estuvo menos tiempo enfermo que cualquiera de los otros fundadores de la iglesia. Vivió hasta los ochenta años.

Bates nació en 1792 a sólo 18 kilómetros de distancia de las escenas, los sonidos y los olores de New Bedford, Massachusetts, un puerto que estaba llegando rápidamente a ser el centro ballenero del mundo.

Inevitablemente se hizo a la mar como grumete cuando tenía 15 años. Su padre esperaba que el trabajo le resultara desagradable y lo abandonara.

Pasó por un tiempo difícil, pero perseveró. Durante su primer viaje cayó desde el cordaje al Océano Atlántico, pero fue rescatado antes que un tiburón, que buscaba alimento del otro lado del barco, pudiera convertirlo en su víctima.

En el segundo viaje, mientras estaba en tierra en Liverpool, fue forzado a servir en la armada real según una práctica británica brutal que ayudó a precipitar la guerra con los Estados Unidos en 1812. Pasaron cinco años desde aquella fecha hasta que pudo verse libre. La mitad del tiempo lo pasó como marinero en viajes y la otra mitad como prisionero de guerra o confinado a la cárcel terrible de Dartmoor. Varias veces intentó escapar, pero fracasó todas las veces.

Una vez libre, hizo diez viajes entre 1815 y 1828, progresando hasta ocupar el puesto de segundo piloto y luego primer piloto; y por fin, fue capitán de su tripulación y dueño parcial del barco. En 1818, entre dos viajes, se casó con la novia de su niñez, Prudencia Nye.

Su vida fue siempre una serie de aventuras. Un día, mientras inspeccionaba las cadenas de su ancla como miembro de la tripulación, notó que se estaban formando capas de hielo alrededor de su bote a remos y que era llevado mar afuera en medio de la oscuridad creciente. ¡Su capitán pensó que se había perdido y leyó el servicio fúnebre para él!

En otra ocasión, regresando de Europa con un pesado cargamento de hierro, y sólo a tres días de su puerto, su barco se vio atrapado por una furiosa y larga tempestad. Su navío fue empujado de vuelta al Atlántico durante semanas, mientras sobre su casco crecían largas algas marinas y se adherían grandes crustáceos de mar, que retrasaban sensiblemente su progreso. Siete veces su capitán hizo señas a barcos que pasaban para rogarles que le dieran un poco de agua y otras provisiones. José Bates creyó, hasta el día de su muerte, que la oración del cocinero negro, la primera que ensuchó a bordo de un barco, fue la única razón de su llegada a salvos al puerto.

Uno por uno, cinco niños (el primero de los cuales murió en la infancia) fueron añadidos al hogar de Bates; al mismo tiempo, uno por uno, el alcohol, el vino, la profanidad y el tabaco fueron abandonados en la vida privada de José por una firme resolución. Llegó a ser más cuidadoso con respecto a su salvación. Prudy (como él llamaba a su esposa) colocó un Nuevo Testamento en el baúl del marino. El buen Libro impresionó profundamente al capitán. Al principio, deprimido por la condición de su alma, pensó arrojarse por la borda. En tierra, en Sudamérica, se trepó a un árbol para librarse de las serpientes y oró en voz alta. Poco a poco la paz aumentaba en su corazón; pero aún no sentía completa confianza en Dios.

De vuelta a Fairhaven introdujo el culto regular de familia en su hogar, y empezó a asistir a la iglesia. En su niñez, antes de hacerse a la mar, había entregado su corazón a Dios y asistía con agrado a las reuniones de oración. Pero esa experiencia había quedado muy lejos en el pasado, y ahora tenía que empezar de nuevo. De repente, sus temores

desaparecieron y el gozo invadió su corazón. "Mi lengua se soltó para alabar a Dios... Todas las dudas y las tinieblas con respecto a mi conversión y a mi aceptación por parte de Dios fueron eliminadas como el rocío de la mañana, y una paz como un río, ocupó mi corazón y mi mente durante semanas y meses".

En esos días mejores, estando de viaje, rogó al Señor por escrito: "Usame, oh Señor, te lo ruego, como instrumento en tu servicio; cuéntame en tu pueblo peculiar".

Más adelante, esta oración había de ser maravillosamente contestada.

El día de su bautismo comenzó a organizar una sociedad de temperancia, una de las primeras en Estados Unidos. En su viaje final, que siguió inmediatamente, ordenó a sus hombres, todos desconocidos de Boston, que evitaran toda profanidad, se abstuvieran completamente de bebidas alcohólicas, y que observaran el día de reposo (que para él, en ese tiempo, por supuesto, era el domingo). Su gente disfrutó del viaje de menos piezas de toda su carrera. Pronto cuarenta barcos, y más tarde, otros setenta y cinco de New Bedford y Fairhaven, seguían el ejemplo establecido por Bates y sus hombres.

En 1828, después de veintidós años en el mar, José Bates se retiró de la navegación y vendió todo. Ya le había prometido a Prudencia que se quedaría en casa cuando hubiera ahorrado 10.000 dólares. Parecía que había alcanzado su blanco. Pero además había otra razón que lo indujo a quedar en tierra. Quería tener más oportunidad para testificar por el Señor. Mientras explotaba una granja para producir seda y vendía propiedades, llegó a ser miembro activo de la iglesia local de la Conexión Cristiana y de varias sociedades de reforma, incluyendo la que luchaba contra la esclavitud.

Pero por el tiempo en que su granja de seda estaba empezando a producir, escuchó el primer sermón millerita, y al punto se consagró a sí mismo y todo lo que él tenía al movimiento adventista. Habiendo trabajado con J. V. Himes en la causa de la temperancia en la década de 1820, rápidamente llegó a ser uno de los líderes del pueblo adventista. Presidió uno de los congresos generales adventistas.

En 1843, Bates unió sus manos con H. S. Gurney, un rudo herrero que tenía una hermosa voz de cantor, para realizar una gira evangelística por las Islas Kent, situadas frente a las costas de Maryland. Por este tiempo había abandonado el abolicionismo (el movimiento contra la esclavitud), creyendo que el segundo advenimiento sería su única solución efectiva. Quería ahora conducir a los esclavos a la libertad en Cristo. Pero sus dueños lo miraban con sospecha.

—Yo pensaba que Ud. era abolicionista —dijo uno—, que venía a arrebatar nuestros esclavos.

—Yo he venido a arrebatar a todos: a vuestros esclavos y también a vosotros —replicó Bates—. Quiero que seáis salvos.

Un hombre contrariado interrumpió una reunión y amenazó con levantar una turba y llevarlo a él y a Gurney cabalgando sobre un palo de cerco fuera de la ciudad para mofarse de él.

Bates respondió serenamente, con aire divertido: "Si Ud. pone una montura sobre el palo, preferiríamos cabalgar a caminar". El auditorio se rió y obligó al que interrumpía a sentarse. Bates y su "evangelista cantor" lograban muchos conversos, tanto entre negros como entre blancos.

Antes de la primavera de 1844, vendió su casa, pagó sus deudas antes de la venida del Señor, y procedió a entregar prácticamente el resto de su fortuna a la causa. Cuando Prudencia protestó diciendo que era algo imprudente, Bates confiadamente replicó: "El Señor proveerá".

Aunque el Señor no vino como se esperaba, proveyó los medios para la familia Bates, a menudo en forma totalmente inesperada.

El martes 22 de octubre de 1844 encontró a José casi sin un centavo, y sin su hijo único José. Este, decidiendo seguir las aventuras juveniles de su padre antes que sus convicciones religiosas, el lunes 21 de octubre, a los catorce años, se lanzó al mar en un barco ballenero. Después de los veinte años José fue herido por una ballena; y luego de cumplir los treinta, murió en el mar.

El día posterior al chasco encontró al capitán Bates profundamente confundido. Como miembro altamente respetado de su comunidad había urgido a sus vecinos a prepararse para la segunda venida. Ahora éstos se mofaban de él en las calles. Ansiaba que la tierra se abriera y lo tragara.

Pronto se sobrepuso a esta situación y se contó entre los adventistas que esperaban que sus cálculos estuvieran errados y que Jesús todavía viniera pronto. Ya hemos visto lo que ocupó parte de su tiempo en los años 1845 y 1846. Aceptó el sábado por su contacto con Preble y por su estudio de la Biblia, y también la nueva luz acerca del santuario descubierta por Edson, Crosier y Hahn. Se convenció en 1846 de que Elena de White era una verdadera profetisa. Desde entonces pasó a ser, junto con Jaime y Elena de White, uno de los tres dirigentes máximos del movimiento adventista del séptimo día que se estaba gestando.

Acostumbrado a viajes interminables en alta mar, Bates continuó andando de aquí para allá. Hasta 1852 se empeñó en llevar la nueva luz a los milleritas desde Maine hasta Michigan; después de esto viajó más lejos, tratando de dar testimonio ante cualesquiera personas que quisieran escucharlo, desde los vagabundos que encontraba en su camino hasta a un gobernador (W. H. Crapo, de Michigan). Los trenes eran como los aviones de ahora. A veces los empleaba, y distribuía folletos a los pasajeros. A veces caminaba; era más económico, y le daba la oportunidad de encontrarse con más personas. A veces, carente de dinero para el pasaje, se veía obligado a recorrer largas distancias a pie.

A menudo atravesaba varias millas por la nieve para buscar a una sola familia. En varias ocasiones arribó a tiempo para orar por un niño gravemente enfermo y verlo sanarse. Una vez, después de pasar meses en

el camino, regresó a Fairhaven, para salir otra vez a visitar al "rebaño esparcido" (después de sólo un fin de semana! (La Sra. Bates durante muchos años tuvo la compañía de su madre viuda y luego de una hija casada.)

Aunque era capaz de mantener interesadísimos a grandes auditorios, el procedimiento normal de Bates era dirigirse a pequeños grupos en iglesias, escuelas públicas o casas de campo. La gente interesada invitaba a los vecinos de varios kilómetros a la redonda y le proveían a Bates un lugar para dormir una noche o dos. Así a menudo surgían unos pocos nuevos observadores del sábado como consecuencia de su visita.

El mal tiempo no era un gran obstáculo para este hombre acostumbrado a hacer frente a las tormentas del océano. Cuando tenía 65 años, bautizó a siete personas en un río, en un hueco de un metro de profundidad cavado en el hielo. La temperatura era treinta grados bajo cero F.

Favorecido con una energía natural y con un sentido de tacto extraordinario, y siendo casi 30 años mayor que Jaime White, fue elegido para presidir la mayor parte de las más importantes conferencias realizadas por los adventistas que observaban el séptimo día, práctica que duró hasta la organización formal de la Asociación General, en mayo de 1863. Así el capitán continuaba estando en un puesto de mando.

El reformador también continuó reformando. A las mejoras que introdujo en su método de vida en la década de 1820, agregó en 1844 el abandono del té, el café, la carne y los postres concentrados. Prefiriendo dar testimonio con su ejemplo, Bates comentó poco acerca de su régimen alimentario en público, hasta la visión que Elena de White tuvo en 1863 acerca de la reforma pro salud. Después de esto, comenzó a hablar más libremente acerca del tema y, al observarlo, la gente se veía obligada a escucharlo! Habiendo caído enfermo sólo unas pocas veces en toda su vida, podía afirmar a los 79 años: "¡Estoy completamente libre de achaques y dolores!"

Jaime White, quien muy pocas veces no estuvo aquejado de dolores y problemas físicos, pudo decir acerca de Bates: "Era erguido como un monumento y caminaba por las aceras con la ligereza de una zorra".

Habiéndose disciplinado a sí mismo, como oficial de barco, de llevar puntualmente un diario de navegación con respecto a su trabajo y a la tripulación, Bates pudo, a pesar de sus incesantes viajes, enviar centenares de informes y artículos a la oficina de la *Review*. Muchos suscriptores, una cantidad de ellos bautizados personalmente por él, agradecían por estos artículos.

Esta capacidad que tenía como escritor nos trae de vuelta adonde empezamos. Bates, el devoto capitán observador del domingo, llegó a ser el observador del sábado y adventista más devoto. Y, como hemos visto, fue un folleto que escribió en 1846, titulado *El reposo del séptimo día, una señal perpetua*, lo que ganó a Jaime y Elena de White, así como a muchos

otros, a la causa del sábado. En 1855 le contó a J. N. Loughborough un incidente que tuvo mientras escribía uno de sus tres libros sobre el sábado. Es una historia famosa y bien vale la pena volver a contarla.

Antes que se explotaran las minas de plata del Oeste, en la década de 1870, la plata era un artículo muy escaso en los Estados Unidos. Se usaban comúnmente monedas españolas e inglesas. Cuando ocurrió el incidente de esta historia, las reservas monetarias de Bates estaban reducidas sencillamente a un chelín de York. Reconstruyamos el relato como si él mismo lo estuviera contando:<sup>2</sup>

"Un día mientras estaba orando, me dominó la convicción de que debía escribir un libro acerca del sábado y que Dios proveería los medios para publicarlo. De manera que me senté en mi escritorio con mi Biblia y una concordancia a mano, y comencé la tarea. Después de una hora, la Sra. Bates vino, y me dijo:

—José, no tengo harina suficiente para el pan de hoy.

—¿Cuánto te falta? —le pregunté.

—Unas cuatro libras —contestó ella.

"Fui y compré la harina, la traje a casa, y me senté de nuevo en mi escritorio. Pronto la Sra. Bates vino de nuevo, y exclamó:

—¿De dónde vino esta harina?

—¿Por qué? —pregunté yo. ¿No es suficiente?

—No entiendo —dijo ella. ¿Tú, capitán Bates, que has piloteado navíos desde New Bedford hasta las partes más lejanas del mundo, has ido a comprar *cuatro libras* de harina?

"Hasta este momento la Sra. Bates (que todavía no observaba el sábado) no sabía mi verdadera condición financiera. Reconociendo que debía hacerla partícipe de la verdad, calmadamente le dije:

—Querida, he gastado por este alimento el último dinero que tenía en la tierra.

"La Sra. Bates comenzó a sollozar amargamente, y preguntó: ¿Qué vamos a hacer ahora?

"Me puse de pie como si fuera todavía el capitán que dirigía mi barco, y dije:

—Voy a escribir un libro para esparcir la verdad del sábado en el mundo.

—¿Pero de qué vamos a vivir?

—El Señor abrirá el camino.

—Oh, ¡el Señor abrirá el camino! ¡El Señor abrirá el camino! Esto es lo que tú siempre dices—. Y estallando en llanto salió de la pieza.

"Continué escribiendo durante una media hora, y en ese momento tuve la impresión de que debía ir al correo. Fui, y por cierto, encontré una carta. Pero carecía de la estampilla de cinco centavos. Me resultaba humillante decirle al jefe del correos, el Sr. Dew, un amigo mío, que no tenía ni siquiera cinco centavos, pero me dijo en forma bondadosa:

—Llévesela y págume más tarde.

—No —repliqué yo—, no retiraré la carta hasta que no esté pagado el franqueo. Tengo la impresión, sin embargo, de que hay dinero en la carta. ¿Quisiera Ud. abrirla, por favor? Si hay dinero, cobre Ud. el franqueo primero.

"El jefe del correo cumplió con el pedido y encontró un billete de diez dólares. Provenía de una persona que decía haber sido impresionada por el Señor a enviarle diez dólares al capitán Bates, pues los necesitaba inmediatamente.

"Con corazón alegre fui entonces a un negocio de comestibles y compré un barril de harina por cuatro dólares, un poco de papas, azúcar y otras cosas necesarias. Cuando expliqué dónde debía entregarse la mercadería, les advertí: 'Probablemente la señora objetará que se trata de un error. Pero no presten atención a lo que diga. Descarguen los productos en el porche del frente'.

"Entonces fui a ver a Benjamín Lindsey, el impresor, y arreglé para que publicara mi libro con el entendimiento de que pagaría por el trabajo tan pronto como recibiera dinero, y que los libros no serían míos hasta que la cuenta estuviera totalmente saldada.

"Sabía que nadie me debía nada, pero sentía que era mi deber escribir el libro y que Dios impresionaría a la gente para que me enviara recursos. Compré un poco de papel y lápices para dar tiempo a que los comestibles llegaran a casa antes que yo. Entonces fui, y entré silenciosamente por la puerta de atrás, y me senté de nuevo para seguir mi trabajo. Pronto la Sra. Bates vino a mi estudio, y dijo emocionada:

—José, imira el porche de la entrada! ¿De dónde vino eso que trajeron? Yo le dije al hombre que era un error, pero él insistió en descargarlo.

—Bueno —dije yo—, creo que está bien.

—¿Pero de dónde vino?

—El Señor lo envió.

—El Señor lo envió, el Señor lo envió. Eso es lo que tú siempre dices.

"Le extendí la carta que había recibido. La leyó y se puso a llorar de nuevo, pero con un llanto muy diferente del de la primera vez. Y, entonces, dulcemente me pidió perdón por su falta de fe.

"Y el dinero llegó a veces de personas que ni me conocían. De hecho, la cantidad final que necesitábamos —nunca descubrí de dónde vino— llegó el mismo día en que los libros se terminaron de editar"

Aunque José Bates nunca descubrió el origen de la cantidad final, J. N. Loughborough, en 1884, lo descubrió. Supo que H. S. Gurney, el herrero cantor, amigo de Bates desde el viaje a la Isla Kent, había provisto ese dinero. Cuando Gurney decidió hacer ese viaje, su empleador lo despidió con enojo y rehusó abonarle los sueldos que le debía. Ahora, precisamente a tiempo, el Señor indujo al empleador a aplacarse y pagar.<sup>3</sup>

La providencia de Dios al ayudar al capitán Bates a esparcir el mensaje relativo al sábado en 1846 y 1847, fortaleció a los primeros

adventistas observadores del sábado en esa creencia, que soportó la prueba de tiempo, y los convenció de que Dios estaba por cierto con ellos.

La mecha había encendido la bomba. ¡Comenzaba a brillar una radiante nueva luz con respecto al día santo de Dios!

*Dilo al mundo*

## Capítulo 13

# El mensaje del tercer ángel

Cuando en 1846 Elena Harmon y José Bates se encontraron por primera vez, ella no aceptaba el reposo sabático de éste último, ni tampoco el capitán creía en las visiones proféticas de Elena Harmon.

Elena encontró en Bates, más de treinta años mayor que ella, un segundo padre bondadoso. Sin embargo, estaba intrigada por qué un cristiano tan genuino daba énfasis al cuarto mandamiento.

¿No sabe él, se preguntaba, que hay otros nueve? Por su parte, Bates aceptaba a Elena como una joven cristiana maravillosa, pero aunque no encontró nada contrario a las Escrituras en sus visiones, 'se sintió alarmado e irritado en gran manera' por ellas, y creía que eran el producto de su estado de salud deprimido.

Les hizo muchas preguntas a ella y a su hermana fuera de las reuniones públicas. En noviembre de ese año Elena tuvo una visión acerca de las estrellas y los planetas. Bates sabía que ésta era ignorante acerca de este tema, en tanto que él, como marino, tenía bastante conocimiento al respecto. Resultó tan impresionado por la visión, que finalmente reconoció el don de la joven como el verdadero espíritu de profecía.

Mientras tanto, los milleritas adventistas, que hasta el 22 de octubre de 1844 habían permanecido gloriosamente unidos en su creencia de que Cristo vendría para purificar el "santuario" de la tierra y la iglesia, se dividieron en varias ramas diferentes. Una gran cantidad rechazaron totalmente el concepto y, o bien regresaron a sus antiguas congregaciones o abandonaron la fe cristiana.

Por contraste, un grupo pequeño, pero enérgico, decidió creer que estaban en lo cierto acerca del tiempo del regreso de Cristo. Jesús había venido el 22 de octubre, en efecto, pero *en forma invisible* y *sólo* para los verdaderos discípulos, es decir *para ellos mismos*.

De acuerdo con estas personas, Jesús había limpiado su santuario (ellos mismos) de toda mancha de pecado, con el resultado de que ya no podían volver a pecar.

Para su gran perplejidad, Elena recibió de Dios la orden de ir a ayudar a encausar a estas personas para que salieran de su engaño. Al ver que sus pretensiones de santidad iban acompañadas de desatinos y aún de inmoralidades, desarrolló una fuerte aversión a toda clase de fanatismo. En los años siguientes constantemente dio amonestaciones contra la pretensión de estar libres de pecado.

Un gran grupo de milleritas compuesto por tal vez 40.000 personas o más, continuó creyendo que Cristo vendría a purificar a la iglesia y a la tierra al final de los 2.300 días, pero dijeron que se habían equivocado en la fecha inicial de sus cálculos (457 AC). Estos adventistas se reagruparon en abril de 1846 en una conferencia en Albany, Nueva York. Durante décadas continuaron fijando nuevas fechas para el regreso de Cristo. Todavía existen, y son unos treinta mil en número, agrupados bajo el nombre de Iglesia Cristiana Adventista.

Fue precisamente entre estos adventistas desilusionados, pero todavía creyentes, donde Edson y Crosier (con la luz que habían recibido sobre el santuario), Elena Harmon (con su luz sobre el santuario y el espíritu de profecía), y Bates (con su luz sobre el sábado) ejercieron sus esfuerzos.

Antes del fin de 1846, diversos núcleos de creyentes en el sábado, el santuario y el espíritu de profecía se habían formado en diferentes lugares de Nueva Inglaterra y el estado de Nueva York. Se los podía encontrar en Fairhaven y Port Gibson, por supuesto; y también en Topsham, Maine, por ejemplo, bajo la dirección de un ingeniero del condado, llamado Stockbridge Howland; y en Dorchester, Massachusetts, al sur de Boston, bajo la dirección de Otis Nichols, un litógrafo.

Tal vez los primeros adventistas que aceptaron los tres descubrimientos —el sábado, el santuario y el espíritu de profecía— fueron los miembros de la familia de Otis Nichols. Estas personas honradas dieron la bienvenida a Elena y a su hermana Sara en 1845 cuando todas eran observadoras del domingo. Aceptaron el sábado por su contacto con José Bates muchos meses antes de que Elena lo aceptara. Tal vez debiéramos adjudicarles el honor de ser llamados los primeros "adventistas del séptimo día".<sup>1</sup>

Otis Nichols, de paso, le escribió a Guillermo Miller una carta en Abril de 1846,<sup>2</sup> instándolo a que aceptara a la Hna. Elena como profetisa de Dios, y también como alguien que había recibido nueva luz sobre el santuario como verdad divina. Miller, es triste decirlo, era ya demasiado anciano y estaba cansado para entender las cosas.

Puede ser que nunca nos pongamos de acuerdo sobre quiénes fueron los primeros adventistas del séptimo día. Sea como fuere, Jaime White y Elena Harmon se casaron en Portland, el 30 de agosto de 1846. Habiendo sido despedidos de sus iglesias anteriores debido a su fe adventista, realizaron la ceremonia ante un juez de paz.

Jaime había tenido mucho éxito como evangelista adventista. Fue él quien logró que una gira evangelística de seis semanas hecha un invierno, a la cual nos referimos en el capítulo dos, resultara en mil conversiones. Visitando Portland de tiempo en tiempo, fue impresionado por el hecho de que la Hna. Elena fuera invitada por diferentes ministros a dar testimonio en sus respectivas iglesias. Después del chasco, se encontró de nuevo con ella por el tiempo en que tuvo la visión con respecto al "esposo". Después de esto, tuvieron ocasión de viajar juntos, siempre acompañados, por

supuesto, por Sara Harmon o Luisa Foss o a veces hasta por media docena de otras personas, para animar a los adventistas desilusionados. Ahora, —casi totalmente desprovistos de recursos— se casaron. El Sr. Roberto Harmon y la señora, que se habían mudado de vuelta a Gorham, los invitaron a hacer de su hogar su residencia, y alegremente aceptaron.

Poco después, Jaime y Elena de White estudiaron el nuevo libro de José Bates acerca del sábado, lo compararon con la Biblia, y encontraron que el séptimo día es en realidad el verdadero día de reposo de Dios. Dos meses más tarde —fue inmediatamente después que Bates había aceptado las visiones de Elena— ésta estuvo tan enferma que algunas personas pensaron que moriría. Sus padres, sus hermanas y su esposo oraron fervientemente, pero no se produjo ninguna mejoría hasta que Otis Nichols envió a su hijo Enrique desde Dorchester, para expresarle su pesar. Cuando Enrique llegó, tuvieron otra reunión de oración. El joven Nichols tuvo una impresión tan fuerte que se levantó de sus rodillas, atravesó la habitación, y colocó su mano sobre la frente de la enferma. "Hna. Elena —le dijo—, Jesucristo te sana". Al día siguiente, Elena estaba lo suficientemente bien como para viajar más de 55 kilómetros con Jaime para asistir a una reunión. Y por un buen tiempo después se sintió mejor que lo que había estado durante años. Cuando nació su primer hijo, el 26 de agosto de 1847, lo llamaron Enrique Nichols White en memoria de este joven y de esta feliz ocasión.

Durante el mismo otoño e invierno de 1846-47, después de visitar a Edson y Crosier, en Port Gibson, y presenciar la visión que Elena tuvo sobre un tema de astronomía en Topsham, Bates fue a su casa de Fairhaven para revisar y ampliar su libro sobre el sábado, cuya existencia estaba casi agotada.

En la segunda edición del *Seventh-day Sabbath, A Perpetual Sign*, (El Reposo del Séptimo Día, una Señal Perpetua), Bates desarrolló una clara exposición del mensaje del tercer ángel. También expuso el pensamiento de Hiram Edson en el sentido de que tal vez Apocalipsis 11:18 y 19 se estaba cumpliendo entonces. Notó que Preble, Cook, y otros, incluyéndose a sí mismo, habían sido impresionados a publicar la luz sobre el asunto del sábado. Y sugirió que la razón podría haber sido que cuando "el séptimo ángel... comience a tocar la trompeta", en 1844, "el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto" (que contenía los Diez Mandamientos) se vio allí.

Bates fue modesto en cuanto a este segundo punto. "Yo no digo que este enfoque es positivo —advertió—, pero creo que la inferencia es poderosa".<sup>3</sup> En la primera parte de la primavera, sin embargo, sus dudas desaparecieron. Elena había recibido dos notables visiones.<sup>4</sup> La una la tuvo el 6 de marzo de 1847, y la otra el 31 de abril. Estas eran similares entre sí, de manera que podríamos relatar la historia de la segunda para abarcar las dos.

Imaginémonos la escena, reconstruida a partir de los primeros relatos.<sup>5</sup>

Por fin la bienvenida primavera entraba en Topsham, Maine. Indudablemente la nieve se iba derritiendo, los azafranes empezaban a florecer, y los petirrojos cazaban insectos en el pasto reverdecido. El sábado 3 de abril, en el interior de la casa de Stockbridge Howland, los creyentes se arrodillaron en oración buscando la luz y la verdad de Dios. De repente Elena, con su voz cálida y agradable, exclamó: "¡Gloria! ¡Gloria!" Todo el mundo supo que entraba en otra visión.

Un sentimiento de emocionada reverencia se posesionó del grupo. Ya sus oraciones estaban siendo contestadas. Sabían que cuando su visión terminara, Elena tendría alguna ayuda para ellos.

Mientras estaba en visión se puso en pie y caminó hasta la mesa donde habían colocado sus Biblias y otros libros antes de arrodillarse. El resto del grupo también se levantó de sus rodillas y se sentó en las sillas para observar y orar silenciosamente por la bendición de Dios.

Sin titubeos, Elena tomó una Biblia y la sostuvo en alto por encima de su cabeza, de manera que le era imposible que leyera en ella. Manteniéndola en esa forma, la abrió en una promesa bíblica. Luego caminó para enfrentarse con una persona que necesitaba el ánimo que encerraba ese texto en particular, citó el versículo mientras miraba hacia el cielo, y bajó la Biblia suavemente hasta el pecho de esa persona. Cuando ésta tomó la Biblia para leer el pasaje por sí misma, Elena regresó confiadamente a la mesa, tomó otra Biblia, y repitió el proceso en favor de otro creyente. Esto sucedió varias veces antes de sentarse. La visión continuó.

Después de un tiempo tomó una profunda inhalación, la primera desde que había comenzado la visión. Todos estaban ansiosos por saber lo que tendría que decir. Miró alrededor de la pieza mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad de la tierra después de haber visto el brillo del Cielo.

—¿Puedes decirnos lo que el Señor te ha mostrado? —le preguntó Jaime rápidamente.

—Sí, sí, puedo hacerlo —contestó Elena.

—Vi a un ángel volar raudamente hacia mí. Me llevó con velocidad desde esta tierra a la Santa Ciudad. En la Ciudad había un templo, en el cual entré. Luego pasé al lugar santo. Jesús levantó el velo y yo pasé al lugar santísimo. Allí vi un arca, cubierta de oro purísimo. Jesús estaba al lado de ella. Dentro había tablas de piedra cerradas la una contra la otra como un libro. Jesús las abrió, y al hacerlo, vi los Diez Mandamientos. En una tabla estaban escritos los cuatro primeros mandamientos y en la otra los seis últimos. Los cuatro de la primera tabla brillaban con mayor resplandor que los otros seis, pero el cuarto, el mandamiento del sábado, tenía más brillo que ninguno. El santo sábado parecía glorioso. Un halo de gloria lo rodeaba".

Cuando dijo estas palabras, los circunstantes se miraron el uno al otro con sorpresa, y Elena notó su reacción.

—Yo también estaba admirada —agregó—. Yo no tenía idea de que el sábado era *tan* especial a la vista de Dios. Después de una pausa continuó:

"Vi que el santo sábado es y continuará siendo el muro de separación entre el verdadero Israel de Dios y los no creyentes; y que el sábado es el gran asunto que ha de unir los corazones de los queridos santos de Dios que esperan en él".

De nuevo hubo miradas de sorpresa que se cruzaron en toda la habitación. Elena pensó un momento, luchando por encontrar las mejores palabras para expresar lo que había visto y deseaba contar.

"Vi que Dios tenía hijos que no están informados y no guardan el sábado. No han rechazado la luz sobre este punto. Y cuando comenzó el tiempo de angustia, nos vimos llenos del Espíritu Santo y salimos a *proclamar el sábado con mayor plenitud*. Esto encolerizó a las iglesias y a los adventistas nominales, porque no podían refutar la verdad del sábado. En ese tiempo todos los escogidos de Dios vieron claramente que teníamos la verdad, y salieron y resistieron la persecución junto con nosotros".

Años más tarde, cuando comprendió mejor la visión, agregó que en esa oportunidad le fue mostrado que "el tercer ángel que proclama los mandamientos de Dios y la fe de Jesús representa al pueblo que recibe este mensaje, y alza su voz para amonestar al mundo a guardar la Ley de Dios como la niña de su ojo; y que en respuesta a esta exhortación, mucha gente abrazaría la verdad del sábado del Señor.<sup>6</sup>

Mientras tanto, lo que ella entendió en ese tiempo, lo escribió inmediatamente, y en el término de días José Bates tenía impresos mil ejemplares de una página. Jaime White levantó una donación de 7,50 dólares para pagar los gastos de Bates. Poco después, White volvió a publicar la visión, junto con varios otros asuntos, en un folleto titulado *A Word to the Little Flock* ("Una palabra a la manada pequeña"). Más tarde (en 1851) publicó las visiones en un librito titulado *A Sketch on the Christian Experience and Views of Ellen G. White* (Un Bosquejo de la Experiencia Cristiana y las Visiones de Elena G. de White"). Hoy esto está incluido en el libro *Primeros Escritos*.

Cuando los creyentes leyeron la visión del 3 de abril de 1847, algunos estaban perplejos. Estos entendían que después que empezara el tiempo de angustia, el tiempo de gracia para todos habría terminado y sus casos estarían decididos. "¿Qué bien hará —se preguntaban—, predicar el sábado entonces?" Elena de White lo explicó en su próximo libro<sup>7</sup> (ahora incluido en *Primeros Escritos*):

"El comienzo del tiempo de angustia' mencionado aquí, no se refiere al tiempo cuando las plagas empezarán a ser derramadas, sino a un corto período anterior a su derramamiento, cuando Cristo está en el santuario. En ese tiempo, mientras se termina la obra de la salvación, habrá angustia en la tierra, y las naciones estarán airadas, sin embargo, serán mantenidas sujetas para que no impidan la obra del tercer ángel. En ese tiempo, 'la

lluvia tardía', o el refrigerio de la presencia del Señor, vendrá para dar poder a la fuerte voz del tercer ángel, y preparar a los santos para estar en pie durante el derramamiento de las siete postreras plagas".<sup>8</sup>

Los primeros adventistas observadores del sábado estaban fascinados con la predicción de que debían "proclamar el sábado más plenamente".

¿Más plenamente que quién? ¿Más plenamente que qué? ¿Más plenamente en qué sentido? La importancia de estas preguntas no puede exagerarse.

Allá por 1847, la respuesta era por lo menos la siguiente: Ellos debían asignar al sábado un significado mucho mayor y una experiencia personal más profunda que la que los anabaptistas sabatistas le habían atribuido en su tiempo o la que los bautistas del séptimo día, de quienes los adventistas habían recibido el sábado, le habían asignado.

Los bautistas del séptimo día y los anabaptistas sabatistas, como recordamos, habían dicho que el sábado es obligatorio por las siguientes razones: (1) es parte de la Ley moral, (2) Jesús y los apóstoles lo apoyan, y (3) la iglesia apóstata cambió ese día en cumplimiento de la profecía. ¿Había algo de erróneo en esa posición? No. Era bíblica, y revelaba una gran consideración hacia el cumplimiento de la profecía en la historia pasada.

Pero había mucho más que esto con respecto a la verdad del sábado. Y hoy en día no es algo incierto, confuso, lo que distingue a los adventistas del séptimo día de los otros observadores del sábado. Hay una forma vitalmente distinta de vivir y pensar envuelta en este asunto, una comprensión mucho más amplia de por qué existimos y de lo que se espera que nosotros hagamos y seamos.

Esta diferencia implica comprender términos bíblicos tales como "el sello de Dios", "los mensajes de los tres ángeles", "la marca de la bestia", "el santuario", y "el juicio". Los adventistas del séptimo día aceptan esencialmente todo lo que enseñaron los bautistas del séptimo día, pero por el estudio de la Biblia han añadido conceptos altamente prácticos que se relacionan con la profecía de los últimos días.

Cuando el puñado de pioneros adventistas estudió los mensajes de los tres ángeles de Apocalipsis 14, llegaron a la solemne evidencia de que *ellos mismos estaban cumpliendo un papel específico en un tiempo específico predicho en las Escrituras*.

A semejanza de los milleritas en la primera parte de la década de 1840, habían ayudado a proclamar el mensaje del primer ángel concerniente a la *hora del juicio y al Evangelio eterno* (Apocalipsis 14:6,7). En 1843 y 1844, a proclamar el mensaje del segundo ángel de que *Babilonia había caído y el pueblo de Dios debía en consecuencia salir de las iglesias de Babilonia* (Apocalipsis 14:8; 18:1-4). En 1846, notaron que el tercer ángel proclamaba un mensaje Cristocéntrico acerca de la *observancia del sábado*, precisamente la verdad que entonces estaba atrayendo su atención (Apocalipsis 14:9-12).

Para su sorpresa, empezaron a darse cuenta de que, *ellos estaban llamados a cumplir el mensaje del tercer ángel, así como habían ayudado a cumplir la proclamación del mensaje del primer y segundo ángeles.*

Su descubrimiento, basado en la Biblia, fue confirmado por las visiones de Elena de White del 6 de marzo y del 3 de abril de 1847. Y su sentido de tiempo fue fortalecido todavía más por estas visiones mediante la indicación de que desde el 22 de octubre de 1844, Jesús estaba junto al arca mostrando la Ley y el halo de gloria en torno al mandamiento del sábado. Otra visión, recibida dos años después, en marzo de 1849, proporcionaba la información específica de que *"el tiempo para que los mandamientos brillaran con toda su importancia... era cuando la puerta fue abierta en el lugar santísimo (esto es, el 22 de octubre de 1844)... donde [Jesús] está ahora en pie junto al arca".*<sup>9</sup> En otra visión, Elena vio a un ángel repitiendo el mensaje del tercer ángel, y al hacerlo, señalando hacia arriba al santuario celestial.<sup>10</sup>

Aquí había un avance muy significativo sobre lo que creían los bautistas del séptimo día. Proporcionaba un nuevo sentido de destino, una conciencia de que estaban llamados a cumplir todavía otra profecía cuyo tiempo había llegado.

Ahora bien, Jesús no estará en el lugar santísimo para siempre. Según lo vimos en el capítulo nueve, en octubre de 1845 Elena vio llegar el momento cuando Cristo dejará ese lugar y ascenderá a la nube que lo conducirá a la tierra, mientras que los juicios de Dios caen sobre los pecadores. Apocalipsis capítulos 15 y 16, también predice este tiempo e indica que los juicios de Dios caerán en forma de plagas.

El mensaje del tercer ángel no habla solamente acerca de la observancia del sábado, sino también dice específicamente quién es la gente que tendrá que sufrir estas plagas finales. Está compuesta por aquellos que no tienen suficiente fe para guardar los Diez Mandamientos de Dios, y en cambio aceptan mentalmente la "marca de la bestia".

Llegó a ser completamente claro para los adventistas del séptimo día de la primera hora que el Apocalipsis habla de dos distintivos opuestos que la gente recibirá antes del fin de la gracia: "la marca de la bestia" y "el sello de Dios". Debido a que la marca de la bestia será colocada sobre los que no guardan los Mandamientos, los primeros adventistas comenzaron a ver que el sello de Dios es para quienes los observan todos, incluyendo el sábado.

Descubrieron, en realidad, que el sello de Dios *es* el sábado, debidamente observado por la fe en Jesús. Y esta interpretación resultaba confirmada por un extenso estudio de la Biblia y por una o más visiones dadas a Elena de White.<sup>11</sup>

Al examinar el capítulo 7 del Apocalipsis, vieron que en los últimos días se comisiona a otro ángel especial para ayudar en el "sellamiento" del pueblo de Dios en la experiencia del sábado. Comprendieron también que

las siete postreras plagas no caerán hasta que todo sincero seguidor de Jesús haya sido sellado.

Al reflexionar sobre estas cosas, se posesionó de los pioneros del mensaje un sentido de urgencia y de propósito basado en la comprensión de que el sábado es importante debido a que el tiempo es corto y Cristo viene pronto.

A medida que Cristo realica su obra *final* en el Cielo, llama la atención al sábado. En estos días postreros de la historia está borrando el pecado, y el quebrantamiento del sábado es por cierto un pecado.

Mientras se acumulan las oscuras nubes del tiempo de angustia final en el cielo y la tormenta inminente está por estallar con furia, el gran conflicto entre Cristo y Satanás alcanza su punto culminante en la tierra. Los buenos ángeles y los demonios malvados están tratando de atraer la lealtad de los hombres a Dios o a la bestia. En el proceso se están formando irrevocablemente caracteres a la imagen de Dios o a la semejanza del maligno. Nadie puede escapar de esta alternativa. Todo el mundo tendrá que tomar partido. Y solamente aquellos que escojan la verdad de Dios escaparán de las plagas y participarán del gozo de la segunda venida de Cristo.

Todo adventista observador del sábado que entiende los tiempos está llamado a entrar en esta lucha con toda su energía, con sus recursos y talentos: *"¡Haced que el mensaje vuele, porque el tiempo es corto!"*<sup>12</sup>

¡Cuán diferente es este énfasis del que la Sra. Oakes llevó a Washington, New Hampshire, cuando esta buena señora bautista del séptimo día presentó la verdad del sábado! Los adventistas, en efecto, en su mayoría replicaron que siendo que Jesús venía pronto, no había tiempo ni necesidad de considerar el tema del reposo en el séptimo día.

Pero cuando Bates, Gurney, Edson, Jaime y Elena de White, David Arnold, Stockbridge Howland, y otros adventistas observadores del sábado habían avanzado en su investigación, encontraron que era precisamente porque Cristo viene pronto y el tiempo es corto por lo que ellos debían aceptar el sábado —la gran prueba de genuina lealtad a Jesús— y proclamarlo por doquiera.

Esto, pues, es por lo menos parte de lo que estaba implicado en "proclamar el sábado más plenamente". Es también el corazón del mensaje del tercer ángel.

Y el tercer ángel de Apocalipsis 14 proclama su mensaje "a gran voz". Para que esta parte de la profecía se cumpliera, el mensaje debía volar hasta los que no lo conocían. Comprendiendo esto, los creyentes comenzaron a sentir la responsabilidad de lanzar una publicación regular.

## Capítulo 14

# La buena y antigua Review

El periódico que Jaime White inició en noviembre de 1850 ha sido llamado por los hombres de antaño durante más de un siglo como "la buena y antigua Review". Está registrada en el correo como *The Advent Review and Sabbath Herald* (La Revista Adventista y el Heraldo del Sábado).<sup>1</sup> (Su título actual *Advent Review* se originó en 1978.)

¿Revista Adventista? Si "adventista" viene de "advenimiento", y esta palabra significa la segunda venida de Cristo, ¿cómo puede un periódico recordar un acontecimiento antes de que acontezca?

La respuesta en 1850 era que el advenimiento de la *Review* "reviewed", es decir, revivía, remiraba, revisaba el gran despertar del segundo advenimiento. Después del chasco de la primavera de 1844, Josías Litch había iniciado *The Advent Shield* (El Escudo del Advenimiento), y exponía la providencia de Dios y el cumplimiento de la profecía en el movimiento adventista hasta aquel tiempo. En el verano de 1847 José Bates escribió *Second Advent Waymarks and High Heaps* (Hitos del segundo advenimiento en gran cantidad), una historia al día del mismo asunto.

Elena había visto en su primera visión que la luz brillante del clamor de medianoche iba a resplandecer a lo largo de todo el sendero que nos conduce a la Ciudad Santa. Esta es una de las razones por la cual ha habido tantos relatos con respecto al adventismo primitivo, incluyendo el que Ud. está leyendo ahora. Esta es la razón también por la cual se fundó *The Advent Review* (La Revista Adventista).

*And Sabbath Herald* (Y Heraldo del Sábado). El nuevo periódico debía ser vocero de un mensaje crucial de Jesús desde el lugar santísimo destinado a separar del pecado a los hombres y a las mujeres y atraerlos a sí mismo.

Entre el tiempo de los descubrimientos iniciales del sábado en el santuario y la inauguración de la *Review and Herald*, pasaron dos años y medio muy significativos y formativos, en los cuales se realizaron veinte<sup>2</sup> conferencias de fin de semana. Estas continuaron las reuniones de fin de semana anteriores, del año 1846, que tenían por escenarios hogares seleccionados en los diversos centros geográficos donde había en formación grupos que observaban el sábado, ya sea en cocinas, salones, un depósito de carruajes, una "gran sala no terminada", y en varios galpones previamente acondicionados.

La conferencia realizada en abril de 1848 fue particularmente notable. Acostumbrado a una asistencia de una docena de personas en Topsham,

Jaime White quedó profundamente impresionado cuando más o menos cincuenta personas llegaron para la reunión que se celebró en el hogar de Alberto Belden, en Rocky Hill, Connecticut. Años más tarde, afirmó que esta conferencia había sido "la primera reunión general realizada por los adventistas del séptimo día. En cuanto a número e influencia, señalaba una nueva era en la causa".<sup>3</sup>

Una conferencia podía durar desde el viernes hasta el domingo o desde el jueves por la tarde hasta el lunes de mañana. O sólo un domingo y un lunes, como en una ocasión. Jaime White, como representante de la Advent Review, presentaba la evidencia de que los verdaderos acontecimientos predicados por el movimiento millerita culminaban con la entrada de Cristo en el lugar santísimo. José Bates, siendo él mismo un viviente "Sabbath Herald", predicaba sobre el sábado en relación con el arca del testimonio de Cristo y la necesidad de obedecer el mensaje del tercer ángel.

Los hombres y las mujeres que asistían a estas reuniones habían pasado por la preparación y el chasco de 1844. Ahora, varios años después de ese éxtasis y de esa agonía, se preguntaban el uno al otro si todo aquello era verdadero. ¿Terminaron en realidad los 2.300 días en 1844? ¿Entró Jesús en verdad en el recinto interior del santuario celestial? ¿Predicamos nosotros el primero y el segundo mensajes? ¿Es nuestro "deber" ahora proclamar el tercero, vivir en plena armonía con los Diez Mandamientos?

Tenían experiencia en el sacrificio que comportaba sostener una teología impopular. No estaban experimentados en las vaguedades de los filósofos liberales. Su criterio era el mismo que el de Lutero en la Dieta de Worms: la Escritura, el sentido común, y la conciencia. Cuando encontraron que la Biblia hablaba claramente sobre la obligación de observar el séptimo día como día de reposo, la mayor parte de ellos, con toda buena voluntad, amoldaron sus vidas a esa verdad.

"Muchos de nuestros hermanos —escribió Elena de White en 1904— no se dan cuenta de cuán firmemente ha sido establecido el fundamento de nuestra verdad. Mi esposo, el pastor José Bates, el padre Pierce, el pastor (Hiram) Edson, y otros hombres nobles, veraces y de agudo pensamiento, estaban entre los que... investigaron la verdad como quien busca un tesoro escondido. Yo me reunía con ellos, y estudiábamos y orábamos con fervor. A menudo permanecíamos juntos hasta tarde en la noche, y a veces la noche entera, orando por la luz y estudiando la Palabra. Una y otra vez estos hermanos se reunían para estudiar la Biblia, a fin de que pudieran entender su significado, y estar preparados para enseñarla con poder".

El papel que desempeñó Elena de White misma fue limitado, pero valioso. "Cuando en su estudio llegaban a algún punto donde decían: 'No podemos hacer más', el Espíritu del Señor venía sobre mí —informa ella—, y yo era arrebatada en visión, y se me daba una clara explicación de los pasajes que habíamos estado estudiando, con la instrucción de cómo debíamos trabajar y enseñar con eficacia".

Los hermanos al instante examinaban sus sugerencias en sus Biblias y concordancias, y se emocionaban al encontrar que esas explicaciones realmente aclaraban los puntos en estudio.<sup>5</sup> Estas contribuciones de Elena de White resultaban particularmente impresionantes, porque "los hermanos sabían que cuando no estaba en visión —afirma ella—, yo no podía entender estos asuntos". El bosquejo general de la verdad le era claro, por supuesto. Pero a menudo no podía entender los textos bíblicos o el agudo razonamiento que empleaban los hermanos para sostener sus diversos puntos de vista.

"Yo estaba en esa condición mental —dice ella—, hasta que los puntos principales de nuestra fe resultaban claros para nuestras mentes, de acuerdo con la Palabra de Dios". Evidentemente, era el propósito de Dios que los hermanos comprendieran que la verdad que él los llamaba a sostener y proclamar estaba arraigada en la Biblia misma y no —como algunos se verían tentados a decir— meramente en los sueños o visiones de una joven.

En la reunión realizada en la casa de David Arnold, cerca de Volney, Nueva York, en el verano de 1848, Elena de White informa<sup>6</sup> que "en torno a 35 personas estaban presentes —todos los amigos que podían reunirse en esa parte del estado—. Pero de este número, difícilmente había dos que concordaban. Algunos sostenían serios errores, y cada uno insistía en su punto de vista, declarando que estaba de acuerdo con las Escrituras".

Al empezar a celebrar la Cena del Señor, uno de los hermanos se puso de pie para decir que él creía que debía observarse únicamente una vez al año, en el tiempo que Jesús mismo la celebró. Otro enseñaba que el milenio estaba ya en el pasado.

"Estas extrañas diferencias de opinión arrojaban una carga muy pesada sobre mí" —recordaba Elena de White años más tarde—. "Yo vi —escribió— que se habían presentado como verdad muchos errores. Me parecía que Dios era deshonrado. Sentía gran pena en mi espíritu, y desmayé bajo la carga. Algunos temían que me estaba muriendo. Los Hnos. Bates, Chamberlain, Gurney, Edson y mi esposo oraron por mí. El Señor escuchó las oraciones de sus siervos, y reviví".

"La luz del cielo —continuó— reposó sobre mí, y pronto perdí conciencia de las cosas del mundo".

En su visión se le mostró qué era erróneo en las ideas que estos hombres estaban presentando, y cuál debía ser su verdadera posición. Se le "pidió que les dijera que debían abandonar sus errores, y unirse en las verdades del mensaje del tercer ángel". El desenlace fue que la reunión terminó triunfalmente. "La verdad obtuvo la victoria", y el movimiento ganó varios nuevos miembros.

Costaba algún dinero conducir estas conferencias. Elena pagaba la mayor parte de los gastos. Convencida de que Dios la estaba llamando a ir en su nombre, con lágrimas dejó a su hijo infante Enrique al cuidado de

sus queridos amigos, los Stockbridge Howlands, y lo visitaba sólo de vez en cuando durante varios años, como Ana, con un presente.

Para reunir dinero a fin de asistir a la conferencia que se realizaría en la granja de David Arnold, Jaime White segó con una hoz un campo de heno, a razón de 87 centavos y medio por acre; así ganó cuarenta dólares.

Mientras regresaba a su hogar a lo largo del canal Erie con la familia White, después de las reuniones realizadas en el galpón de los Edson, en Port Gibson, el querido Hno. Bates intentó subir a un barco que estaba en el canal con un dólar precioso en su mano para pagar su pasaje. Como el barco se movió, Bates perdió el equilibrio y cayó al agua. Sin amedrentarse, nuestro ex capitán empezó a nadar "con su cartera en una mano, y el billete de un dólar en la otra. Se le voló el sombrero, y al rescatarlo perdió el billete, pero mantuvo asida su cartera". Después, él y los White hicieron una visita sorpresiva a un matrimonio que recientemente había comenzado a guardar el sábado, el Hno. William Harris y su esposa, con la esperanza de que Bates pudiera secar allí su ropa.

La reunión final de 1848 se realizó en el hogar de Otis Nichols, en Dorchester, el 18 y el 19 de noviembre. En un sentido, era la más significativa de esa temporada. Siendo que los creyentes habían llegado a una mayor unidad sobre los grandes temas que estaban estudiando, se vio la necesidad de publicar esas verdades. ¿Debía el pastor Bates, tal vez, escribir otro libro?

En Dorchester oraron mucho solicitando dirección con respecto a la publicación del mensaje. Un domingo, la Sra. White tuvo una visión durante la cual habló en voz alta acerca del sábado como el sello de Dios (Apocalipsis 7) que se levantaba en el este como el sol y se hacía más cálido y más brillante hasta que los santos recibieran la inmortalidad. Después de la visión pidió al Hno. Bates que publicara lo que ella había dicho.<sup>7</sup> Volviéndose a su esposo añadió: "Tengo un mensaje para ti. Debes comenzar a publicar un pequeño periódico y mandarlo a la gente".

Un pequeño periódico. Los libros son buenos, por supuesto, pero muchas veces se los descuida. Los periódicos son más persistentes.

La Sra. White opinó sobre el periódico propuesto: "Que sea pequeño al comienzo; pero cuando la gente lo lea —prometi—, te mandará recursos con los cuales imprimir, y será un éxito desde el principio".

Después de una pausa, añadió: "Se me mostró que de este pequeño comienzo surgirán rayos de luz que circundarán todo el mundo". ¡Esa fue una profecía impresionante dirigida a un puñado de pioneros totalmente pobres!

Siguió un tiempo de prueba. Algunos de los hermanos que deseaban que se imprimiera el periódico querían que alguien pagara por él. El pastor White no tenía dinero para publicarlo por su cuenta. Totalmente dedicado a su ministerio, dependía, para cualquier entrada, de trabajos ocasionales que podía lograr entre giras evangelísticas, y también de pequeñas

donaciones. Cuando buscó ayuda para el propuesto periódico, la respuesta fue sorprendentemente deprimente.

En enero de 1849 José Bates llenó la brecha con un libro: *A Seal of the Living God; A Hundred Forty-four Thousand of the Servants of God Being Sealed in 1849* (Un Sello del Dios Vivo; Ciento Cuarenta y Cuatro Mil de los Siervos de Dios que son Sellados en 1849). Basado en lo que Elena de White dijo acerca de que "rayos de luz circundarían el mundo entero", él con toda confianza predijo la proclamación del sábado en Francia, Gran Bretaña, Rusia y los países que estaban al este del Eufrates.

Un año más tarde, en la primera parte de 1850, Jaime White también publicó un himnario de cuarenta y ocho páginas, titulado: *Hymns for God's Peculiar People, That Keep the Commandments of God, and the Faith of Jesus* (Himnos para el Pueblo Peculiar de Dios, que Guarda los Mandamientos de Dios y la Fe de Jesús). También éste llevaba el mensaje respecto al sello de Dios, "el mensaje claro, que asciende del este". Una estrofa decía:

Oh Dios, Dios viviente,  
aplícanos tu sello,  
y de la vara de la destrucción  
protégenos para que no perezcamos.

Un himno titulado "Historia del Segundo Advenimiento" delineaba el desarrollo de los mensajes del primero y segundo ángeles, hasta que "un tercer y solemne mensaje proclame ahora los juicios finales de Dios". Otro celebraba las primeras visiones de Elena de White. Fue escrito por W. H. Hyde, que fue sanado cuando la Hna. White oró por él en los primeros meses de su ministerio profético:

Hemos oído del país santo y luminoso,  
y estas gratas nuevas alegraron nuestro corazón.

En sus años finales, a menudo se oía a la Sra. de White entonar suavemente este himno.<sup>10</sup>

Los libros de diversas clases eran buenos, ipero Dios había dicho que necesitaba un periódico!

En 1848, Jaime White había segado heno, a razón de ochenta y siete centavos y medio el acre para ganar el dinero necesario para asistir a una conferencia. En julio de 1849, después de meses de pedir ayuda sin resultado en favor del periódico, decidió ganarlo de nuevo cortando heno.

—Voy a buscar un campo para segar heno—, le anunció a su esposa.

Al salir él afuera aquella mañana de verano, una gran carga oprimió el corazón de Elena y se desmayó. Se hicieron oraciones por ella, y pronto se sintió mejor. Entonces recibió una visión.

—¿Cuál era el tema de la visión? —preguntó Jaime más tarde.

—Acerca de ti.

—¿Qué viste?

—El Señor me mostró que él te bendijo el año pasado cuando fuiste a cortar heno, pero que si pruebas la misma cosa ahora, él te mandara una enfermedad. Tu trabajo es *escribir, escribir, escribir* y actuar por fe.

Aquello resolvió el problema. Jaime buscó papel y pluma, y con su Biblia y su concordancia comenzó a preparar sin demora artículos y editoriales. Al buscar algunos textos, a veces encontró difícil entenderlos. Entonces él y Elena se arrodillaban y pedían a Dios que se los explicara. Y así continuaba escribiendo.

En ese tiempo, el pastor White y su esposa vivían temporariamente en la nueva casa de campo de Alberto Belden, cerca de Rocky Hill, Connecticut. La primera conferencia de 1848 se había reunido en su "gran sala inconclusa", (de unos siete metros por diez). Jaime y Elena, después de tres años de matrimonio, todavía no tenían muebles. Todas sus pertenencias podían guardarlas en un baúl de un metro de largo.

Cada centavo que ahorran iba a la causa. La Srta. Clarisa Bonfoey, una mujer con una disposición alegre, que vivía cerca de Middletown, y cuya madre había muerto, ofreció traer sus cosas para vivir en esa casa. Los White estaban encantados. Se llevaron los muebles de Clarisa en carro, y se hicieron divisiones en el segundo piso. Así los White empezaron a tener su propio hogar.

Era un arreglo extraordinario. La Srta. Bonfoey vivía con los White y a su vez todos ellos vivían con los Belden. Creencias iguales pueden sellar amistades para hacerlas más fuertes que el parentesco sanguíneo. El afecto continuó, y la hermana de Elena, Sara, más tarde se casó con el muchacho de los Belden, Esteban, y llegó a ser la madre de Francisco E. Belden, el autor de himnos.<sup>11</sup>

En el mismo mes en que nació el periódico (julio de 1849) también nació el segundo hijo de los White. El nuevo bebé se llamó Jaime Edson, y el nuevo periódico, *Present Truth* (La Verdad Presente).

El título fue tomado de 2 Pedro 1:12. En su primer editorial White escribió: "En el tiempo de Pedro había una verdad presente, o sea una verdad aplicable a aquel tiempo presente. La verdad presente ahora, es la que muestra los actuales deberes, y la debida posición que debemos tomar quienes estamos por ser testigos del advenimiento de un tiempo de angustia tal como nunca existió". La "verdad presente" era, por supuesto, el sábado.

Cuando terminó de escribir el material, Jaime White caminó hasta Middletown soportando el calor de julio, subió las escaleras que conducían a la oficina de un impresor local, y le pidió que imprimiera mil ejemplares.

Jaime sufría de un dolor agudo en la pierna. Recorrió cojeando los trece kilómetros de ida y los trece kilómetros de vuelta.

Cuando el impresor, llamado Carlos Hamlin Pelton, echó un vistazo, primero al título propuesto y luego al encabezamiento del artículo escrito de puño y letra de Jaime White, se confundió. "El día de reposo instituido

en la creación, y no al pie del Sinaí" —leyó—. ¿Es esta "la verdad presente"? —se preguntó.

Pero un trabajo es un trabajo. Se encogió de hombros y señaló la línea punteada. White firmó el contrato, y cojeando bajó la escalera. Pero cuando Pelton empezó a componer a mano los pequeños tipos, el misterio se resolvió. "Viene la tormenta —leyó—. Guerra, hambre y pestilencia ya se ven en el campo de matanza. Ahora es el tiempo, el único tiempo para buscar amparo en la verdad de un Dios vivo".

La mayor parte del material de los primeros tres números, aunque era completamente novedoso para el impresor, constituía una sólida y antigua enseñanza de los bautistas del séptimo día. En el tercer y cuarto números aparecían temas característicos del adventismo: Jesús en el santuario, el mensaje del tercer ángel, el sábado como sello de Dios, y una discusión de Isaías 58:12-14, donde se llama a los observadores del sábado de los últimos días "reparadores de portillos" (o sea de brechas) en la ley de Dios. "Ha llegado el tiempo —declaraba Jaime White— en que el sábado sea proclamado más plenamente".

La cojera del pastor White continuó por todo el tiempo que siguió caminando de ida y de vuelta, leyendo pruebas y asegurándose de que el material estuviera compuesto e impreso a su entera satisfacción. Cuando estuvieron listos los ejemplares, pidió un coche del Hno. Belden para llevarlos a casa.

Se los colocó en una pila sobre el piso. Se llamó a los creyentes de las granjas vecinas. Con lágrimas fervientes los hermanos se arrodillaron alrededor de los periódicos y pidieron a Dios que los bendijera. Luego los doblaron, cortaron los bordes, pusieron las direcciones de todos aquellos que pensaron que gustarían leerlos. Jaime iba colocando una cantidad en su maleta y llevándolos a Middletown para despacharlos por correo. Casi inmediatamente empezaron a llegar cartas y contribuciones para animarlo a continuar.

Después de publicar cuatro números en Middletown, los White dejaron la casa de Alberto Belden, pasaron unos pocos días felices con Enrique, su niño de tres años, en casa de los Stockbridge Howland, de Topsham, Maine; luego pidieron prestados muebles de los hermanos locales, y se establecieron por un tiempo en Oswego, Nueva York. La Srta. Bonfoey fue para cuidar al pequeño Edson mientras Elena viajaba con su esposo.

Con todos los viajes de aquí para allá *Present Truth* dejó de aparecer por un par de meses. Cuando White encontró un nuevo impresor y preparó el material del número de diciembre, se halló con la sorpresa de que el entusiasmo por el periódico estaba casi muerto. Aun Bates se oponía a su publicación<sup>12</sup> (sólo fue por un tiempo), tal vez razonando que la preparación del material para el periódico retenía al redactor demasiado tiempo en su escritorio.

Tan escasas eran las ofrendas que White se sintió obligado a anunciar: "Por el momento carezco de recursos, y tengo algunas deudas".<sup>13</sup> Elena añadió a raíz de una visión: "El ver a las pobres almas morir por falta de la verdad presente, y a algunos que profesan creer la verdad dejarlas que mueran, debido a que retienen los recursos necesarios para proclamar la Palabra de Dios, era demasiado penoso para mí, y le pedí al ángel que quitara la escena de mi vista".<sup>14</sup> Ahora el dinero empezó a llegar. La apatía fue reemplazada por el ardor, y Jaime White pronto se halló editando dos periódicos!

A *La Verdad Presente* añadió el *Advent Review*. Entonces, en noviembre de 1850, después que los White se mudaron a Centerport, Nueva York, y más tarde a Paris, Maine, apareció el primer número del primer volumen de la *Second Advent Review and Sabbath Herald*,<sup>15</sup> una continuación de las dos revistas unidas en una. En adición a los artículos relativos al sábado y al santuario, la revista publicaba una variedad de temas bíblicos; también cartas de observadores del sábado, y noticias acerca del paradero y las actividades de los pocos ministros que viajaban.

La suscripción, al principio gratuita, fue establecida en un dólar por año para los que podían pagar, aunque todavía se ofrecía gratis a los que no podían. Casi cada hogar adventista la recibía, y la mayor parte la pagaban. Llegó a ser un vínculo de amor que unía el movimiento entre sí y lo encausaba hacia adelante.

Hoy en día la "buena y vieja *Review*", muy mejorada y ampliada, todavía aparece para mantener a la Iglesia Adventista del Séptimo Día unida y progresando mientras se recuerda el pasado. En los años recientes, el gran crecimiento en feligresía fuera de los Estados Unidos ha inducido a la publicación de ediciones especiales adaptadas a los lectores de otros lugares, tales como en Europa y Sudamérica.

Después de iniciar el nuevo periódico, los White continuaron viajando bastante, trabajando duro, con un pago sumamente exiguo. Había un gran mensaje que debía llevarse a la gente y pocos mensajeros para cumplir la tarea. En 1851, Jaime White llegó a estar tan desanimado por exceso de trabajo que fijó un día para entregar al impresor una nota que debía insertar en la próxima *Review*, la que anunciaría que ése era el último número. Pero Elena de nuevo se desmayó cuando su esposo salió de la casa, y éste regresó para ayudarla. Oraron, la fe revivió, y el periódico continuó.<sup>16</sup>

Mientras residían en Saratoga Springs, el pastor White decidió que debían dejar de imprimir en imprentas comerciales y establecer su propio taller. Es muy malo, pensó, que un periódico consagrado a proclamar el sábado fuera impreso en sábado, como ocasionalmente sucedía. También creyó que los creyentes harían el trabajo con mayor fidelidad que los no creyentes y, por otra parte, esperaba ahorrar algún dinero para la causa.

A fin de comprar el equipo necesario, tendría primeramente que encontrar el dinero. Lanzó el pedido, los fondos llegaron, y adquirió una

prensa de mano Washington, muy parecida a la que Gutenberg usó en el siglo XV.

Mientras tanto, otra mudanza había traído a los White y a la *Review* a Rochester. Se alquiló una vieja casa, a razón de 175 dólares por año. Era suficientemente grande como para acomodar la prensa, los tipos, la existencia de papel, la familia de los White, y más o menos a una docena de dedicados voluntarios y colaboradores. Estos recibían muy poco más que su pieza y alimentación, y a veces la alimentación consistía nada más que de gachas de harina o frijoles, comida tras comida.

Entre los que se unieron al equipo en aquellos días se destacaba Ana Smith y más tarde su hermano Urías.

Anita ayudaba dondequiera se la necesitara, especialmente como correctora de originales y de pruebas y, a veces, como redactora sustituta cuando el pastor White estaba ausente. Tenía talento poético y hay todavía diez de sus himnos en el himnario adventista en inglés. La mayor parte de estos interpretaban el movimiento adventista con expresiones líricas.

Su muerte temprana por tuberculosis, a la edad de 27 años, fue profundamente lamentada.

Urías Smith también era poeta, con un gusto afín a modelos más clásicos, pero igualmente útil para la *Advent Review*.

Tenía veinte años cuando abandonó sus planes para obtener su educación en Harvard, y se mudó a la gran casa de Rochester. A la edad de 23 años, en 1855, fue nombrado redactor. Con pocas interrupciones, sirvió a la *Review* durante cincuenta años, la mayor parte del tiempo como redactor en jefe, pero también por muchos años como contador, gerente de oficina, o corrector de pruebas.

Smith tenía una habilidad especial para trabajar con herramientas lo mismo que con la pluma. Por mucho tiempo fue el único grabador responsable para hacer las ilustraciones labradas en madera. Hacía sus propios escritorios, dos de los cuales todavía se preservan.<sup>17</sup> Sacó una patente para una pierna artificial que ideó —había perdido una cuando era muchacho—, que le permitía arrodillarse cuando oraba. Más tarde patentó un escritorio de escuela.

Por muchos años Urías Smith ocupó el cargo de secretario de la Asociación General. Entre las nueve y las doce de la noche también encontraba tiempo par escribir libros. Su obra más famosa es *Daniel y Apocalipsis*, que siguió siendo la norma adventista para la interpretación de los dos grandes libros proféticos hasta décadas después de su muerte. De hermosa presencia, cortés y consagrado, era uno de los dirigentes adventistas mejor conocidos durante sus días. Murió de una hemorragia cerebral mientras caminaba para ir a su trabajo un viernes, en marzo de 1903, a la edad de 71 años.

¡Pero volvemos a los primeros días! En 1855, los creyentes de Michigan invitaron a los esposos White a mudarse de Rochester a Battle Creek y ofrecieron edificar un pequeño taller para ellos allí. La ofrenda fue

gratamente aceptada, y pronto quedó erigida una estructura de madera de dos pisos.

Durante las décadas que siguieron, un equipo a vapor reemplazó la pequeña prensa a mano. Edificios progresivamente más espaciosos reemplazaron al primer taller pequeño, hasta que la imprenta a vapor de los adventistas del séptimo día de Battle Creek llegó a ser el establecimiento más grande y mejor equipado de todo el estado de Michigan.

Pero los adventistas nunca olvidaron que su primer centro fue el hogar que albergó la prensa de Rochester, y que la primera institución fue una casa editora. Siendo que había que obtener la personería jurídica de esta casa editora como asociación publicadora legalmente establecida, los dirigentes, en 1860, tuvieron que seleccionar el nombre de la denominación. Y como las oficinas de la Asociación General estaban también en Battle Creek (desde 1863 hasta 1903), éstas ocuparon dependencias de la planta *Review & Herald*.

Todo esto es simbólico. La Iglesia Adventista del Séptimo Día fue llamada a la existencia para un mensaje especial de los últimos días. Su misión es la de vivir ese mensaje y la de hacer que otros se enteren del mismo (por medio de libros y periódicos y de otras maneras) a fin de que ellos también puedan vivirlo.

## Capítulo 15

# Lo que los adventistas deben a otros cristianos

Los pioneros adventistas del séptimo día llamaban al mensaje que descubrieron "la verdad". Denominaron el primer periódico *La Verdad Presente*. Sus sucesores todavía hablan de los que ingresan a la Iglesia como personas que "abrazan la verdad" y califican a los apóstatas como individuos que "abandonan la verdad".

En 1881, Elena de White escribió: "Es un hecho tan cierto que nosotros tenemos la verdad como que Dios vive; y Satanás, con todas sus artes y su poder diabólico, no puede cambiar la verdad de Dios transformándola en una mentira".<sup>1</sup>

¡Esto casi da la impresión de que los adventistas del séptimo día piensan que son los *únicos* que poseen la verdad! Sin embargo, por el contrario, reconocen su gran deuda a innumerables otros cristianos que a través de los siglos han albergado y transmitido la verdad de una generación a otra, a menudo con peligro de sus propias vidas.

Ya hemos mencionado la deuda especial que los adventistas tienen para con los bautistas del séptimo día. Analicemos brevemente su deuda hacia otros.

Pero, en primer lugar, ¿qué es la verdad? Jesús contestó: "Yo soy... la verdad" (Juan 14:16), y "tu palabra es verdad..." (Juan 17:17). Así que la verdad es "Cristo", y también la "doctrina bíblica".

"Doctrina" significa "enseñanza". La Biblia enseña la verdad de Dios. Jesús también enseñó la verdad acerca de la divinidad. En un tiempo cuando muchos consideraban al Ser Supremo como un Dios enojado por las deficiencias humanas, o falto de simpatía y de interés en sus sufrimientos, Jesús lo presentó como un amante Padre celestial.

Enseñó que Dios está lleno de misericordia, que ofrece salvación a cuantos confían sencillamente en él de todo corazón. "Todo aquel que en él cree" tiene vida eterna! (Juan 3:16). La segura promesa que Jesús dejó es: "No se turbe vuestro corazón... Y si me fuere... vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis" (Juan 14:1-3). También prometió que hasta que aquel día feliz llegue, él estaría con los seres humanos en un sentido muy personal mediante su representante, el Espíritu Santo, que es como él. (Véase Juan 14:15-18, 25-29; 15:26,27; 16:7-14.) Para darles esta seguridad, invitó a sus seguidores a participar en una comida sencilla, la Cena del Señor, que les recordaría

mientras tanto, que deseaba estar *en* ellos, y llegar a ser una parte *de* ellos, como el alimento.

Enseñó que cuando una persona muere, Dios no lo atormenta en algún lugar escondido, sino que le permite descansar, "dormir" pacíficamente, hasta la resurrección. (Véase Juan 11:11-14; 5:28,29.)

También enseñó la verdad de que Dios quiere que cada uno sea libre. Nadie debe ser obligado; ni siquiera a ser cristiano. En primer lugar, la gente debe ser instruida, y luego bautizada, si escoge creer. (Véase Mateo 28:18-20 y Marcos 16:16.) Además, enseñó que si deseamos continuar siendo sus amigos, debemos guardar sus mandamientos. Pero para cumplirlos, nos prometió la ayuda necesaria, añadiendo que el vivir en armonía con la voluntad de Dios nos traería felicidad. (Véase Juan 15:1-11.)

Jesús presentó tantas verdades maravillosas acerca de Dios que todos los que lo escuchaban "estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca" (Lucas 4:22). Aun a riesgo de perder sus empleos, hasta la policía del templo una vez desobedeció una orden de arrestarlo. "¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!", fue la explicación que dieron (Juan 7:46).

Cuando Jesús se fue de la tierra, dio a los apóstoles "el espíritu de la verdad" para que continuaran enseñando la verdadera doctrina: la verdad acerca de la Verdad.

Pero triste es decirlo, la verdad pura sería abandonada. Como Pablo había advertido, se levantaron falsos maestros. (Véase Hechos 20:28-31 y 2 Timoteo 4:3,4.)

En un tiempo trágicamente corto, falsas doctrinas introdujeron un concepto distorsionado de Dios, y con él vino la pérdida de la espiritualidad.

La justificación por la fe nunca fue totalmente olvidada, y en todos los siglos algunos cristianos se adhirieron fielmente a su fe en Dios. Pero en la confusión de la Edad Media, a la gente ansiosa de encontrar la paz con Dios, a menudo se les enseñaba que, además de "creer", debían participar en difíciles peregrinaciones, visitar santuarios, y realizar penitencias<sup>2</sup> de varias clases, porque esa era la voluntad de Dios. Por encima de todo, se les inculcaba que debían permanecer en buenos términos con sus pastores, pues los sacerdotes recibieron de Dios las llaves del cielo y del infierno, para cerrar el cielo a cualquier persona que hiciera lo malo. Puesto que en aquellos días muchos sacerdotes eran deshonestos y corruptos, muchas personas llegaron a despreciar a Dios en la misma forma en que despreciaban a los sacerdotes.

Los infantes eran bautizados tan pronto como nacían, y convertidos en miembros de iglesia antes que supieran lo que significaba ser cristianos.

La segunda venida literal de Cristo no fue negada, pero los teólogos medievales prefirieron pensar que ya había ocurrido. Aplicando

incorrectamente Apocalipsis 20:4, decían que Cristo, en su venida había puesto a sus obispos en sus tronos (cátedras) en sus iglesias (catedrales).<sup>3</sup>

En vez de enseñar que durante la muerte el ser humano duerme, la iglesia enseñaba que las personas no bautizadas iban directamente a la tortura eterna en el infierno, y que a menudo los fieles pasaban por el purgatorio, un lugar intermedio, donde eran quemados, para purificarse, durante un período de tiempo indefinido antes de ir al cielo. Se inventaban leyendas para sostener estas teorías. Se decía, por ejemplo, que una tumba en Inglaterra se levantaba y descendía de tiempo en tiempo, prueba positiva para los piadosos de que el alma enterrada allí estaba sufriendo tormentos. Cuando los jóvenes preguntaban si ellos podían ayudar a sus padres y abuelos muertos a pasar rápidamente por el purgatorio en camino al cielo, los sacerdotes les asignaban penitencias adicionales. Si preguntaban: "¿Hemos hecho ya suficiente?" La respuesta era: "Nadie lo sabe".

Diarios y obras devocionales de monjes y santos revelan que para muchos cristianos de la Edad Media la Cena del Señor continuó celebrándose como una ocasión para estrechar el compañerismo íntimo con un Salvador personal. Pero se creía que las sencillas palabras de Jesús: "Esto es mi cuerpo" —traducido al latín: "*Hoc est corpus meum*"— convertían el pan de la comunión en la carne verdadera de Cristo,<sup>4</sup> y que hacían al vino tan sagrado que a los laicos se les prohibía beberlo, no fuera que accidentalmente derramaran la "sangre de Dios".

Personas supersticiosas entraban en las iglesias a media noche para robar fragmentos del cuerpo de Cristo y esparcirlos entre sus repollos para su buena suerte. Se creía popularmente que había poca necesidad de sermones, o de cualquier clase de culto, excepto el momento cuando se hacía sonar una campanilla de mano y el sacerdote pronunciaba las palabras: "*Hoc est corpus meum*". Se celebraban los servicios para que este momento místico viniera más rápido. Las palabras de Cristo, que se referían a un compañerismo espiritual, vinieron a ser para millones poco menos que mágicas.

Al olvidarse la verdad con respecto a Dios y al ser ésta reemplazada por falsas doctrinas, la gente se fue haciendo más y más descuidada y supersticiosa acerca de la religión personal. En general, consideraban a Dios como un ser enojado y desprovisto de sentimientos, parecido a lo que pensaban los judíos antes que Jesús viniera para rectificar este falso concepto.

¡Cómo anhelaba Dios presentar al mundo una vez más la verdadera evidencia acerca de sí mismo! ¡Cuánto se habrá agradado él de que Juan Wiclef abriera su mente a una nueva verdad!

Wiclef, un teólogo católico leal, amaba al Señor Jesús y creía que Cristo era la fuente de toda verdad. Rogaba a sus hermanos católicos que dejaran a un lado las diversas tradiciones inventadas por los hombres y siguieran las Escrituras como la única guía del cristiano.

Los enemigos amenazaron con matarlo. Una vez en que estaba enfermo, vinieron para burlarse de él. Pero Wiclef se sentó en la cama, y dijo: "No moriré, sino viviré, y otra vez denunciaré los malos hechos de los frailes".

Wiclef fue el padre de la primera traducción de la Biblia entera al inglés popular de su época. Circularon centenares de ejemplares copiados a mano. Se enviaron predicadores especiales, llamados los lolardos, por toda Inglaterra, vestidos de manera característica, para que leyeran esta Biblia al pueblo y le enseñaran a poner las Escrituras por encima de la tradición.

Pasó un siglo, y apareció Martín Lutero, que a menudo estaba sobre sus rodillas delante de Dios en procura de la verdad. Como profesor de una universidad católica, se le pidió que enseñara la Biblia como la Palabra de Dios. Pero se exigía hacer tantas penitencias que el cielo parecía imposible para él, y Dios un juez airado. "¿Amar a Cristo? —se preguntó en un momento de angustia—. Lo odio".

Los escritos de San Agustín lo ayudaron. Un día, con intensa excitación descubrió en la Biblia que los pecadores no eran salvados por las "obras", sino sencillamente por la fe en la vida, la muerte y la resurrección de Jesús. Descubrió "el sacerdocio de los creyentes", la emocionante verdad de que cada hombre puede venir a Cristo directamente, sin la mediación de los sacerdotes y de los santos. "Los portales del Paraíso se abrieron de par en par —dijo entonces—, y yo entré directamente en él".

Lutero concordaba con Wiclef en que la Biblia y únicamente la Biblia es la regla de fe. En la Dieta de Worms, en 1521, declaró con un valor admirable: "A menos que se me convenza por las Escrituras y la razón sencilla, no puedo hacer otra cosa; mi conciencia es cautiva de la Palabra de Dios".

Lutero también aceptó lo que Wiclef había descubierto acerca de la Cena del Señor, es a saber, que el pan no se convierte en el cuerpo de Cristo ni el vino en su sangre.<sup>3</sup> Destacó que es una ocasión suprema en la cual Jesús nos asegura el perdón de todo pecado. Así Lutero aceptó el redescubrimiento de la verdad de cristianos anteriores, añadió otras que él mismo había descubierto, y las pasó a millones de personas después de él.

Por todo el norte de Europa multitudes de católicos se regocijaron con Martín Lutero. Miles de personas dieron sus vidas en aras de su fe. Los ministros luteranos a veces eran ahorcados en los árboles en grandes tandas a la vez. Les parecía poca cosa entregarse a sí mismos por completo por sostener la verdad acerca de su Salvador.

En Francia y Suiza otros devotos católicos continuaron su estudio y descubrieron verdades adicionales que habían sido oscurecidas durante la Edad Media. El más notable de estos, Juan Calvino, padre de los presbiterianos y los congregacionalistas, tenía una mente tan lógica, como la tenía de entusiasta Lutero.

Calvino sistematizó las verdades bíblicas que se iban descubriendo. Es desafortunado que hoy en día el nombre de este reformador esté asociado desdeñosamente con la "predestinación".

Es cierto que la enseñó, pero para la gente de sus días esa doctrina no sonaba como hoy para nosotros. Al pueblo se le había instruido entonces que su destino dependía del capricho de los sacerdotes y obispos que "tenían las llaves" del reino de los cielos. Calvino aseguró que los seres humanos están por cierto predestinados, no por los hombres, sino por Dios, desde antes de la fundación del mundo!

Es difícil imaginarnos hoy el inmenso alivio que sintieron las congregaciones calvinistas cuando aprendieron de la Biblia que su destino estaba tan desconectado de los caprichos volubles de los pastores y sacerdotes, porque era fijado por Dios miles de años antes que esos hombres nacieran.

Sin embargo, Calvino no estaba completamente en lo cierto. Sostenía que un individuo elegido por Dios para la salvación, no podría perderse aunque quisiera. Con todo, cuando puso el destino de cada hombre en las manos de Dios, antes que en las manos de los hombres, acercó significativamente al pueblo a la verdad bíblica.

Más que Lutero, Calvino enseñó a sus seguidores la posibilidad de la victoria sobre el pecado y los desafió a vivir cada día mejor que el anterior. En tanto que Lutero recuperó mayormente la doctrina de nuestro *estado* transformado delante de Dios (justificación por la fe), Calvino dio énfasis a la transformación del *carácter* (santificación por la fe), que la gracia de Dios hace posible.

Miles de católicos aceptaron con gratitud la verdad recuperada que Calvino les enseñó, y muchos de éstos dieron su vida por esta fe.

En Inglaterra, en un tiempo, los seguidores de Calvino se denominaron puritanos, debido a su preocupación de purificar lo que a ellos les parecía un cristianismo inmaduro de la nueva Iglesia Anglicana.

A los puritanos les debemos la traducción de la Biblia al inglés llamada del rey Jaime o Jacobo. En 1603, solicitaron al rey Jacobo I que autorizara una nueva traducción para ser usada en los servicios religiosos. El rey accedió y designó a 47 eruditos de su reino para que emprendieran la tarea. Ocho años más tarde, en 1611, la famosa versión del rey Jaime o Jacobo salió de la prensa. ¿Quién puede justipreciar lo que esta traducción ha hecho para la gloria de Dios?

En la parte continental de Europa, devotos anabaptistas enseñaron "el bautismo de los creyentes", y dieron su vida por esta creencia cuando fue necesario. El primer anabaptista en morir parece ser una hermosa señorita suiza, cuya cabeza fue mantenida bajo el agua en una batea de caballos como imitación burlesca del bautismo de los creyentes. Otros murieron de la misma manera, o fueron ahogados en ríos, o quemados en la estaca, o asados a fuego lento, o metidos a la fuerza en féretros demasiado pequeños para ellos por soldados que los pisaban con sus botas herradas.

Semejantes a los anabaptistas de la parte continental de Europa, los bautistas de Inglaterra y de Norteamérica<sup>6</sup> también insistieron en que únicamente los creyentes, y no los infantes, debían ser bautizados. Pero a diferencia de los anabaptistas, ellos dieron un paso más adelante al enseñar "el bautismo por inmersión".

En el siglo XVIII, la enseñanza de la predestinación comenzó a hacerse obsoleta. Millones que nunca habían sentido miedo a los sacerdotes comenzaron a temer que Dios mismo los hubiera predestinado a la perdición. Juan Wesley recuperó del Nuevo Testamento la verdad de que la salvación es libre para todos: para "todo aquel que en él cree" (Juan 3:16).

Wesley fundó la Iglesia Metodista, que aceptaba los principios de "la Biblia y la Biblia solamente", "el sacerdocio de los creyentes", la Cena del Señor como un acto conmemorativo que por la fe traía un saludable sentimiento de la presencia de Cristo, y la doctrina de que la vida cristiana debía ser una transformación. Mantuvo el bautismo de los infantes, pero él y su iglesia permitieron el bautismo por inmersión a los que lo deseaban. (Elena Harmon fue bautizada por inmersión en la Iglesia Metodista.)

Lo que hicieron los metodistas fue típico de la actitud de otros cristianos. Aceptaron la verdad transmitida por los que fueron anteriores a ellos y añadieron nueva luz. De esa manera, la verdad de Dios era entendida cada vez con mayor claridad.

Durante todos los siglos, había también personas cristianas que aprendieron que "Dios no tortura a los pecadores después de la muerte, sino que les permite descansar. Wiclef creía en "el sueño inconsciente que media entre la muerte y la resurrección". Martín Lutero enseñó que "la muerte en Cristo es un sueño hermoso y dulce". En Inglaterra, el anglicano Francisco Blackburne, el bautista Mateo Caffyn, y el poeta puritano Juan Milton compartían esta creencia. En los Estados Unidos el ex ministro metodista Jorge Storrs y el ex ministro congregacionalista Carlos Fitch también enseñaron que la muerte es un sueño. Estos son unos pocos ejemplos de un gran número de personas que creían en la misma verdad.<sup>7</sup>

La referencia a Storrs y a Fitch nos recuerda que en la primera parte del siglo XIX ocurrió un gran despertar *interdenominacional* relacionado con el segundo advenimiento, en el cual la verdad acerca de la segunda venida de Jesús brilló con mayor lustre que nunca, desde el segundo siglo. De ese despertar se levantó la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Ana Smith fue bautista.

Raquel Oakes era bautista del séptimo día.

Hiram Edson, Federico Wheeler y Elena Harmon fueron metodistas.

José Bates y Jaime White fueron miembros de la Conexión Cristiana.

Stockbridge Howland fue congregacionalista.

Al hacerse adventistas del séptimo día, éstos y otros crecientes millares de personas en los primeros días del nuevo movimiento, no renunciaron a la hermosa verdad relativa a Dios que habían aprendido en sus anteriores

denominaciones. En lugar de esto, hallaron nueva gloria en ella al llegar a conocer conceptos aún más amplios y profundos.

La justificación por medio de Cristo, la victoria por el Espíritu Santo, la salvación sólo por la fe, la Biblia y solamente la Biblia como regla de fe, el sacerdocio de los creyentes, el bautismo por inmersión, el pronto regreso de Cristo —todo esto, y más todavía, los adventistas del séptimo día lo recibieron de sus iglesias anteriores—. A estas verdades agregaron el sábado (de los bautistas del séptimo día) y convirtieron su llama en una antorcha brillante.

Más que nadie antes de ellos, enseñaron que un Dios lleno de gracia y misericordia permite a los que mueren quedar en un estado de inconsciencia hasta la resurrección. Y por encima de todo, ofrecieron al mundo las nuevas emocionantes acerca del gran ministerio de Jesús ahora en el cielo.

De manera que cuando los adventistas afirman que tienen "la verdad", quieren decir que profesan la verdad que otros cristianos sostenían antes que ellos, y que tienen, además, la verdad presente, la verdad especial que se aplica particularmente a este tiempo.

El conocimiento de que Jesús está en el lugar santísimo, borrando los pecados, no era una verdad en los días de Martín Lutero, pues Jesús no estaba en el lugar santísimo entonces. Pero hoy sí lo está. Y las implicaciones de ese hecho son inmensas.

Cuando los adventistas invitan a un amigo a abandonar su denominación para hacerse adventista del séptimo día, no esperan que deje todo lo que sabe como metodista o bautista, o presbiteriano o católico. ¡Lejos de ello! Toda hermosa faceta de la verdad que aprendió acerca de Jesús en su iglesia anterior, la debe continuar albergando aún con mayor calor en la Iglesia Adventista, añadiendo a las cosas gloriosas que él ya sabe las grandes y vitales verdades descubiertas por los adventistas del séptimo día.

Cuando un adventista dice que tiene "la verdad", no se está jactando. No es *su* verdad. Es la verdad de Dios. Es la que Dios ha revelado, no para satisfacer la curiosidad, sino para esparcirla por doquiera y presentarla a cuantos quieran escucharla, a todos aquellos por quienes Cristo dio su vida y a los cuales vive para salvar.

Dios ha puesto su gloriosa verdad en *nuestras* manos. Y nos pide urgentemente, anhelosamente, que corramos con ella y la proclamemos por doquiera en el mundo.



## Capítulo 16

# Jesús y el juicio investigador

Si Juan y María, adventistas, pudieran levantarse muy temprano un sábado de mañana durante una primavera de la década de 1980, saltar a un artefacto volador que avanzara en sentido retrospectivo en el tiempo, para asistir a la iglesia con los adventistas del séptimo día de 1851, necesitarían estar preparados para algunas sorpresas muy reales.

Aunque encontrarán que los Howland o los Belden o los Chamberlain o los Arnold (o cualquier persona cerca de la cual se sentaran durante los servicios) aceptaban muchas doctrinas con las cuales Juan y María están familiarizados, pronto descubrirían que varios de los aspectos importantes del adventismo moderno estarían extrañamente ausentes en ese tiempo.

Por una parte, los servicios religiosos no se realizaban en una iglesia. Los adventistas observadores del sábado erigieron edificios de culto por primera vez en Battle Creek, Michigan y en Bucks Bridge, Nueva York, en 1855. Cuando Jaime White incluyó cierto himno metodista favorito en su obra *Himnos para el Pueblo Peculiar de Dios* en 1850, dejó fuera las palabras: "En este tu día, en esta tu casa".<sup>1</sup> Los primeros adventistas se reunían en sus propias casas, con varias familias que adoraban juntas bajo el mismo techo.

Muy probablemente no habría predicación el sábado de mañana cuando Juan y María llegaban de visita. En 1851, las filas del ministerio se habían ampliado para incluir a Guillermo Ingraham, Jorge Holt, y otros, que se sumaban a José Bates y Jaime White; pero de ninguna manera había suficientes predicadores para contar con uno en cada una de las reuniones semanales de la "manada esparcida". Por lo tanto, los sermones de sábado de mañana eran raros. En un sábado típico se cantaban himnos con el acompañamiento de un armonio u órgano accionado a pedal (si es que la familia que dirigía el culto era lo suficiente afortunada para poseer uno), un laico local leía pasajes de la Biblia y artículos de la *Review* en voz alta, se hacían comentarios al respecto, se ofrecían oraciones y, muy probablemente, se tenía una reunión de testimonios, durante la cual los creyentes se confesaban sus faltas el uno al otro o presentaban un testimonio de su fe.

Si Juan y María llevaban sus Biblias consigo, harían buen uso de ellas, pero sus carteras permanecerían sin abrir. Por indispensables que sean las ofrendas en las reuniones adventistas modernas, eran desconocidas en 1851. Muy raramente se oyó hablar de misiones en el extranjero hasta la

década de 1870, y los pastores adventistas de la década de 1850 a menudo realizaban sus deberes mayormente sin recibir pago alguno.

Juan y María recibirían una tremenda sorpresa al mediodía cuando, invitados al almuerzo, vieran carne de cerdo puesta sobre la mesa, y observarían a algunas de las otras personas invitadas al almuerzo iencender sus pipas mientras esperaban la comida!. El fumar, aunque apenas aprobado, era permitido con renuencia entre los hermanos en 1851. La primera visión abarcante sobre la reforma pro salud que tuvo Elena de White había de venir doce años más tarde.

Otro choque lo recibirían Juan y María como a las seis de la tarde. Estando la puesta del sol todavía varias horas más adelante, los visitantes observarían incrédulos que sus hermanos de 1851, exactamente a las seis, emprendían de nuevo sus deberes ordinarios de la semana. No sería sino hasta noviembre de 1855 cuando los pioneros adventistas descubrirían que "de tarde a tarde" (Levítico 23:32) significa desde la puesta del sol hasta la puesta del sol, más bien que, como ellos suponían, de seis a seis de la tarde.

Y si durante la cena, antes de volar de vuelta a la década de 1980, Juan y María hablaran ansiosamente acerca de la condición laodicense de la iglesia, se encontrarían con miradas de incomprensión. Los adventistas observadores del sábado aplicaban el mensaje de Laodicea a los adventistas que guardaban el domingo, hasta que recibieron una luz más clara (y más embarazosa) en 1856.

Todos estos puntos señalan el hecho de que el descubrimiento de nueva luz no finalizó con el establecimiento de las doctrinas características<sup>2</sup> de fines de la década de 1840. Grandes y nuevas verdades continuaron recibéndose en la década de 1850, y en la de 1860 (notablemente la referente a una vida sana). También en la década de 1870 (respecto a misiones en el extranjero y educación); en la de 1880 (una comprensión más profunda de la justificación por la fe), y en la de 1890 (una captación más completa de la persona de Cristo). De hecho, el conocimiento adventista de la Biblia continuó avanzando considerablemente después de 1900, y especialmente en los decenios de 1950, 1960 y 1970.

Pero regresamos a la década de 1850. Vale la pena examinar una creencia particular que se había desarrollado durante ese período, muy característica del movimiento adventista: la doctrina del "juicio investigador".

Cuando preguntamos hoy: ¿Qué nueva obra comenzó Jesús en 1844?" Un adventista instintivamente contesta: "El juicio investigador". Para nuestra sorpresa, cuando el amigo de Hiram Edson escribió acerca de la grandiosa luz nueva sobre el día de expiación en el *Day Star Extra*, la publicación de la cual Elena Harmon dijo que estaba "totalmente autorizada por el Señor para recomendarla a todo santo", el autor no dijo una sola palabra acerca del juicio investigador! Su énfasis, en cambio, era

sobre la obra de Cristo de borrar nuestros pecados en el santuario y de la purificación de la gente.

Probablemente eso fue providencial. El propósito primario del día de expiación antiguo era, por cierto, el borramiento del pecado en el santuario y la purificación de los hijos de Dios. El Señor instruyó a Moisés que el sumo sacerdote debía entrar en el lugar santísimo para hacer "la expiación por el santuario santo", y para hacer "expiación por vosotros, y seréis limpios de todos vuestros pecados delante de Jehová" (Levítico 16:33,30).

Pero el día de expiación era *también* un día de juicio. Se esperaba que los israelitas afligieran sus almas ese día. Debían escudriñar sus corazones profundamente para ver si estaban realmente arrepentidos de los pecados que habían confesado día tras día durante el año anterior. Todo israelita que no lo hiciera debía ser examinado por los ancianos y cortado de la congregación. (Levítico 23:29.) Pero el día de expiación no era primariamente *un día de juicio*, sino, sobre todo, *un día de íntima comunión con Dios y de purificación final del pecado*. Los que habían apostatado eran desligados de la congregación entonces, no tanto por ser un día de juicio, cuanto porque era *un día de suprema oportunidad espiritual*, y ellos *no le prestaron atención*.

La mayoría de los milleritas asociaban el juicio con la purificación del santuario, no porque hubieran encontrado juicio en el día de expiación de Levítico 16, sino porque el fin de los 2.300 días de Daniel 8:14 era paralelo a la escena del juicio de Daniel 7:9-14, un acontecimiento que interpretaban erróneamente como la segunda venida de Cristo. Josías Litch, sin embargo, al comienzo de 1840, y otros adventistas inmediatamente después, llegaron a ver que el juicio de Daniel 7 tenía que *preceder* a la segunda venida. Cuando Jesús no llegó el 22 de octubre de 1844, algunos líderes milleritas, incluso Miller mismo, sobre la base de muchos pasajes bíblicos, discernieron que el juicio del día de expiación de Daniel 7 comenzó en esa fecha. Pero como Jesús no apareció, abandonaron la idea.

En 1846, Otis Nichols escribió a Miller animándolo a creer que, en verdad, el juicio había comenzado en 1844. Bates exhortó a otros adventistas desilusionados a creer lo mismo en *Second Advent Waymarks and High Heaps* y en otros folletos (1848-1850). En 1850 y años siguientes aparecieron varios artículos sobre el tema en la *Review*. En 1857 Jaime White le dio el nombre de "juicio investigador".

Es evidente que el mensaje del primer ángel ("la hora de su juicio ha llegado") precede a los mensajes del segundo y tercer ángeles. Por lo tanto, la hora del juicio de Dios debe realizarse antes del fin del mundo, porque tiene que transcurrir un tiempo para que estos dos últimos mensajes se prediquen. Es decir, después que el juicio comience.

El juicio del día de expiación en el antiguo Israel tenía que ver *solamente con el pueblo de Dios*. Abarcaba a los que habían confesado sus pecados durante el año. Eran los pecados de esas personas los que tenían

que ser borrados. Y eran los israelitas, y *no los gentiles*, los que estaban sujetos a ser "cortados".

Jesús se refirió a este juicio especial de los creyentes en sus parábolas. Habló de los pescadores que recogen toda clase de peces (convertos) en su red (la iglesia) y luego se sientan (en el juicio) para conservar lo bueno y desechar lo malo. (Véase Mateo 13:47-50.) Contó el caso de un rey que había invitado a todos a la fiesta de bodas de su hijo, pero precisamente antes de la comida, inspeccionó a los huéspedes para ver si todos los que habían aceptado la invitación también se habían puesto el vestido de bodas que él había provisto gratuitamente. Encontró a un hombre que pensó que su propia ropa era suficientemente buena, y por lo tanto, no se puso el manto gratuito que debía cubrirlo. El rey ordenó que lo expulsaran de la cena. (Véase Mateo 22:1-14.)

También Jesús habló de un hombre que debía a su empleador 10.000 talentos. Cuando pidió misericordia, se le perdonó toda la deuda. Pero cuando salió y abusó de un colaborador que le debía cien denarios, el patrón decidió enviarlo a la cárcel. "Así también —concluyó Jesús—, mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonareis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas" (Mateo 18:23-35).

Cuando en 1844 Jesús inició su obra de juicio previo al segundo advenimiento, comenzó una investigación en los registros de los santos para ver si *los que habían aceptado* su invitación a la salvación *se pusieron el manto* de su justicia; para constatar si recibieron el perdón de sus pecados equivalentes a 10.000 talentos al momento de la conversión, *más tarde habían perdonado* a otras personas que les debían cien denarios.

Una doctrina tan importante como ésta ha ocupado los pensamientos de los adventistas del séptimo día desde los años en que fue descubierta. Elena de White escribió acerca de ella frecuentemente y con claridad. Dijo, por ejemplo, que el ministerio final de Cristo en el santuario celestial es por cierto un tiempo de juicio, en el cual cada nombre escrito en el libro de la vida del Cordero es examinado uno a la vez, y que algunos nombres son conservados, en tanto que otros son borrados. (Véase Apocalipsis 3:5; 21:27; 22:19.)

Ahora bien, Daniel 7 dice que este juicio se realiza para que el "reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo". Su gran punto culminante, por lo tanto, a diferencia de lo que pasa con muchos tribunales terrenales, no es mayormente la condenación de los acusados, sino la *justificación de los redimidos*.

Debido a que Dios realmente anhela honrar a su pueblo en este juicio, trae a la consideración el libro de memorias (Malaquías 3:16), donde todo acto de justicia realizado por su pueblo, "toda tentación resistida, todo pecado vencido, toda palabra de tierna compasión, están fielmente consignados", junto con todo sacrificio y dolor padecido por la causa de Cristo.<sup>4</sup>

Por supuesto que Dios conoce el veredicto de antemano. Pero realiza el juicio en la presencia de innumerables ángeles (Daniel 7:10) para que ellos puedan saberlo también. Anhela que todo habitante no caído del universo entero esté orgulloso de los santos del Señor, terrenales pero fervientes, que pronto compartirán la delicia de la eternidad con ellos. El juicio, dijo Elena de White en 1898, se "realiza en la presencia de otros mundos, [de manera que] el amor, la integridad, el servicio del hombre en favor de Dios *pueda ser honrado en grado máximo*".<sup>5</sup>

¡Maravillaos, oh cielos! ¡Maravillate tú también, oh tierra!

"Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día en que yo actúe". Este pasaje no habla de piedrecitas o de piedras, sino de joyas, "tesoros" (Malaquías 3:17).

En la estimación del carácter Dios no comete errores. Notemos las palabras de Elena de White: "¡Qué pensamiento tan solemne! Cada día que transcurre lleva consigo su caudal de apuntes para los libros del cielo... Nuestros actos, nuestras palabras, hasta nuestros más secretos motivos, todo tiene su peso en la decisión de nuestro destino para dicha o desdicha".<sup>6</sup> Los "creyentes" que no han crecido en gracia no podrán entrar en la Santa Ciudad.

Pero cuando Cristo ve que un hijo suyo se ha aferrado firmemente a él hasta el fin, reclama triunfalmente en favor de esa persona justificación completa y total. Acerca de ese tiempo glorioso cuando los pecados de los justos serán borrados en forma definitiva, completa y para siempre, Elena de White escribió: "Cristo vestirá a sus fieles con *su* propia justicia... Así se realizará el *cumplimiento total* de la promesa del nuevo pacto: 'Perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado'. En aquellos días y en aquel tiempo, dice Jehová, la maldad de Israel será buscada, y *no aparecerá* (Jeremías 31:34; 50:20)".<sup>7</sup>

Parece incomprensible: "No me acordaré más de su pecado". ¿Puede el Dios infinito olvidar algo? ¿No están las cosas del pasado, del presente y del futuro todas siempre en su omnisciencia?

Pero la Biblia no dice que Dios no puede recordar nuestros pecados, sino que no se acordará más de ellos.

¡Cuánto revela esto respecto a nuestro Padre celestial! ¡Con cuánta ansia debe esperar este momento del borramiento de nuestros pecados! ¡Cuán profundamente ha anhelado, desde que empezó la rebelión, limpiar el universo y a su pueblo de la transgresión y eliminarla de una vez para siempre! Cuando cierra los casos de su pueblo decidiendo en su favor, no se acordará más de sus faltas, no porque no pueda hacerlo, sino porque enfáticamente y con todo amor no quiere hacerlo.

Cuando los pecados de los santos sean borrados, no *tendrán* la pretensión de ser impecables. No necesitan. Reclaman la impecabilidad de *Cristo* y se aferran a ella.

El recuerdo de que estaban muy lejos de la gloria de Dios, y la conciencia que tienen de que dependen totalmente de Jesús para su

salvación y su seguridad, es suficiente para impedir cualquier pretensión de justicia propia. Sin embargo, cuando termina la gracia y empieza el tiempo de angustia de Jacob,<sup>8</sup> aun cuando los santos "sienten un profundo sentido de su indignidad, no tienen pecados escondidos que revelar".<sup>9</sup>

Sus pecados confesados están borrados, y no han dejado ninguno sin confesar. "Han ido delante de ellos al juicio".<sup>10</sup> Han sido "conducidos a la tierra del olvido".<sup>11</sup> "Sus pecados han sido... borrados".<sup>12</sup> Y los heraldos del cielo anuncian con gozo: "Estáis limpios de todos vuestros pecados delante del Señor".

¿Pero, pueden los pecados ser meramente borrados de los registros del Cielo? Supongamos que después, los santos cometen nuevas faltas. ¿Qué habría significado el borramiento?

Dios puede borrar los pecados de los que mueren en la fe sencillamente juzgando sus registros. Están muertos y no pueden pecar otra vez. ¿Pero no será vitalmente distinto para los que *están vivos* cuando su caso sea examinado en el juicio? ¿Pueden sus pecados ser borrados en el Cielo a menos éstos sean completamente vencidos en la tierra? El borramiento de los pecados debe realizarse primero en los corazones de los santos vivos antes que se proceda a eliminarlos de los libros de registro.

Elena de White escribió muy seriamente acerca de esto en *El Conflicto de los Siglos*: "Ahora, mientras que nuestro gran Sumo Sacerdote está haciendo propiciación por nosotros, debemos tratar de llegar a la perfección en Cristo. Nuestro Salvador no pudo ser inducido a ceder a la tentación... Cristo guardó los mandamientos de su Padre y no hubo en él ningún pecado de que Satanás pudiera sacar ventaja. Esta es la condición en que deben encontrarse los que han de poder subsistir en el tiempo de angustia".<sup>13</sup>

El mismo año en que estas líneas aparecieron, Elena de White pronunció un sermón<sup>14</sup> un sábado por la tarde en el congreso de la Asociación General de 1888, realizado en Minneapolis, en el cual recordó a la congregación que "ahora Cristo está en el santuario celestial". Luego preguntó: "¿Qué está haciendo él?"

"Haciendo expiación por nosotros —contestó ella misma—; purificando el santuario de los pecados del pueblo".

¿Y entonces? "Entonces debemos entrar por la fe en el santuario con él; debemos comenzar la obra en el santuario de nuestras almas. Hemos de limpiarnos a nosotros mismos de toda contaminación. Debemos limpiarnos a nosotros mismos de toda inmundicia de la carne y del espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios".

¿Debemos hacerlo nosotros? ¿Debemos limpiarnos de toda nuestra contaminación? ¿Está esto en la Biblia?

¡Por cierto que está! Ella citó el pasaje de 2 Corintios 7:1. Y Santiago 4:8 añade: "Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones".

Refiriéndose a la multitud que en los Cielos está vestida de blanco, Apocalipsis 7:14 los describe no como personas cuyos mantos Cristo ha lavado, sino como seres que "han lavado sus ropas, y las han blanqueado en la sangre del Cordero". ¿Dónde las han lavado? En la sangre del Cordero, por supuesto. No hay otra fuente de justicia. Pero llevaron sus ropas a la sangre; Jesús no hizo el lavamiento por ellos mientras dormían. Elena de White, escribiendo en 1882, declaró en forma clara que muchos desean que la justicia sea puesta sobre ellos como un manto. La multitud de los redimidos vestidos de blanco, está compuesta de los que han lavado sus ropas, y las han blanqueado en la sangre del Cordero. Cristo ha presentado el asunto de esta manera: "Agonizad para entrar por la puerta estrecha; porque muchos tratarán de entrar, y no podrán".<sup>15</sup>

Todas las cosas dependen de nuestra relación con Cristo, nuestra entera sumisión a la voluntad y a la obra del Salvador. Aunque nuestro Sumo Pontífice está ocupado en su obra de expiación final, nosotros, a semejanza de los israelitas de antaño, debemos afligir fervorosamente nuestras almas, nuestras almas orgullosas y llenas de suficiencia propia; porque si no hacemos esto, nosotros, como ellos, seremos cortados, no porque hayamos pecado (el mismo propósito de la expiación es perdonar pecados), sino porque Jesús estaba empeñado en una obra muy especial de gracia, y nosotros no le prestamos atención.

Gracias a Dios, la misericordia de Cristo es un poderoso detergente purificador. Si nos sometemos a él, podemos convertirnos en personas limpias, de una fragancia exquisita para la eternidad. "El es como fuego purificador, y como jabón de lavadores", dice Malaquías 3:2; y luego, hablando de la obra que Jesús está realizando ahora en el santuario celestial, Malaquías añade en el próximo versículo: "Limpiará a los hijos de Leví".

¡El purificará a los hijos de Leví! En el caso del Israel antiguo los sacerdotes eran los hijos de Leví. Puesto que todos los creyentes en Cristo son llamados ahora sacerdotes (1 Pedro 2:9; Apocalipsis 1:6), esta promesa de purificar "a los hijos de Leví" es también una promesa de limpiar a todo cristiano que aprovecha la oportunidad. La purificación del santuario, pues, involucra el limpiamiento del pueblo que mira al santuario. El borramiento de los pecados no tiene que ver meramente con los registros, sino también con las actitudes; no meramente con la cantidad de pecados confesados, sino también con la calidad de la vida cambiada.

Aquí es donde aparece la verdad del sábado. Este día exige la misma santidad que se requiere para el borramiento de los pecados en la experiencia diaria de una persona. "A fin de santificar el sábado, los hombres mismos deben ser santos... Cuando fue dado a Israel el mandato: 'Acordarte has del día de reposo para santificarlo', el Señor también les dijo: 'Me seréis varones santos'".<sup>16</sup> (Véase Exodo 20:8; 22:31).

Ahora bien, "la santidad no es éxtasis: es una entrega total de la voluntad a Dios; es vivir de toda palabra que sale de la boca de Dios; ...es confiar en Dios en la prueba...; es hablar por fe...; es... descansar en su amor".<sup>17</sup>

A fin de santificar el sábado en un sentido pleno, la persona vivirá el día entero con su voluntad en completa sumisión al poder y la santidad de Cristo: viviendo por la Palabra, caminando por fe, descansando en amor. ¿Quién puede hacer esto todo el día sábado a menos que lo practique todos los días durante la semana entera? Así la verdadera observancia del sábado y el borramiento del pecado son una misma cosa.

Pero el sábado no solamente exige santidad, también señala la única posible fuente de santidad. "Y les di también mis días de reposo, para que fuesen por señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy Jehová que los santifico" (Ezequiel 20:12).

*Mientras Cristo está junto a los Diez Mandamientos en el lugar santísimo borrando los pecados en el Cielo*, por su gracia derrama una luz preciosa sobre el mundo para ayudar a hombres y mujeres, a jóvenes y niñas, a alcanzar la norma que los capacitará para estar en pie en el tiempo de angustia después que Jesús abandone el santuario celestial. "Desde el lugar santísimo —escribió Elena de White en 1887—, se realiza la gran obra de instrucción".<sup>18</sup> El aceptar esta obra de instrucción, el creer en ella, el cooperar con ella, sea el precio que haya que pagar, es parte de lo que involucra llevar la vida de uno a Cristo para ser lavada, para tener borrados sus pecados en un sentido experimental. "Debe ser una purificación de las almas aquí en la tierra, en armonía con la purificación que Cristo hace del santuario en el cielo."<sup>19</sup>

La instrucción relativa al *santuario* nos informa lo que Jesús, el Cordero del Calvario, está haciendo ahora; y, además, nos dice que vivimos en un momento particularmente crucial de la historia humana.

*El sábado y el santuario* nos recuerdan juntos que mientras en el lugar santísimo Jesús quita los pecados de los registros, también trata en una forma única de quitar los pecados de la vida del pueblo.

El mensaje del *sellamiento* señala el momento culminante cuando por medio de una relación indisoluble con Jesús, y una comprensión inteligente del sábado y del santuario, el pueblo de Dios será establecido en la verdad, tanto intelectual como espiritualmente, de manera que no pueda ser movido.

La doctrina del *sueño de los muertos* nos advierte en contra de la suposición de que la gente va al cielo o al infierno cuando muere, una creencia que hace que no tenga sentido cualquier día de juicio. ¿Por qué juzgaría Dios a personas después que han sido enviados al cielo o al infierno?

Dentro de este contexto total, el *espíritu de profecía* manifestado en las labores de Elena de White se ve como una serie de mensajes enviados por

nuestro Sumo Sacerdote, para guiar con amor a sus seguidores a la genuina y cristiana santidad de carácter que él tanto anhela.

Todos estos conceptos en conjunto constituyen una obra verdaderamente grande de expiación —unificación— en la cual Jesús trata de vincular a su pueblo con un lazo final y eterno de unidad consigo mismo.

Jaime White escribió en 1868: "Los adventistas del séptimo día se espacian en este tema [de Cristo en el santuario] con gran delicia... Lo tratan... en sus sermones y en sus libros, y encuentran lugar para el mismo entre los símbolos proféticos de sus diagramas... Es el gran centro alrededor del cual convergen todas las verdades reveladas relativas a la salvación, y contribuye más que ninguna otra a definir su actual posición".

Aunque la gran verdad de Jesús y el juicio investigador llegó a ser clara por primera vez en la década de 1850, el movimiento estaba creciendo a un paso muy rápido, y la necesidad de una organización central, muy temida por algunos, era fuertemente defendida por otros. Ahora nos volvemos de los asuntos doctrinales, al crecimiento, y a la organización de la Iglesia Adventista del Séptimo Día a través de los años.



## Capítulo 17

### Necesidad de un "orden evangélico"

"Debo decir, queridos hermanos, que espero que decidamos qué nombre vamos a tener; cómo queremos ser llamados. Yo me encuentro muy a menudo con amigos que me preguntan el nombre de nuestro pueblo; y me resulta muy embarazoso no poder darles ninguno. Ponemos nombres a nuestros hijos cuando tienen pocas semanas o pocos meses de edad. Al empezar a trabajar en esta obra, cuando la causa era joven y los individuos que la habían abrazado eran pocos, no veíamos la necesidad de tomar este paso. Pero me parece que el niño ahora está tan crecido que resulta excesivamente embarazoso no tener un nombre para él".<sup>1</sup>

Así habló el pastor Jaime White el domingo 30 de septiembre de 1860, por la mañana, a una de las conferencias más significativas relizadas en la historia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Por fin, dieciséis años después que había nacido el movimiento del sábado y del santuario, los hermanos se estaban imponiendo la tarea de elegirle un nombre.

La conferencia en cuestión se había iniciado la noche anterior, inmediatamente después de terminar el sábado, y continuó hasta que esa tarea quedó terminada el lunes de mañana. Los delegados se reunieron en la segunda iglesia adventista de Battle Creek. La primera, edificada solamente cinco años atrás, resultó demasiado pequeña para la asamblea. Pero esta segunda, que podía acomodar a trescientas personas, por el momento era demasiado grande para la congregación local. Sin embargo, los enérgicos hermanos adventistas de Battle Creek la habían planeado para que fuera un centro de grandes conferencias adventistas. Aun así, apenas soñaron que pronto se necesitaría una tercera iglesia, y luego se levantaría una cuarta con capacidad para casi 4.000 personas.

Desde mucho tiempo atrás, los primeros adventistas observadores del sábado se oponían a estructurar una organización de la iglesia. Eso era desacostumbrado en aquellos días. Los protestantes norteamericanos todavía debatían enérgicamente la cuestión de si el Espíritu Santo trabajaba mejor por medio de congregaciones independientes o a través de una denominación unida por presbiterios, conferencias o asambleas generales. Los metodistas y los presbiterianos creían en una amplia cooperación denominacional, pero los bautistas y los congregacionalistas argüían en forma igualmente fuerte para mantener la autonomía de las congregaciones locales.

En la década de 1850, Jaime y Elena de White, así como otras personas, instaron a que se realizara una forma de organización

presbiteriana; pero al principio, no todos los hermanos estaban de acuerdo con ellos. En particular, el establecimiento de una nueva denominación era temida por muchos que fueron antes milleritas. Habían pertenecido a las denominaciones protestantes establecidas de aquella época y, de hecho, habían figurado entre los miembros más dedicados de las mismas. Pero las iglesias que amaban se habían vuelto contra ellos, ridiculizando su esperanza adventista, y expulsándolos de su seno.

En su perplejidad, los milleritas habían buscado una explicación en las Escrituras, y la habían descubierto en Apocalipsis 14:6-8. Después del mensaje del primer ángel relativo a la hora del juicio, que ellos estaban entonces proclamando, notaron que el mensaje del segundo ángel decía: "Ha caído, ha caído Babilonia". Vinculaban esto con el llamado de Cristo que se encuentra en Apocalipsis 18:1-4: "Salid de ella (de Babilonia) pueblo mío", y con otros pasajes en otras partes de Daniel y Apocalipsis. La conclusión parecía clara.

Las iglesias que los habían tratado tan desconsideradamente rechazaban la verdad crucial y de esa manera llegaron a ser iglesias "caídas", tan seguramente como que "Babilonia" era la madre iglesia caída (o la "ramera"), y como que de ella habían salido esas iglesias en los tiempos de la Reforma y en épocas posteriores. Estaban sinceramente temerosos de que si instituían otro cuerpo religioso, ellos también, a su tiempo, rechazarían nuevas verdades bíblicas y perseguirían a los verdaderos hijos de Dios. Debido a que tan recientemente habían salido de Babilonia, es comprensible que no tenían ningún deseo de encontrarse otra vez en una nueva Babilonia.

¿Pero qué es lo que hace de un grupo de cristianos una "Babilonia"?

El error, por supuesto. Pero las iglesias que los expulsaron de su seno, ¿se caracterizaban por algunas otras cosas?

En el importante periódico millerita llamado *The Midnight Cry* (El Clamor de Medianoche), en el número del 15 de febrero de 1844, Jorge Storrs advirtió a los creyentes que en ese momento eran expulsados de sus iglesias, lo siguiente: "Cuidados de tratar de manufacturar otra iglesia. Ninguna iglesia puede organizarse por invención humana sin convertirse en Babilonia en el momento en que lo hace". De manera que la organización era temida por muchos como una marca distintiva de Babilonia.

Los milleritas fueron excomulgados porque sus ideas adventistas eran consideradas contrarias a los credos de sus denominaciones. Por lo tanto, muchos adventistas creían que debían evitar los credos, porque de lo contrario se convertirían de nuevo en Babilonia.

Y un día, cuando Roswell F. Cottrell, un firme converso de ascendencia hugonote, que anteriormente había sido bautista del séptimo día (y como tal "un congregacionista" muy estricto), reexaminó el capítulo 11 de Génesis para estudiar la historia de la fundación de la primitiva ciudad de Babilonia, quedó impresionado con las palabras de los edificadores: "Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide

llegue al cielo; y *hagámonos un nombre*, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de la tierra".

¡Hagámonos un nombre! El 22 de marzo de 1860, el pastor Cottrell escribió en la *Review* que en su opinión sería erróneo adoptar un nombre denominacional, puesto que "esa práctica "yace en el fundamento de Babilonia".

Por extraños que nos parezcan hoy los argumentos acerca de organización, credo y nombre, éstos sonaban entonces como una nota válida de advertencia. La ramera que se llama Babilonia en Apocalipsis representa una iglesia o grupo de iglesias. Y una iglesia es un cuerpo organizado de cristianos que sostienen un conjunto característico de creencias, o sea un credo. Además, debido a que una iglesia se adhiere a ellas, tiende a considerar las otras como herejía. Y por causa de que una iglesia está unificada mediante una estructura organizada, tiene el ánimo de proseguir. Cuando reflexionamos sobre el dolor y el pesar que los milleritas sufrieron al ser expulsados de sus respectivas iglesias, podemos entender mejor su hesitación. Organización, credos y nombres pueden ser perjudiciales.

También es cierto, por supuesto, que la ausencia de estas cosas puede ser dañina.

No todos los adventistas del séptimo día se oponían a la idea de la organización. Jaime White estaba de acuerdo con ella. En 1850 expresó la esperanza<sup>2</sup> de que la iglesia pronto se reuniera y avanzara para establecer un orden evangélico. Abogó por ese orden en la *Review*. Usaba la expresión "orden evangélico" para expresar su convicción de que la moderna organización de la iglesia debe seguir las directivas y los modelos que se hallan en el Nuevo Testamento.

El joven J. N. Loughborough y el maduro José Bates vigorosamente secundaron sus esfuerzos. Pero los más conservadores se mantenían en la retaguardia. Y así, sin nombre, sin organización y sin credo, los observadores del sábado se referían a sí mismos como la "manada pequeña", "las ovejas esparcidas", "el remanente", "los santos" o "los amigos".

A pesar de su temor a una unidad basada en una organización y en un credo, estos primeros adventistas se consideraban a sí mismos, con toda convicción, como miembros de la verdadera iglesia. Y se mantenían ligados en una verdadera unidad por diversos factores.

Es evidente que lo que los mantenía juntos, especialmente en los primeros años, es decir de 1845 a 1850, era su experiencia común. Casi todos ellos eran ex milleritas que habían pasado por el chasco de 1844. Otros factores unificadores incluían sus numerosas conferencias, la dinámica dirección de José Bates y de los jóvenes White, las visiones de Elena, y más especialmente aún, sus doctrinas características.

Debido a que "la verdad presente" significaba tanto para ellos, escribían artículos y folletos para propagar esa verdad. A su vez, se unían por esas publicaciones. Por un tiempo se les permitió el uso del *Day Star*,

editado por Enoc Jacobs, de Cincinnati. Cuando Jacobs se hizo miembro de la congregación de los shakers (tembladores), usaron el *Day-Dawn* de Crosier, por un corto período. Pero en 1849 comenzaron a publicar un periódico propio, *Present Truth*, que pronto fue reemplazado por la *Review & Herald*. Los creyentes mandaban por correo cartas y artículos a Jaime White, y se animaban al leer acerca de la fe y la experiencia de otros creyentes, publicadas ahora en su propio periódico.

Esto constituía suficiente aglutinante para mantenerlos unidos mientras eran solamente unos pocos centenares, y no tenían ninguna institución; pero en la década de 1850 adquirieron una casa editora, y su número se expandió tal vez de unos doscientos a unos tres mil, un aumento de casi treinta por ciento por año; o sea, aproximadamente seis veces el que se registró en la década de 1970. En verdad, parecen haber aumentado a unos dos mil en los primeros dos años de la década,<sup>3</sup> una increíble proporción de más de doscientos por ciento por año, aunque ésta quedó desgraciadamente reducida por algunas apostasías y separaciones en los años siguientes.

Con este crecimiento numérico vino también la expansión geográfica a Michigan, Illinois, Wisconsin, y al este y oeste de Canadá; y también se produjo un salto a la dorada California. Inevitablemente, las condiciones que se desarrollaron requerían elementos de organización adicionales y más avanzados. También muchas personas que no habían sido milleritas y que, por lo tanto, no tenían temor a la organización de la iglesia, se unieron también al movimiento.

En noviembre de 1851 se envió un informe a la *Review* desde la cuna del adventismo observador del sábado, Washington, New Hampshire, dando cuenta que "se había elegido una comisión de siete (véase Hechos 6) para atender las necesidades de los pobres".<sup>4</sup> Los creyentes de Washington no permitieron que su temor a la organización les impidiera realizar su deber cristiano para con los que eran menos afortunados. Pero no se atrevieron a llamar "diáconos" a los siete hombres. ¡Después de todo, el capítulo 6 de los Hechos no usó el término "diáconos" tampoco! Sea como fuere, poco tiempo después empezaron a aparecer informes de otros lugares acerca de la ordenación de hombres para la tarea de diáconos. Por ejemplo, de Fairhaven, la ciudad de José Bates.

Más significativa todavía que la ordenación de diáconos es la de ministros. Con el incremento extraordinario de miembros vino un aumento correspondiente de hermanos que predicaban: hermanos que daban conferencias, hermanos que viajaban, hermanos mensajeros, o misioneros, o de cualquier otra manera que fueran designados. Aparecen nombrados más de 45 en la *Review* entre 1852 y 1853, un poco más que dos por ciento de la feligresía. Siendo que no había un cuerpo oficial para "llamar" a los hombres, todos eran voluntarios. Muchos de ellos, como Hiram Edson, predicaban en tiempo frío, y en la estación más templada trabajaban para ganarse la vida. Mucho de su esfuerzo espiritual lo empleaban, no para

confirmar a los fieles, sino en favor de los observadores del domingo, interesados en el mensaje del tercer ángel por los observadores del sábado. Viajaban de aquí para allá, desde Maine hasta Wisconsin, respondiendo a llamados publicados en la *Review*, que hacían hermanos laicos activos o solitarios localizados en lugares aislados. Durante un fin de semana o durante una semana o dos, posiblemente realizaban un bautismo de tres o cuatro en un río o un lago, y luego continuaban viaje para responder a otro llamado.

Algunos de estos hombres habían sido ordenados al ministerio por las iglesias a las cuales habían pertenecido antes. Por ejemplo, Federico Wheeler, José Baker, M. E. Cornell, Juan Byington y Jaime White. Otros, tal vez la mayor parte, eran miembros laicos dedicados, como J. P. Kellogg, Otis Nichols, H. S. Gurney, Stockbridge Howland, y muchos más. Pocos hombres, aun de los ordenados, recibieron una educación formal; y no todos continuaban mucho tiempo en sus esfuerzos. El cordial Hno. E. L. H. Chamberlain demostró ser un mejor mezclador de pinturas que un pastor, y después de probar su talento por un tiempo, por sugerencia de Elena de White se retiró para continuar con su oficio anterior.

Se entendía generalmente que nadie podía "celebrar las ordenanzas de la casa del Señor", es decir, presidir la cena del Señor y realizar el bautismo por inmersión,<sup>5</sup> sin haber sido primeramente ordenado. Esto, por supuesto, era un serio obstáculo para el interés que se iba extendiendo rápidamente entre vecinos y amigos.

La primera ordenación conocida de un pastor por los adventistas del séptimo día —una ocasión más bien informal según las normas establecidas más tarde—, ocurrió en East Bethel, Vermont, durante el verano de 1851. La Hna. F. M. Shimper informó más tarde a la *Review*<sup>6</sup> que el Hno. Washington Morse había sido "puesto aparte" por la imposición de manos, para que realizara la administración de las ordenanzas de la casa de Dios". Aparentemente, esta ordenación fue realizada por Jorge Holt, que había sido ministro ordenado en su anterior denominación.

Una ordenación mucho más formal<sup>7</sup> ocurrió el lunes 5 de septiembre, dos años más tarde, en lo que se conoció como la "Conferencia de Potsdam", debido a que se realizó en Bucks Bridge, distrito de Potsdam, del condado de St. Lawrence, Nueva York. Juan Byington preparó un lugar sombreado frente a su casa para acomodar a unas trescientas personas para una reunión que se realizaría el "primer día" (domingo), a la cual se había invitado a la gente. El y su esposa se sintieron recompensados por su trabajo cuando ochenta creyentes asistieron el sábado, incluyendo dos hermanas que recorrieron más de cien kilómetros en carruaje privado, y más tarde informaron que habían sido bien alimentadas por la fiesta espiritual. Jaime y Elena de White vinieron de Rochester; pero, debido a que el pastor White estaba algo enfermo, dejó que el brillante joven Juan Andrews tuviera a su cargo la mayor parte de la predicación. El domingo por la noche realizaron un servicio a dos millas de distancia en Grass

River, en la Iglesia Wesleyana de Morley, donde los buenos wesleyanos se reunieron para escuchar la predicación sin ningún prejuicio contra Juan Byington por haberlos dejado un año antes para unirse al grupo adventista.

Pero el clímax vino el lunes de mañana, probablemente en el hogar de Byington. "Se hicieron observaciones con respecto a la importancia del orden en la iglesia", presumiblemente por parte de Jaime White, que con seguridad debe haberse sentido mejor entonces. Se presentó "un testimonio sencillo", presumiblemente por Elena de White. Lágrimas de arrepentimiento y de compañerismo rodaron por las mejillas. Y se realizó la ordenación de un dedicado obrero laico que tenía poco más de veinte años, Horacio W. Lawrence, de West Bangor, Nueva York. El Hno. Lawrence había sido bautizado en 1842 en la "Iglesia Cristiana", se unió con los milleritas en 1843, pasó por el chasco de 1844, obtuvo licencia de los adventistas del primer día como un exhortador, y luego fue rebautizado en el mensaje del sábado por José Bates. Probó ser un testigo laico muy efectivo, y aun ayudó a ganar a Juan Byington y a su esposa a la causa del sábado, lo cual resultó un gran premio a sus esfuerzos. Además, unas pocas semanas antes, arrebatado por un celo y un sentido de necesidad, había celebrado un bautismo y la cena del Señor en favor de algunos creyentes aislados sin haber sido ordenado.

Los que lo conocieron mejor estaban convencidos de que era tiempo de imponerle las manos. Los otros estuvieron de acuerdo. Y así, el pastor White escribió más tarde: "Pareció bien al Espíritu Santo y a nosotros apartar a nuestro querido Hno. Lawrence para la obra del ministerio evangélico, para administrar las ordenanzas de la iglesia de Cristo, por la imposición de las manos. La iglesia —agregó White— estaba unánimemente de acuerdo con esto".

De paso, al arrodillarse los hermanos dirigentes para la oración de ordenación —Juan Byington y H. G. Buck, ministros recientemente convertidos del wesleyanismo; Jaime White, ordenado en la Conexión Cristiana, y Juan Andrews—, nadie anticipaba que tres de ellos llegarían a ser los primeros tres presidentes de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día.

En ese tiempo no había Asociación General. No había siquiera Iglesia Adventista del Séptimo Día, estrictamente hablando.

Además del clamor por aumentar el número de obreros en el movimiento que crecía, otra crítica situación que también requería por lo menos una semejanza de organización era el manejo de la situación que planteaban una y otra vez los problemas en la iglesia y los apóstatas.

Rutinariamente Jaime White o algún otro dirigente reconocido atendía estos problemas cuando hacía sus visitas periódicas a las congregaciones donde vivían las personas que causaban perturbación. Las dificultades eran francamente discutidas con oración, y se tomaba un voto abierto. Luego la *Review* publicaba la noticia de que "los hermanos" en tal lugar "se sintieron llamados a retirar de la feligresía a una persona que ha caído en peligrosos

errores y los está enseñando"; o que en otro lugar "existía un estado de cosas más bien desfavorable como consecuencia de la influencia perniciosa de un profeso maestro a quien tuvimos necesidad de separar de la feligresía".<sup>8</sup>

Poco después que aparecían estos informes, podría aparecer también una confesión de la persona que había seguido una conducta pecaminosa, en esta forma: "Puedo decir libremente, que... (lo que hice) estaba equivocado. También ahora veo que yo tenía el privilegio, así como el deber, de haberme sometido a la voz de la iglesia". O algo semejante a lo siguiente: "Quiero decir que me siento muy agradecido por el espíritu bondadoso que habéis manifestado hacia mi indigna persona, después de haber agraviado al Espíritu de Dios, y haber traído reproche y haber dañado su causa... Confieso que soy culpable de esos errores... Lamento las pruebas que he traído a este pueblo".

Y con tales confesiones aparecía una tercera crónica posterior, de parte de los hermanos dirigentes, como la siguiente: "Por lo tanto esperamos que el Hno... será restaurado a la confianza de sus hermanos como si la prueba mencionada no hubiera existido".<sup>9</sup>

Para ayudar a mantener puro el movimiento, en otras ocasiones el Señor intervenía directamente. Retrocedamos, por ejemplo, al otoño de 1852. En septiembre, la *Review* se trasladó a una casa grande ubicada en Mount Hope Avenue, en Rochester. Juan Loughborough, que había sido un predicador adolescente en la Iglesia Adventista del Primer Día y ahora tenía veinte años, fue a la sala de culto de esa residencia para oír predicar a Juan Andrews (de 23 años de edad) acerca del sábado, y se convenció de su vigencia. Los White regresaron de un viaje a Maine el primer viernes de octubre. Al día siguiente, durante los servicios, Loughborough alegró los corazones de todos haciendo pública su resolución de observar el sábado como santo.

Oswaldo Stowell, que había aceptado el sábado en París, Maine, después de leer el mismo ejemplar del folleto de T. M. Preble que había convencido a Juan Andrews, estaba enfermo de pleuresía y escuchaba desde una pieza contigua.

Los médicos habían desahuciado a Oswaldo, pero éste pidió que los creyentes oraran por él. Al arrodillarse los hermanos junto a su cama, el pastor White lo ungió. En el momento de ponerse de pie, Oswaldo estaba sentado en la cama, y pellizcándose los lados del cuerpo que habían estado tan doloridos, mientras exclamaba: "¡Estoy totalmente sanado! ¡Puedo ir a manejar la prensa de mano mañana mismo!"

Elena de White permaneció sobre sus rodillas. Su esposo la estudió por un momento, y luego señaló: "Elena está en visión. Ella no respira mientras está en esa condición. Si alguno de Uds. desea plena satisfacción en este asunto, está en libertad de examinarla".

Estaba con sus ojos abiertos, mirando inteligentemente a objetos que solamente ella podía ver. Durante una hora y veinte minutos, todo el

tiempo que duró la visión, nadie pudo detectar la menor evidencia de respiración, aunque de vez en cuando pronunciaba palabras o sentencias en relación con lo que observaba. Su rostro tenía un color natural, y los movimientos que hacía con las manos y los brazos eran llenos de gracia.

Cuando terminó la visión, buscó a Loughborough, a quien conoció por primera vez la noche anterior, y le dijo algunas cosas con respecto a él mismo que él pensaba que nadie sabía.

Luego habló de alguien a quien no conocía. Dijo que estaba viajando lejos de su casa, testificando con énfasis acerca del cuarto mandamiento, pero violando el séptimo. Ocurrió que uno de los recientes conversos de Andrews estaba en Michigan en ese tiempo. Había sido siempre un esposo fiel y nadie suponía que la visión se refería a él.

Pero seis semanas más tarde, cuando este hermano regresó a su hogar, Elena de White lo reconoció al instante, reunió a varios hermanos en torno a él como testigos, y le dijo con todo fervor lo que Dios le había revelado, concluyendo con las palabras de Natán a David: "Tú eres el hombre".

Rápidamente el nuevo converso, que estaba en pecado, se arrodilló delante de su esposa, confesó con lágrimas que lo dicho era cierto, que era la primera vez que había ocurrido, y prometió sinceramente que sería la última.<sup>10</sup>

Pero si alguno de los problemas a que hacía frente la "manada esparcida" podían ser resueltos por las publicaciones semanales, las ordenaciones ocasionales, las excomuniones realizadas con oración, y las revelaciones tan oportunas, muchas otras cosas quedaban sin solución. Y así como Jaime White observó al comienzo de este capítulo, tarde o temprano los adventistas tendrían que dar al niño un nombre y organizar a la hermandad como iglesia.

## Capítulo 18

### Hay que darle un nombre al niño

Un día, después de pasar horas refregando su ropa en una tina de agua jabonosa caliente, cierta señora adventista de la aldea de Jackson, Michigan, tendía por fin su ropa lavada, cuando una vecina, que frecuentemente ventilaba sus amarguras contra los observadores del sábado, arrojó desde su ventana un balde de agua para salpicar barro sobre las ropas colgadas.

"¡Tú, ...tú, bruja!", gritó la señora adventista en un arranque de cólera y lágrimas, mientras arrancaba las ropas de la sogá para enjuagarlas de nuevo.

Los rumores del incidente se esparcieron; o mejor dicho, una versión diferente fue la que se propagó. En esos días simples, el buen nombre de la iglesia era de importancia primordial para todo miembro de la misma. Por consiguiente, se convocó a una reunión en la casa del herrero Dan Palmer, dirigente adventista local para considerar el caso de esta hermana. H. S. Case y C. P. Russell, dos de los numerosos ministros que en esos días habían empezado a trabajar por iniciativa propia, reprendieron severamente a la mujer y la acusaron de haber empleado una determinada palabra mala. Pero ella insistió enfáticamente que no había usado esa palabra.

Mentes más tranquilas pronto sugirieron que se tuvieran oraciones. Y mientras el grupo estaba de rodillas, Elena de White, que se había detenido en ese lugar con su esposo en camino al oeste, recibió una visión. Por invitación del pastor White, Russell y Case examinaron a Elena cuidadosamente hasta que se convencieron de que la experiencia era auténtica. Cuando terminó la visión, la Sra. de White relató que se le había revelado la verdad con respecto a la señora en cuestión, y que por cierto ésta había hecho algo malo. Después de relatar esta parte, descubrió que no podía recordar nada más.

Case y Russell estaban jubilosos. Enfáticamente declararon que tenían plena confianza en que la Sra. de White como profetisa tenía auténticamente un don del cielo. ¡Y exigieron que la desafortunada mujer confesara su falta!

El viernes de noche, durante el culto de familia realizado en otro hogar adventista, la misma visión le fue repetida a la Hna. White. El sábado de mañana, en la casa de Dan Palmer, la Sra. de White volvió a encarar este asunto. La mujer acusada hizo algo incorrecto, repitió, pero el Señor también le reveló que la hermana no había usado la palabra

específica que Case y Russell decían que había empleado. Dios le había mostrado, además, que él estaba profundamente disgustado por la falta de bondad manifestada por estos dos ministros, cuando, en cambio, deseaba compasión.

La reacción fue notable. La mujer derramó lágrimas, confesó lo que *había hecho*, y pidió perdón. Russell y Case, por otro lado, se quejaron indignados de las críticas injustificadas de la Sra. de White, y condenaron sus visiones y las declararon indignas de confianza.

Fue de esta manera como en junio de 1853 nació el primer movimiento disidente de los adventistas observadores del sábado.<sup>1</sup> Los dos hombres pronto iniciaron una publicación con la cual atacaron a los esposos White y a otros dirigentes. Y debido al título de esa revista, *Messenger of Truth* (Mensajero de Verdad), los seguidores de los disidentes se llamaron "los mensajeros", o el "grupo de los mensajeros".

Por ese tiempo, el pastor Jaime White se enfermó gravemente por exceso de trabajo. Parecía tan probable que iba a morir, que cuando se edificó su primera casita en Battle Creek, puso la escritura a nombre de su esposa.<sup>2</sup> El *Mensajero* se divertía con su enfermedad, citándola como una evidencia final de que Dios lo quitaría del camino.

Cuando Jaime leyó ese comentario carente de caridad, su fe revivió, y a semejanza del Wiclef de antaño, se sentó en la cama, y exclamó: "No moriré, sino que viviré, y declararé las obras del Señor, y aun podré predicar en el funeral de esa gente".<sup>3</sup>

Durante dos largos años los pastores leales sintieron que era su deber defender a los White y denunciar las acusaciones y ataques del *Mensajero*. Pero después de una visión que la Hna. White tuvo en Oswego, Nueva York, en junio de 1855, instruyó a los pastores leales a no contestar más los cargos, sino a dedicar su tiempo y energía a proclamar "la verdad, la verdad presente".<sup>4</sup> Y en nombre del Señor prometió que si ellos obedecían estas instrucciones divinas, los dirigentes del movimiento disidente pronto empezarían a luchar entre ellos mismos, su revista expiraría y su movimiento se desvanecería. También prometió que cuando llegara ese tiempo, los adventistas (si seguían el consejo divino) hallarían que sus propias filas se habían duplicado.<sup>5</sup>

Por un tiempo parecía que sus palabras nunca podrían cumplirse, pues en la última parte de ese mismo año se formó un segundo grupo disidente bajo la dirección de J. M. Stephenson y D. P. Hall. La nota tónica de esas personas era que la oportunidad del hombre para la salvación continúa durante "la edad venidera" (esto es, durante el milenio), creencia que les valió la designación de "grupo de la edad venidera". Los dos habían sido ganados para el sábado por J. H. Waggoner, cuando éste caminó ochenta kilómetros con el expreso propósito de instruirlos acerca de la verdad.

Al principio, ambos habían condenado a Russell y Case en su *Mensajero del Error* por su "escandalosa... exposición" de doctrina.<sup>6</sup> Pero después de un tiempo, descubrieron que concordaban con aquéllos en

rechazar la dirección de Jaime White y las visiones de Elena, y se unieron a ellos. El grupo del *Mensajero* parecía crecer en lugar de desintegrarse. Pero los hermanos obedecieron los consejos de Elena de White, y ese grupo (incluyendo el auxiliar "de la edad venidera"), se disolvió a su debido tiempo. Por su parte, el pastor White informó en la *Review* el 14 de enero de 1858 que las suscripciones habían aumentado en tres años de mil a dos mil.

El destino final del director del *Mensajero* fue sombrío. Encontrándose sin trabajo por haber perdido a sus lectores, fue a enseñar en una escuela para ganarse la vida. "Pero no habiendo aprendido a gobernarse a sí mismo, fracasó completamente en gobernar a sus alumnos". Enojado con un alumno insubordinado, lo amenazó con su revólver, y para escapar al linchamiento, huyó a lugares desconocidos.<sup>7</sup>

Otro movimiento disidente surgió en 1858, el cual, debido a su práctica, podría llamarse el grupo de "fumar y mascar". El uso de tabaco, aunque todavía no constituía una prueba de discipulado, era mal considerado por la mayor parte de los observadores del sábado. Sin embargo, unos pocos creyentes, de las vecindades de Otsego, Michigan, hallaron a un ministro a su gusto, llamado Gilberto Cranmer, que los animó a conservar ambas cosas, el sábado y el uso del tabaco. A semejanza del grupo del *Mensajero* y del grupo "de la edad venidera", también publicaron un periódico, *The Hope of Israel*, (La Esperanza de Israel), y negaron con vehemencia la inspiración de Elena de White. Al igual que los otros, también desaparecieron pronto del escenario.<sup>8</sup>

Para no volver a los movimientos disidentes por el momento, debemos agregar aquí que en 1856 el remanente de estos tres grupos recibieron algún refuerzo cuando los pastores B. F. Snook y W. H. Brinkerhoff fueron separados de las filas de la iglesia en la Asociación de Iowa. Estas dos personas querían una iglesia congregacional, independiente de la estructura denominacional, y se oponían con vigor al pastor White y señora. Debido a que establecieron su sede en Marion, Iowa, se conocieron como el "grupo de Marion". Pero Brinkerhoff pronto reasumió su trabajo de abogado, y Snook se volvió universalista. El movimiento todavía existe bajo el nombre de Iglesia de Dios del Séptimo Día (Denver, Colorado).<sup>9</sup>

Loughborough oyó la curiosa, pero no imposible versión de que los cuatro separatistas imprimían sus periódicos en la misma pequeña prensa manual. Según esa leyenda, cada grupo sucesivo la compró a su predecesor.<sup>10</sup>

El cuerpo principal de creyentes no tomaba ninguna sanción legal ni económica contra los que deseaban separarse. Difícilmente podrían imponerla aun cuando lo hubieran querido. Pero había algunas implicaciones administrativas que difícilmente podrían pasarse por alto. Los dirigentes de estos diversos grupos disidentes habían llegado a ser bien conocidos por medio de la *Review* durante la época en que fueron leales,

y ahora se hacían pasar por firmes sostenedores del movimiento. ¿Quién podía probar que no lo eran?

Por otra parte, en 1854, en una ocasión en que una gran concurrencia en un ciclo evangelístico sobrepasó la capacidad del edificio de la escuela donde predicaba Juan Loughborough, surgió la idea de usar una carpa. Los miembros laicos locales de inmediato reunieron el dinero, y Merritt Cornell tomó el tren y pocos días después regresó con una. Pronto los creyentes de varios estados unieron sus recursos para comprar "tiendas o carpas del estado", para que las usaran los predicadores itinerantes en sus respectivas zonas, y tanto la asistencia como los bautismos aumentaron de una manera animadora. En Wisconsin, los descontentos ministros de los grupos "de la edad venidera" y "mensajeros" se apropiaron de la "tienda del estado" para su propio uso. *¿Y quién había allí para decirles que no podían hacerlo?*

Había, además, otros problemas que requerían una organización central. El único medio unificador regular y confiable era la *Review*. Si un ministro se sentía impresionado a viajar a cierto punto, anunciaba sus planes en el periódico de la iglesia. Cuando aparecían los números subsiguientes, pedía prestados los ejemplares de cualquier creyente en cuya casa posaba para tomar nota de las respuestas de personas que vivían en la zona a la cual se dirigía. Estas cartas le indicaban dónde eran más necesarios sus servicios, y dónde existía la mayor probabilidad de éxito.

Por otra parte, si los creyentes de un punto determinado deseaban la ayuda de cierto pastor, se lo comunicaban por medio de la *Review*. La siguiente noticia, por ejemplo, apareció en el número del 21 de enero de 1858:

"¿No pueden el Hno. White y señora, los Hnos. Loughborough y Waggoner, o algún otro, comprometerse para dirigir una reunión en Gilboa (Ohio), y anunciarlo en la *Review*? Hemos esperado este anuncio en cada correo por seis semanas. ¿No tiene alguien compasión de nosotros? —T.J.B."

No sin razón los ministros eran denominados "hermanos viajeros". En barcos fluviales y en tren, por caminos de troncos y senderos helados, muchos de ellos cabalgando y a veces andando a pie viajaban en una y otra dirección, desde Maine hasta Minnesota, creyendo que eran guiados por el Espíritu Santo. Y sin duda alguna a menudo lo eran. Pero "Dios no es Dios de confusión" (1 Corintios 14:33).

Ansiosos de terminar la obra, los hombres aceptaban un llamado urgente tras otro apresurándose de pasar de un estado al otro, sin asegurarse primero si los nuevos creyentes estaban suficientemente cimentados, o si otro pastor, que ya trabajaba en las inmediaciones, podía atender la necesidad más eficientemente. Además, junto con los hombres que en verdad habían sido llamados por Dios, existían, como hemos visto, otros pastores designados por sí mismos, cuyas labores eran infructuosas

y aún peor. Y había también hombres inexpertos que necesitaban consejo y orientación especial para ayudarlos a madurar.

Se necesitaba una dirección central para tomar decisiones respecto al más eficiente empleo de los obreros o, para usar una buena expresión adventista, para lograr "la distribución más favorable del trabajo".

Otro serio problema era proporcionar un sueldo a los pastores. En una cultura esencialmente agrícola, la mayor parte de los miembros disponían de poco dinero efectivo. Algunas personas abnegadas hacían sacrificios desproporcionados. Sara Harmon, en una ocasión, dio cinco semanas de trabajo a razón de un dólar por semana, para ayudar a financiar los viajes de José Bates. Kellogg vendió una granja, en tanto que Edson en distintas ocasiones, vendió dos granjas y un rebaño de ovejas para ayudar a esparcir el mensaje. Pero muchos miembros se contentaban con dejar que los ministros hicieran el sacrificio, y si les daban algo, generalmente consistía en productos de granja o, tal vez, algún traje usado. Muchas veces no daban absolutamente nada.

Un concepto sutil y egoísta era disfrazado en aquellos días como verdad bíblica. Debido a que Jesús había contrastado al verdadero pastor, que da su vida por las ovejas, con el pastor que huye cuando viene el lobo, muchos cristianos de las diferentes denominaciones justificaban su falta de generosidad con el argumento de que la iglesia no podía ser servida por un ministerio a sueldo.

En consecuencia, la mayoría de los pastores tenían que trabajar para ganarse la vida, aparte de la predicación y la visitación. Algunos dependían del trabajo que podían conseguir por pocos días en uno u otro lugar. Otros, de sus granjas, y viajaban cortas distancias para predicar cuando estaban libres, para luego volver a trabajar para su sustento. Esta era una situación que Loughborough asemejaba despectivamente a la de un caballo maneado.<sup>11</sup>

En 1855, Juan Andrews, que no tenía mucho más de veinte años, se encontró tan exhausto por tener que trabajar para ganarse la vida mientras predicaba y escribía que casi se quedó ciego, y por poco perdió la voz. Su familia esperaba para él una muerte prematura. Se retiró a Waukon, Iowa, donde una comunidad de creyentes adventistas provenientes del oeste, estaba cultivando el rico suelo de la pradera.

Juan Loughborough, su converso y estrecho colaborador, también se desanimó un año más tarde, y se trasladó a la misma localidad, y para su propia sorpresa se convirtió en un "caballo maneado".

Loughborough y María, su esposa, merecen nuestra simpatía.<sup>12</sup> Ambos contaron el costo antes de entrar en el ministerio. Poco después de aceptar el sábado, Juan sintió un insistente llamamiento a predicar. Pero sabía que esto le acarrearía tiempos duros, y esa era una época en que le iba realmente bien vendiendo cerraduras de ventanas. Sus ahorros ascendían a treinta y cinco dólares, el equivalente a un sueldo de seis o siete semanas, pues un operario ganaba un dólar por día. Al resistir el llamado, vio

declinar precipitadamente sus ventas, hasta que en unas pocas semanas quedó con una simple moneda. Cayendo de rodillas ante Dios, confió su futuro a la voluntad divina, y se levantó en paz.

Poco tiempo después, cuando María pidió dinero para comprar hilo de coser y fósforos, su esposo le pidió que comprara solamente un centavo de cada cosa y que le trajera el vuelto, para no quedar completamente desprovisto de dinero, y de inmediato le entregó una moneda de plata de tres centavos. (Tales monedas se acuñaron en Estados Unidos desde 1851 hasta 1873.)

—¿Qué vamos a hacer, Juan?" —le preguntó ella en tono quejumbroso.

—Entrar en el ministerio y confiar en el Señor —contestó su esposo.

Entonces la Sra. Loughborough, a semejanza de la Sra. Bates unos pocos años antes, en una situación similar, se retiró para llorar.

Pronto Juan oyó a su esposa salir de la casa; y mientras ella estaba ausente, un extraño apareció en la puerta, se presentó y le preguntó si podía proporcionarle cerraduras de la marca que él vendía por un monto de ochenta dólares.

¿Podía él hacerlo? ¡Por supuesto que sí!

Cuando María volvió, encontró a su esposo cantando. Su ganancia neta, a razón del 33 por ciento de comisión, ascendió a veintiséis dólares. Desde ese momento, ella estaba lista para ir con él a cualquier parte, y confiar en el Señor.

O, por lo menos, casi dispuesta. La esposa de ministro, que permanece en casa mientras su esposo viaja por semanas, no ve, como él, almas salvadas del pecado. Y a menudo le es difícil emular su consagración. María era bien leal, es cierto, pero la suerte de una esposa de ministro le iba pareciendo cada vez más difícil de soportar. Y cuando, después de tiempos particularmente duros, ambos se enteraron de las familias adventistas que se habían trasladado a Waukon para testificar con el ejemplo, mientras ganaban buen dinero para donar a la causa, ella al punto estimuló los anhelos que Juan tenía de unirse a ellas.

Pero el invierno llegó temprano ese año (1856), haciendo imposibles los trabajos de granja cuando llegaron. Y al descubrir que no había casi pecadores cercanos a los cuales dar el mensaje en la solitaria pradera, y que aun los santos, no importándoles los sacrificios, disputaban el uno con el otro, se entregó a trabajos de carpintería y comenzó a orar, con la conciencia atribulada, por una forma decente de salir de la situación.

El pastor White y su esposa estaban en Round Grove, Illinois, a unos trescientos kilómetros al sur, cuando en visión se le mostró a Elena la condición en que estaban los hermanos de Waukon. La reacción de ambos fue salir enseguida en esa dirección para ayudar. Pero el frío que a destiempo había limitado los cultivos de Iowa, había congelado también el norte de Illinois, seguido por un deshielo. Las fuertes lluvias de Iowa habían convertido los caminos en lodazales. Con fe, oraron por dirección

divina. Pronto la lluvia se convirtió en nieve, congelando las lodosas carreteras, y haciéndolas transitables para trineo. "Aquí está nuestra señal —exclamó Elena—. Dios quiere que vayamos". Y salieron.

Entre la nieve que caía y flotaba emprendieron el viaje acompañados de Josías Hart y Elon Everts, dos ministros que White había ordenado junto con Andrews tres años atrás en el hogar de los Everts. La nieve se transformó en lluvia. Comenzó un nuevo deshielo. El hielo que cubría los ríos se debilitó. Repentinamente oyeron la advertencia: "¡No intenten cruzar el Mississippi!"

Una vez en la orilla del río, el Hno. Hart enfíló los caballos, se irguió en el trineo, levantó su látigo hacia el cielo, y exclamó: "¿Hacia Iowa o de vuelta a Illinois? Hemos llegado al Mar Rojo. ¿Cruzamos?"

La Sra. de White respondió: "Ve adelante, confiando en el Dios de Israel!"

Jaime White también apoyó lo dicho: "¡Sí, adelante!"

Durante todo el cruce continuaron orando. Las aguas heladas, de unos treinta centímetros por encima del hielo inseguro que estaba debajo, formaban remolinos alrededor de ellos. En cualquier momento podían hundirse. Una multitud de personas se reunió en la orilla opuesta para ver la escena. Pero, a semejanza de Israel en el Mar Rojo, los viajeros cruzaron a salvo.

La temperatura bajó de nuevo. Elena abrazó su manto de piel de mapache, y por cuatro días sucesivos hicieron frente a los vientos helados en su trineo abierto. Por la noche, en un hotel de la frontera, colgaron sus diagramas y cuadros en el salón de entrada y predicaron el mensaje a un público atento. Y el miércoles llegaron a Waukon.

La recepción que se les tributó fue casi tan fría como el tiempo. Los hermanos sabían por qué habían venido. *Para producir un reavivamiento*. Para restaurar su dedicación cristiana, para reencender su piedad primitiva. Hasta Loughborough resultó chasqueado por la respuesta a su oración. No había esperado que la Hna. White llegara en forma imprevista en un trineo mientras él trabajaba en una escalera, para escuchar las angustiosas palabra del llamado: "¿Qué haces aquí, Elías?"

Pero Jaime y Elena convocaron a una reunión y más tarde a otras en una serie que duró una semana. Los rumores habían hecho su obra funesta, y los Hnos. White pacientemente contaron el otro lado de la historia, hasta que todo el mundo quedó satisfecho. Noche tras noche los viejos himnos adventistas hicieron revivir recuerdos queridos. El estudio enfocó por fin la promesa de Cristo a la tibia Laodicea: "Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él". Después de una visión oportuna, Elena pronunció las palabras casi increíbles de un Dios lleno de misericordia: "Volveos a mí y yo me volveré a vosotros, ha dicho Jehová de los ejércitos, y os sanaré de todas vuestras rebeliones".

Tal bondad fue excesiva para María Loughborough. "Hno. y Hna. White —exclamó ella mientras sollozaba—, yo pensaba que nos habíamos

apartado a donde no podrían encontrarnos; pero estoy contenta de que hayan venido... ¡Dios me perdone... Abro las puertas de mi corazón. Señor Jesús, ven a nosotros!" Se hicieron confesiones, se presentaron disculpas, y la reunión continuó hasta pasada la medianoche.

La buena obra comenzó al día siguiente. María habló a algunos otros, y éstos a otros. Por fin, Juan Loughborough se puso de pie. "Yo he abandonado mi martillo —anunció—. ¡Ya he puesto el último clavo! De aquí en adelante mi mano manejará la espada del Espíritu y nunca la abandonaré. ¡Ayúdame, pues, Dios mío!"

Cuando los Hnos. White salieron de Waukon, lágrimas de afecto humedecieron todas las mejillas.

Dejando a María por un tiempo con algunos amigos, Loughborough regresó a Illinois con Hart, con Everts y con los White, e inmediatamente asumió sus responsabilidades —no ya como un caballo maneado— realizando reuniones evangelísticas en un lugar tras otro. Nunca abandonó otra vez el ministerio hasta su muerte en 1924. Tampoco lo abandonó María. Juan Andrews se reconstituyó al ministerio, pero podía predicar sólo unos pocos meses durante el año, hasta que recuperó su salud. Mientras tanto, la señorita adventista con la cual se casó en Waukon, Angelina Stevens, una amiga de la niñez, indudablemente hizo todo lo que pudo para mejorarlo.

Pero el pago a los ministros siguió siendo el mismo problema, o más bien empeoró. Una cosecha excepcionalmente buena que vino en 1857, sumada a una depresión nacional, abarató los precios hasta el punto de que casi no podía lograrse efectivo. En abril de 1858, mientras Andrews y Loughborough residían temporariamente en Battle Creek, Andrews dirigió una clase bíblica en la casa de Loughborough para estudiar las Escrituras, a fin de descubrir alguna luz con respecto al sostén del ministerio. A la Hna. White se le había mostrado en visión que la Biblia contenía ese plan, y ellos se habían propuesto encontrarlo.

El plan que descubrieron en ese tiempo se basaba en una combinación de textos del Antiguo Testamento sobre el diezmo y 1 Corintios 16:2: "Cada primer día de cada semana [es decir, regularmente] cada uno de vosotros [individualmente]" dé "según haya prosperado [proporcionalmente]". Llamaron este plan "benevolencia sistemática". Al finalizar el sábado 29 de junio de 1859, los hermanos se reunieron en la pequeña iglesia donde estaba la sede central y votaron recomendar que "cada hermano de 18 a 60 años de edad aparte el primer día de cada semana de cinco a veinticinco centavos", cada hermana de la misma edad, de dos a diez centavos; y que cada hermano y hermana, "dé de uno a cinco centavos por cada cien dólares de propiedad que posea". El dinero así acumulado sería usado por las congregaciones locales, mayormente para ayudar a los ministros cuando llegaban para predicar, y cuando realizaban reuniones evangelísticas en las vecindades.

Durante años, la "benevolencia sistemática" fué llamada por sus iniciales en inglés, "S.B.", o en forma más afectuosa, como "sister Betsy". Este método fue designado en forma menos exacta como sistema de "diezmo".

Los adventistas no perfeccionaron su concepto del sostén del ministerio sobre la base de un diezmo completo, sino hasta veinte años más tarde. Sin embargo, la benevolencia sistemática fue un paso valioso tomado en la debida dirección. La dadivosidad sistemática ha permitido que la Iglesia Adventista realizara una gran obra por todo el mundo.

Lo dicho hasta aquí, ¿da la idea de que la organización beneficia sólo a los ministros? Si el lector se ha formado esa idea, consideremos un poco más el problema. Los ministros son llamados para servir a los miembros laicos y a ganar a los perdidos. Pero, ¿cómo pueden servir y al mismo tiempo vivir, si no tienen un sostén? Les resultaría imposible hacerlo. ¿Cómo pueden los miembros confiar en ellos, si no están seguros de que representan la fe común? ¿Y cómo puede la gente sentirse libre de dar para la obra si conductores independientes pudieran a voluntad marcharse con la propiedad que pertenece a todos?

En verdad, fue el problema de la tenencia legal de las propiedades lo que finalmente persuadió a los miembros a decidirse en favor de una organización central. Los adventistas, durante la década de 1850 tenían tres clases de propiedades: carpas "de estado", unos pocos edificios de iglesia, y la casa editora de Battle Creek, incluyendo el papel, los libros y la maquinaria que se usaba en la misma.

Hablando con mayor precisión, la iglesia como tal no era dueña de ninguna de estas cosas.

Ya vimos cuán fácilmente un falso ministro podía apropiarse de una carpa de reuniones. En cuanto a las iglesias, éstas no pertenecían a las congregaciones que las edificaban y las pagaban, sino al miembro a cuyo nombre estaban registradas. Durante el movimiento millerita, dos miembros que tenían propiedades a su nombre apostataron, y una de las casas de culto llegó a convertirse en un galpón para depósito de vinagre! La propia iglesia de Battle Creek estaba situada en la propiedad privada de E. T. Belden. A los que todavía se oponían a la organización de la iglesia, Jaime White les decía que esa casa de culto podría llegar a convertirse en un depósito de vinagre.

Pero era la casa editora lo que más preocupaba a los White. Constituía la única institución adventista. El evangelismo de la iglesia dependía de los libros y periódicos que ella producía; y el movimiento entero estaba unificado en base a su revista mayor, la *Review & Herald*. Sin embargo, la empresa en su totalidad, el edificio, los libros, el papel y la maquinaria, eran desde el punto de vista legal, propiedad personal de los White.

El Hno. White lo sabía, y a él no le gustaba la idea. Por su propia iniciativa, en 1855 la imprenta pasó a depender de una comisión de publicaciones. Algunas decisiones mayores con respecto a su

funcionamiento —tales como la compra, en 1857, de una prensa a vapor Adams—, se habían tomado en una "asociación general" a la cual fueron invitados miembros de todas partes.

En una reunión de septiembre de 1860, White recordó a los hermanos nuevamente que "la propiedad que ha sido donada... la he considerado siempre como propiedad de la iglesia. Pero yo soy el único propietario legal de la misma, y estoy muy ansioso de pasarla a disposición de los dirigentes que elijáis, quienes la poseerán y la administrarán legalmente".

¿Qué hubiera ocurrido si el Hno. White hubiera muerto repentinamente? El estado de Michigan habría conservado la custodia de todas las cosas, por lo menos hasta que Enrique White, que tenía trece años en 1860, cumpliera 21 años. Pero para entonces, él concebiblemente podría haber abandonado la fe, llevándose consigo la imprenta; o podría haber muerto, complicando las cosas de diferente manera. Lo que resultó en realidad fue que Enrique murió cuando tenía 16 años.

La solución lógica era establecer una corporación legal con personería jurídica.

¿Una corporación legal? En aquellos días pretéritos, cuando la *Review* era un tipo de carta familiar, el pastor R. F. Cottrell, precisamente el consagrado hermano que objetó la idea de "hacernos un nombre", sometió para su publicación un ensayo sereno, pero devastador, en el cual argüía que una corporación legal implicaría una dependencia tan grande del gobierno que equivaldría a unir la iglesia con el estado, y haría del adventismo tan ciertamente una Babilonia que proporcionaría un trono en el cual se sentaría algún día el hombre de pecado.

Cottrell bien pronto se retractó de ambos puntos, admitiendo virilmente que los argumentos eran traídos de los cabellos; pero se requirieron meses de penoso esfuerzo de Jaime White, José Bates, Juan Loughborough, Merrit Cornell y otros, para desbaratar el daño que Cottrell había causado en la mente de muchas personas.

El pastor White se había propuesto proteger la propiedad adventista conservándola para todos los adventistas. Ocurrió, pues, que cerca del fin de septiembre de 1860, un grupo de dirigentes y miembros laicos se reunieron convocados por él, en el edificio de la iglesia de Battle Creek —el segundo, a nombre de S. T. Belden— y discutieron el asunto con franqueza por tres días. "No estamos con tal premura —explicó White— que no podamos escuchar las razones de los que objeten". Por otra parte, a fin de lograr unanimidad por el campo, el estudio fue publicado en la *Review* del 9, 16 y 23 de octubre de 1860.

Casi al comienzo, Juan Andrews hizo lo que otros habían sugerido los meses anteriores, pero que ninguno había articulado tan bien.

Expuso que no necesitábamos organizarnos legalmente como iglesia para poseer propiedades, y propuso que se nombraran representantes para formar una "asociación" que pudiera recibir personería jurídica. Añadió que esto estaba de acuerdo con el orden evangélico, porque los primeros

cristianos nombraron una comisión de siete para que velara por los asuntos administrativos. Podría haber indicado, también, que las asociaciones evangelísticas y de beneficencia, estructuralmente separadas de las denominaciones, eran algo común en el cristianismo contemporáneo norteamericano.

La distinción que hizo Andrews, de paso, resultó de ayuda permanente. Las propiedades de la iglesia que están en el territorio de una asociación adventista local, aun hoy técnicamente no son propiedad de la asociación, sino de una asociación legal con personería jurídica.

Después de dos días de discusión, se acordó aprobar un estatuto sencillo para una asociación publicadora (que todavía no tenía nombre). Pero bajo las leyes del estado de Michigan, no podía constituirse ninguna asociación innominada. De esta manera, debía encararse en última instancia este asunto, lo cual indujo a Jaime White a hacer sus memorables observaciones sobre lo embarazoso de tener un hijo para el cual no se había elegido un nombre.

Y ocurrió lo inevitable. La comisión votó que debían adoptar un nombre. ¿Pero cuál?

Algunos recomendaban "Iglesia de Dios", mientras otros alegaban que eso sonaba a pedantería. Se propuso "Iglesia Adventista del Séptimo Día".

De paso, los laicos se destacaron entre los 19 miembros conocidos de esta comisión que hizo época. Fue un hermano laico, Esdras Brackett, el que presentó la primera moción al mismo comienzo: "Quiero proponer que la Iglesia se organice". Fue otro laico, David Hewitt, el que al final presentó la propuesta siguiente: "Acordado, que adoptemos el nombre de Adventistas del Séptimo Día". "Adoptar un nombre", sin embargo, sonaba como a "hacerse de un nombre", y a fin de respetar aun los inescrutables escrúpulos de los que todavía no estaban convencidos, esta moción se cambió por la siguiente resolución: "Que nos llamemos Adventistas del Séptimo Día".

El progreso desde la etapa monumental de organizar y ponerle un nombre a la Asociación Publicadora Adventista del Séptimo Día hasta una organización total de la Asociación General, fue un proceso relativamente sencillo, aunque no del todo incuestionable. En los primeros meses de 1861 los dirigentes reunidos en Battle Creek recomendaron que las diversas congregaciones diseminadas por todas partes se organizaran bajo el nombre de "adventistas del séptimo día". En octubre de 1861 se dieron los pasos iniciales para la formación de una asociación en Michigan, con el nombramiento de una junta directiva presidida por José Bates.

Durante 1862 las congregaciones de varios otros estados formaron asociaciones locales. Michigan completó su propia formación en octubre de 1862, en la Iglesia de Monterrey, eligiendo a un hermano laico, Guillermo S. Higley, como su primer presidente.<sup>13</sup>

Finalmente, en mayo de 1863 los delegados de las nuevas asociaciones se reunieron en Battle Creek y redactaron un estatuto sencillo para la Asociación General.

Con mucho entusiasmo se eligió a Jaime White como primer presidente de la Asociación General. Pero declinó la aceptación del cargo. Desde 1850 había predicado, escrito, argüido y rogado en favor del "orden evangélico". Había sido tan prominente en la campaña que pensó que el aceptar la presidencia podría inducir a algunos a poner en tela de juicio sus motivos. (Dos años más tarde, en 1865, aceptó la responsabilidad. En total sirvió como presidente de la Asociación General por diez años, desde 1869 hasta 1871, y desde 1874 hasta 1880.)

En vista de la declinación de White, fue elegido Juan Byington, quien así llegó a ser el primer presidente de la Asociación General de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Fue en su hogar de Bucks Bridge, Nueva York, donde se ordenó a Horacio Lawrence. Byington había servido a la Iglesia Metodista como dirigente en varios cargos, y luego a los wesleyanos (los metodistas abolicionistas) como ministro y constructor de iglesias. En 1852 aceptó el adventismo por la lectura de la *Review*, y más tarde construyó uno de los primeros edificios de iglesia levantados por los adventistas. Ayudó a su hija Marta en sus tentativas de fundar una escuela diurna para niños adventistas. En 1858 se trasladó a Battle Creek y viajó extensamente como ministro de sostén propio. Después de su elección para desempeñar la presidencia continuó viajando extensamente, predicando y bautizando, durante sus dos términos de un año cada uno. "Nadie conoce Michigan —decía la gente— como el padre Byington".

Además de aprobar un estatuto y elegir a un presidente y otros dirigentes, la primera sesión de la Asociación General también estableció un procedimiento para pagar a los ministros un salario regular —alrededor de cinco dólares por semana— mediante la benevolencia sistemática. Votó que los pastores llevaran consigo una credencial oficial que los identificara como portavoces del movimiento. También que ningún ministro debía viajar de una asociación a otra meramente por su propia decisión o a pedido de una iglesia local. Las invitaciones debían ser procesadas por las asociaciones implicadas.

Por lo tanto, las iglesias ya no corrían peligro de convertirse en depósitos de vinagre. Los ministros estaban en condiciones de dedicar su tiempo total a la causa. Las congregaciones podían determinar con facilidad si un pastor visitante era un ministro adventista auténtico o un portavoz de puntos de vista individuales. Los pastores ahora estaban en condiciones de ahorrar mucho tiempo y energía trabajando en zonas especificadas más bien que viajando interminablemente por todas partes del campo. Los miembros locales podían apelar a una autoridad más alta si creían que sus iglesias locales los habían tratado injustamente. Y, por fin, cada uno sabía quién era. Podía decir con confianza: "Yo soy un adventista del séptimo día".

## Capítulo 19

# ¡Laodicea!

Aunque parezca extraño después de todo lo que hemos visto hasta ahora, los adventistas del séptimo día adoptaron un nombre cuatro años antes de la mañana de octubre de 1860 en que David Hewitt propuso ese nombre. Fue en octubre de 1856; y tomaron ese nombre directamente de la Biblia. El relato de lo que pasó tiene relación con los adventistas de hoy.

Desde el propio comienzo, como hemos observado, los adventistas observadores del sábado se consideraron a sí mismos como un pueblo con un propósito, un movimiento con un destino. Creyendo, como creían, en base de su experiencia y de la profecía, que tenían la verdad presente para los últimos días, llegaron a la razonable conclusión de que eran la verdadera iglesia para los días finales de la historia del mundo. Eran el Israel espiritual en un desierto moderno, que marchaba del Egipto de "Babilonia" hacia el nuevo mundo en ocasión de la segunda venida, restaurando en su camino el verdadero sábado como lo hizo el Israel de antaño en el Monte Sinaí. Eran el profeta Elías, cuya venida prometió Malaquías "antes que venga el día de Jehová, grande y terrible", para restaurar la lealtad a ley de Dios sobre el Monte Carmelo del cristianismo apóstata. Eran la sexta iglesia del Apocalipsis, "Filadelfia", la iglesia del amor fraternal.

Exaltaba un concepto atrevido. Muchas cartas que llegaban a la *Review*, escritas por miembros laicos aislados, reiteraban las alabanzas por la clara luz de la verdad. En esos tiempos pretéritos, una gran cantidad de los habitantes de los Estados Unidos sentían que debían observar un día de reposo, aun cuando la mayor parte no lo hacía. Una vez que se disipó el prejuicio relativo al chasco del adventismo, los conversos aflúan al seno de la hermandad. Jaime White hizo una estimación entusiasta, y dijo que la feligresía había crecido desde un puñado hasta dos mil en los dos primeros años de la década de 1850.

Hablamos acerca de este crecimiento en el capítulo 17. Ahora necesitamos examinar la pérdida espiritual que estaba asociada con él. "Es evidente —declaró Jaime White en un editorial unos pocos años más tarde— que con el incremento numérico... no se ha producido un crecimiento en la consagración o en los dones del Espíritu".<sup>2</sup>

Hasta algunos ministros ordenados abandonaron su trabajo para dedicarse a tareas de granja; entre ellos, Washington Morse y Horacio Lawrence. Estimulados por el materialismo de algunos de sus dirigentes, muchos miembros se preocupaban por sus asuntos comerciales e ignoraban

a los demás hermanos o desarrollaron sospechas mutuas. Grupos levantados por evangelistas tendían a deshacerse. Los folletos y libritos se apilaban en la oficina de la *Review* por falta de personas que los distribuyeran. La casa editora tenía fuertes deudas, y a pocos miembros parecía importarles esto. ¡Nadie comecía un asesinato ni asaltaba un banco! Pero como pueblo que se preparaba para la traslación y profesaba guardar un día como santo, se hallaba en una condición lamentable.

Sin darse cuenta, Jaime White mismo era parcialmente responsable de ello. Acosado por la crítica de que las doctrinas que enseñaba eran el producto de la imaginación de su señora, virtualmente cerró las columnas de la *Review* a las producciones de su pluma. Su propósito era bien noble. Quería que los creyentes en perspectiva reconocieran que el sábado, el santuario y el sueño de los muertos eran doctrinas bíblicas. Al mismo tiempo, al ser poco apreciadas, las visiones de Elena de White se hicieron menos frecuentes, y la iglesia quedó mayormente privada de sus profundos llamados espirituales.

Después de mudarse de Rochester a Battle Creek, los hermanos locales llamaron a una conferencia en su pequeña "Casa de Oración", y confesaron su pecado al respecto. Firmaron sus nombres al pie de una confesión para la *Review*, y acordaron sufragar el costo de publicar los consejos corrientes de Elena de White. De esta manera llegó a la existencia el primero de los testimonios, titulado "Testimonio para la Iglesia" No. 1. Apareció en la última parte de 1855 en forma de un folleto de 16 páginas, que en el medio siglo siguiente fue seguido por 36 otros testimonios, los cuales hoy en día están encuadernados en nueve tomos familiares.

Ahora bien, en el libro del Apocalipsis, Juan fue inspirado a escribir una carta a cada una de las siete iglesias que representaban siete fases o siete períodos de la historia desde sus días hasta la segunda venida. Los milleritas consideraban adecuadamente que la sexta, o Filadelfia, la iglesia del amor fraternal, era el símbolo de su propio movimiento. Después del chasco, los milleritas que aceptaron las doctrinas del sábado y el santuario disfrutaban de un compañerismo cristiano tan cálido que continuaban considerándose a sí mismos como Filadelfia, y hablaban de los otros adventistas como "Laodicea", la séptima iglesia.<sup>3</sup> Las palabras "tibio" y "soy rico... y de ninguna cosa tengo necesidad", parecían aplicarse a los otros, que podían pasarlo sin el sábado y sin el espíritu de profecía.

Pero cuando la espiritualidad declinó señaladamente en sus propias filas, los creyentes más fervientes sentían que el título de Filadelfia correspondía cada vez menos a los observadores del sábado. Y aquí y allá familias preocupadas discutían la incómoda posibilidad de que ellos mismos fueran Laodicea.

Cerca del fin de "Testimonio" No. 1, la Sra. de White dirigió un llamado a los creyentes con frases que en realidad eran tomadas del mensaje a Laodicea.<sup>4</sup> Desgraciadamente, sus palabras, aunque apreciadas, tuvieron poco resultado en ese tiempo. En mayo de 1856 relató por escrito

una visión acerca del pecado de familias adventistas que se conformaban con el mundo. Después que los creyentes de Battle Creek escucharon la lectura de la misma, acordaron unánimemente publicarla, y en agosto la publicación estaba en el correo con el título de "Testimonio para la Iglesia" No. 2. Esto confirmó la preocupación de los concienzudos; pero, a semejanza de "Testimonio" No. 1, tuvo limitados efectos inmediatos.

El verdadero impacto vino en octubre (recordemos este mes), cuando Jaime White lanzó una serie de artículos bien razonados en la *Review* para mostrar en forma convincente, por medio de la Biblia, que los adventistas observadores del sábado, la última iglesia de los días finales, sin sombra de dudas, era la séptima iglesia de Apocalipsis, la iglesia de Laodicea, tibia y satisfecha consigo misma.<sup>5</sup>

¡Aquí había un nombre para un niño en crecimiento!

Habían también evidencias bíblicas que confirmaban los propios temores de los hermanos y las visiones de Elena de White. Y la respuesta fue verdaderamente consoladora. Teniendo una lista de dos mil suscriptores, la *Review* recibió más de trescientas cartas en los próximos pocos meses, que agradecían al pastor White por su franqueza, y expresaban humildad y rededicación. Comenzó un auténtico reavivamiento y se lograron muchas victorias.

El papel de Elena de White en este reavivamiento fue significativo. Sus testimonios prepararon el camino para él. Al viajar con su esposo, recibía visiones que adaptaban el mensaje de Laodicea a necesidades locales. En Waukon —donde, como recordaremos, los esposos White llegaron de visita en diciembre de ese año— el cuadro pintado en el mensaje a Laodicea, de Jesús llamando a la puerta del corazón, indujo a María Loughborough a exclamar con lágrimas: "Abro la puerta de mi corazón. Señor Jesús, entra".

Dos testimonios dados en 1857 confirmaron en forma adicional la presentación del pastor White. Después de una visión, Elena de White informó que se le habían mostrado las pilas de desperdicios o "basura" que la gente necesitaba quitar de las puertas de sus corazones: diferencias con sus hermanos, amor a las cosas materiales, extravagancia en su estilo de vida, mal genio, y así por el estilo. "¡Cuán preciosa es esta promesa —exclamó— que me ha sido mostrada en la visión! 'Entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo'".<sup>6</sup>

En verdad, la carta a Laodicea es rica en promesas y también por la amorosa presencia de Jesucristo. Es Cristo el que se presenta como el "Testigo fiel" y les manifiesta a los laodicenses engañados su verdadera condición. Es Jesús el que les dice que son tibios. Es Jesús el que les revela que necesitan oro, vestiduras blancas y colirio. Es Jesús, el "Comerciante celestial" el que llama a la puerta para ofrecer en venta estas cosas; es Jesús el que ofrece venir y cenar con nosotros. Y es Jesús, por fin, el que promete que todo vencedor se sentará con él en su trono.

Pero hay algo que debemos hacer: abrir la puerta. Jesús nunca invadirá nuestra privacidad sin nuestro permiso. Y debemos "comprar" lo

que él ofrece. Podemos adquirir de Cristo su justicia "sin dinero y sin precio" (Isaías 55:1). Pero nadie puede ser su discípulo si no abandona todo lo que tiene (Lucas 14:33).

En la segunda visión, Elena de White vio dos grupos de observadores del sábado que respondían al mensaje de dos distintas maneras. Uno era indiferente y descuidado. "Los ángeles de Dios los abandonaron". El otro, aceptaba el mensaje. Estos, con ansias limpiaron la basura, pero no con su propia fuerza; pedían fervorosamente en oración el poder de Dios. ¡Y obtuvieron la victoria! Abandonaron la crítica, el egoísmo, la suspicacia, y marcharon en perfecto orden, organizados como un ejército. Y fueron llenados con la lluvia tardía. Testificaban ante el mundo con éxito extraordinario, y pronto dieron la bienvenida a Cristo en su segunda aparición.<sup>7</sup>

¡Qué gloriosa oportunidad!

Y la reforma se realizó parcialmente. Al reunirse en sus cocinas, galpones y pequeñas iglesias, los observadores del sábado confesaron sus sentimientos duros y pidieron perdón. Padres e hijos hablaron de sus diferencias y malentendidos con una nueva actitud abierta y pusieron fin a sus enemistades. Con fe, la gente se aventuró a nuevos sacrificios, hasta que la fuerte deuda de la oficina de publicaciones se convirtió en un superávit tranquilizador. El número de bautismos aumentó. Todo el movimiento parecía caracterizarse por mejillas húmedas y rostros radiantes, mientras los laodicenses arrepentidos se rendían al Señor, se regocijaban en una nueva forma de vida, y diariamente anticipaban la lluvia tardía.

Permitir la entrada de Cristo en el corazón es lo mismo que recibir el Espíritu Santo, porque el Espíritu Santo es el representante personal de Cristo. Cuando las personas ponen en primer lugar a Jesús en todo aspecto de la vida, el Espíritu Santo los llena, preparándolos para la lluvia tardía.

Esta presencia de un espíritu de arrepentimiento en las filas del movimiento no fue total, sin embargo. Muchos feligreses permanecieron indiferentes. Otros preguntaban: "¿Por qué el Hno. y la Hna. Tal y Cual no cambian su forma de vivir?" Otros insistían en su independencia, y rehusaban confiar en la dirección de la obra. La lluvia tardía se demoró. Y aun los más fervientes, habiendo corregido unas pocas cosas, sintieron que habían hecho suficiente.

La visión del 15 de julio de 1859 (notemos por favor la fecha), reveló lo que no iba bien. "Debido a que no vieron realizarse la obra poderosa en un corto tiempo, muchos perdieron el efecto del mensaje". La Sra. de White comentó: "Vi que este mensaje no realizaría su obra en unos pocos y cortos meses".<sup>8</sup>

Pareció que Dios *a propósito* esperó que pasara la excitación, a fin de permitir que su pueblo obrara por principio más bien que por emociones. Así es como Dios obra siempre, explicó Elena de White: "Con el propósito de que sus hijos no sean engañados con respecto a su propia condición, él

les da tiempo para que pase la excitación, y entonces los prueba para ver si obedecen el consejo del Testigo fiel.<sup>9</sup>

Evidentemente, la obra que se necesitaba hacer para preparar a los adventistas para la lluvia tardía en la década de 1850, no se iba a realizar en un solo servicio de oración de toda la noche, o en varias semanas de devoción espiritual, o en "unos pocos y cortos meses". Era necesario que la hermandad buscara al Señor con todo el corazón durante un período más extendido, hasta que el carácter madurara sobre nuevas brillantes alturas.

Pero si la reforma adecuada requería más que unos pocos meses, ¿era necesario que pasaran muchos años para que descendiera la lluvia tardía?

En el testimonio que acabamos de citar aparecen también estas palabras electrizantes: "Dios ha dado al mensaje tiempo para hacer su obra".

Fue en julio de 1859 cuando la Hna. White escribió estas palabras, menos de tres años después que el mensaje a Laodicea fuera recibido por primera vez por los adventistas observadores del sábado. ¿Es posible? ¿Significa en realidad que antes de julio de 1859 los seguidores de Dios que habían errado, podían por su gracia, haber quitado toda la basura de sus vidas, podrían haber obtenido la victoria, haber sido llenados con el Espíritu como en el día de Pentecostés, y estar en camino de dar testimonio con un éxito fenomenal a toda nación, tribu, lengua y pueblo? ¿Antes de julio de 1859?



## Capítulo 20

# Sentido de misión

¡Ciento noventa y tres banderas! Era impresionante mirarlas, con su brillante colorido, flameando bajo la luz del sol en lo alto del auditorio municipal de la ciudad de Viena, Austria. Cada una de ellas representaba un país diferente en el que la Iglesia Adventista del Séptimo Día estaba dirigiendo obra organizada al tiempo de la quincuagésimosegunda sesión de la Asociación General, en julio de 1975.

¡Julio de 1975! Eran 116 años después de julio de 1859. Si los observadores del sábado se hubieran preparado para la lluvia tardía en la década de 1850, no habría requerido tanto tiempo el entrar en esos países. Sin embargo, el trabajar en 193 naciones representa un progreso real. Las iglesias protestantes más activas después de la Adventista trabajan en la mitad de ese número de países.

Los adventistas del séptimo día siempre han tenido un "sentido de misión". El artículo V de los cortos estatutos aprobados en la Asociación General de 1863 establecía una comisión ejecutiva de tres hombres para actuar como "Junta Misionera". Antes de esto, la primera aventura comercial de los adventistas observadores del sábado fue la compra de una prensa de mano para publicar la verdad. Después, en las conferencias realizadas en Rocky Hill y en Volney, los hermanos escucharon el relato de las visiones de Elena de White relativas a "cómo hemos de trabajar y enseñar con efectividad".<sup>1</sup> Y antes de esto, en el mismo inspirado momento en que Hiram Edson llegó a ser la primera persona que percibió a Cristo en el nuevo ministerio celestial, su mente captó las relampagueantes palabras del Apocalipsis: "Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes".

Desde sus primeros comienzos el adventismo del séptimo día fue más que una mera sociedad religiosa. Ha sido un movimiento con un mensaje y con un sentido de misión. "Hagamos que el mensaje vuele —escribió Jaime White—, porque el tiempo es breve.

"Porque el tiempo es breve". Teóricamente, la creencia de que Jesús vendría pronto podría haber impedido la propagación del mensaje del tercer ángel. Ella restringió en cierta forma la visión de los primeros creyentes; pero con un chelín de York y tres centavos de plata hicieron lo mejor que podían localmente, y a medida que se presentaron las oportunidades, avanzaron y ampliaron su visión en la misma medida.

Ya en febrero de 1845 Elena de White recibió una visión acerca de la tremenda tarea que Dios quería que hicieran antes del regreso de Cristo.

Los astronautas se entusiasmaron al ver desde la distancia la tierra brillando como un zafiro. Pero Elena de White vio al mundo envuelto en tinieblas espirituales.

Mirando con atención, observó "rayos de luz como estrellas" que aparecían aquí y allá, y luego más rayos, y más aún en otros lugares, "que se hacían más y más brillantes, refulgiendo desde el este y desde el oeste, desde el norte y el sur, e iluminando el mundo entero". La luz de estos rayos procedía de Cristo y representaba personas que tenían fe en la Palabra y la obedecían, y que se adherían al mensaje del tercer ángel.<sup>2</sup> Luego, en noviembre de 1848, tuvo la visión en que se le mostró el sábado brillando "como rayos de luz que circuían el globo".

Cuando los creyentes oyeron a Elena hablar de estas cosas, algunos la acusaron de estar postergando la segunda venida.<sup>3</sup> Pero otros se alegraron. Bates se apresuró a imprimir la predicción de que el sábado se esparciría pronto por Francia, Gran Bretaña y Rusia, así como por el Medio Oriente.<sup>4</sup> Jaime White, antes que pasara ese año, —1849— se convenció de que el sábado "se esparciría por varios países, como nunca se había esparcido el advenimiento".<sup>5</sup> ¡Eso era verdadera previsión!

Los críticos del adventismo se han ocupado mucho acerca de una fase temprana e interesante del movimiento, conocida como "el período de la puerta cerrada". Los dirigentes milleritas a menudo hablaron sobre el particular. Miller creía que unos pocos días antes del 22 de octubre de 1844 la puerta de la misericordia sería cerrada frente a todos los que rechazaban el mensaje del primer ángel.<sup>6</sup> Algunos observadores del sábado continuaron adhiriéndose a esa idea por un tiempo variable, después del chasco. Elena de White lo creía hasta que recibió su primera visión.<sup>7</sup> Jaime White lo creyó por algún tiempo más, y José Bates aún por más tiempo.

Fuera o no lógico, sin embargo Bates, los White y otros que se unieron con ellos, compartieron en forma infatigable su fe con todos los que querían escucharlos, porque se hallaban poseídos de un gran sentido de urgencia para hacer que el mensaje volara, pues el tiempo era corto. Comprensiblemente, teniendo en su contra tanto prejuicio, ocurrió que prácticamente nadie los escuchó al principio, excepto los primeros milleritas.

El hecho de que al principio trabajaban mayormente por los ex milleritas puede compararse con la forma como los apóstoles, según el libro de los Hechos, lo hacían en sus alrededores, en Jerusalén y Judea, antes de ir a Samaria y a los confines de la tierra. ¡En todo caso, la "Samaria" adventista estaba pronto lista! En 1850, Elena de White escribió desde Oswego, Nueva York, que "venía gente de todas partes".<sup>9</sup> Hacia 1852, muchos bautistas y metodistas salían de "Babilonia" para "andar en todos los mandamientos de Dios".<sup>10</sup>

Tan pronto como estos no adventistas quisieron unirse a sus filas, los observadores del sábado hicieron una cosa notable. En vez de aferrarse a nociones exclusivistas derivadas de una incomprensión del ministerio de